

OSAMU DAZAI

*Colegiala*

*Traducción de Ryoko Shiba  
y Juan Fandiño*



Lectulandia

Un excepcional volumen de relatos del maestro japonés de las distancias cortas, Osamu Dazai: uno de los escritores modernos más apreciados en su país, conocido como el Dostoievski nipón, cuyo éxito corrió paralelo a una vida privada de desencuentros y tumultuosa en extremo.

Una chica joven, de familia pobre, se ve obligada a cometer un robo por amor. Una mujer mayor confiesa que una noche, muchos años atrás, se sintió fuertemente atraída por un hombre al que apenas conocía. Un ama de casa narra su sufrimiento al descubrir que su marido tiene una amante. Una muchacha narra cómo empeoró su vida tras recibir un premio literario... Los relatos incluidos en *Colegiala* abordan con tremenda delicadeza y exquisitez el universo femenino y sus contradicciones: la vergüenza, el amor no correspondido, la incompreensión ante la muerte de un ser querido, la felicidad extrema o, simplemente, los pensamientos que pasan por la cabeza de una adolescente japonesa de posguerra.

**Lectulandia**

Osamu Dazai

# **Colegiala**

ePub r1.0

Titivillus 26.03.15

Título original: *(Joseito)*  
Osamu Dazai, 1939  
Traducción: Ryoko Shiba y Juan Fandiño  
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## NOTA DE LOS EDITORES

A la hora de preparar la selección de relatos del escritor japonés Osamu Dazai incluidos en este volumen, los traductores han utilizado la antología que la editorial Kadokawa publicó en el año 1997, en el que se recogían catorce textos, publicados tanto en vida del autor como póstumamente, cuyo denominador común era la descripción del mundo femenino del Japón de la época, universo que Dazai explora con singular sensibilidad y competencia. Relatos nunca hasta ahora recopilados en castellano, protagonizados por mujeres, muchas de ellas adolescentes, como la del relato que da título a la antología, «Colegiala» (), publicado en 1939, o «Vergüenza» (), aparecido en 1942, pero también por amas de casa («Ocho de diciembre» [], publicado en 1942, o el tristemente profético «Osan» [], publicado en 1947 y con final trágico, que nos recuerda al de las representaciones de Bunraku, prefigurando el fin del propio Dazai apenas un año después), mujeres ya maduras que recuerdan algún episodio de su juventud («El árbol del cerezo y el silbido mágico» [], publicado póstumamente o «Nadie sabe» [], de 1940), e incluso un billete de cien yenes que narra, ya al final de su «vida útil» cómo ha ido pasando de mano en mano durante años, viviendo todo tipo de peripecias, hasta presenciar un acto sublime de compasión y desprendimiento protagonizado por una prostituta en plena segunda guerra mundial («Dinero» [], publicado originalmente en 1946).

Dazai es uno de los más notables representantes del llamado movimiento de las *watakushi shōsetsu* o «novelas del yo», un género literario genuinamente japonés, introducido en la época del naturalismo literario que triunfó durante el Periodo Taisho (1912-1926), que se consolidó gracias a autores como Naoya Shiga (1883-1971) y el propio Osamu Dazai, y que se caracteriza por la utilización de la primera persona para narrar historias y anécdotas, muchas veces vagamente intrascendentes o triviales, pero de fuerte contenido autobiográfico. La forma reflejaba una mayor individualidad y una forma más relajada de escritura que la correspondiente a géneros más tradicionales. Desde sus comienzos, la *watakushi shōsetsu* fue un género que también se utilizó para exponer al público el lado oscuro de las prácticas sociales o de la propia vida del autor. Dazai normalmente escribía con voz masculina, algo que no ocurre en estos relatos, donde son mujeres las que hablan, lo cual se demuestra un procedimiento tremendamente eficaz, por la libertad y honestidad que traslucen los relatos.

Es notable la repercusión que la obra Osamu Dazai, un autor de referencia en Japón, y maestro de innumerables escritores jóvenes desde su trágico suicidio,

acaecido en 1948, ha tenido en los últimos años, debida sobre todo a la excelente labor de recuperación de sus obras emprendida por Sajalín editores, que ha puesto en las mesas de novedades dos obras maestras como *Indigno de ser humano* (1948) y *Ocho escenas de Tokio*, recopilación de relatos ambientados en esa ciudad. Confiamos en que las traducciones al castellano de otras obras suyas inéditas en nuestro idioma lleguen pronto y ayuden a consolidar a Osamu Dazai (considerado, a justo título, el Dostoievski japonés) como uno de los maestros indiscutibles de la escena literaria nipona del pasado siglo.

LOS EDITORES

# COLEGIALA



## LINTERNA

**D**igan lo que digan, la gente cada vez cree menos en mí. Cuando alguien se cruza conmigo inevitablemente me trata con desconfianza. Voy a visitar a alguien a quien echo de menos y tengo ganas de ver y me recibe con una mirada hostil, como si no quisiese que fuese a verlo. Es una situación realmente dolorosa.

Ya no me apetece ir a ningún sitio. Aunque solamente sea para acercarme a los baños públicos que están al lado de casa, elijo momentos como el anochecer. No me apetece que nadie me mire a la cara. Incluso en pleno verano, siento como si el blanco de mi *yukata*<sup>[1]</sup> resaltase más de lo normal en la oscuridad del atardecer, como si llamase demasiado la atención. Me paso el día muerta de la vergüenza. Últimamente ha estado haciendo mucho más fresco, y ya va siendo época de abrigarse, así que sacaré el kimono de otoño, hecho de tela oscura. Pronto llegará el otoño, luego vendrá el invierno, la primavera y de nuevo estaremos en verano, y entonces tendré que volver a ponerme el *yukata* de color blanco, el mismo que llevo encima ahora. Si mi situación no ha cambiado para entonces, no sé si seré capaz de seguir adelante. Al menos, el verano que viene espero poder permitirme el lujo de salir a la calle con este *yukata* de flores de campanilla moradas sin tener que pasar vergüenza. Me gustaría poder pasear ligeramente maquillada entre la multitud que acude a los festivales de verano. Solo con imaginarme, con prever la alegría de esos momentos, se me llena el corazón de auténtica esperanza.

He de confesar algo. He cometido un robo. Soy consciente de que está mal y de que me he equivocado. Pero..., no, mejor lo contaré desde el principio. Le suplico a Dios que me escuche. No necesito a nadie que me ayude en estos momentos. Los que quieran creerme, que me crean.

Soy hija única de una familia que se dedica a la fabricación de *geta*<sup>[2]</sup>. Ayer por la tarde, mientras cortaba cebolletas sentada en la cocina, escuché como un niño llamaba a su hermana llorando desde la parcela que hay detrás de casa. Me quedé quieta y pensé que si yo también hubiese tenido un hermanito o una hermanita pequeña como aquel niño, que me siguiese y me llamase llorando, puede que no me hubiese visto envuelta en una situación tan miserable. Pensando en ello, me brotó una lágrima tibia debido al escozor que me producían las cebolletas. Cuando me las quise quitar con el dorso de la mano, fue peor, y los ojos me empezaron a escocer todavía más; no podía parar de llorar, y no supe qué hacer.

Fue justo este año, en la época en la que salían las hojas verdes entre las flores de cerezo y se empezaban a vender claveles y lirios en los puestos de las ferias



nocturnas, cuando empezó a circular el rumor entre las mujeres que iban a la peluquería de que había una joven caprichosa que había perdido la cabeza por un chico. Recuerdo con nostalgia aquellos días. Cada noche, cuando caía el sol, Mizuno venía a buscarme. Solía prepararme con antelación y, antes de que se pudiese el sol, ya estaba toda vestida y maquillada. Recuerdo que salía y entraba de casa sin parar para ver si había venido. Al cabo de un tiempo me enteré de que los vecinos murmuraban sobre mí, riéndose, y me señalaban intentando disimular: «Mira, Sakiko, la hija del fabricante de geta, se está volviendo loca». Mis padres también se dieron cuenta de ello, pero no me dijeron nada.

Este año cumpla veinticuatro años, pero aun sigo soltera. La principal razón es que somos una familia pobre, pero también influye el hecho de que mi madre fuese en tiempos la amante de un terrateniente famoso en la ciudad, al que abandonó tras enamorarse de mi padre, a pesar de todo lo que él había hecho por ella. Poco después nació yo y, como mi rostro no se parecía ni al del terrateniente ni al de mi padre, el estatus social de mi familia disminuyó todavía más, incluso hubo una época en la que a mis padres se les trató como a auténticos marginados. Viniendo de una familia así, es normal que tenga problemas para encontrar pareja. De todos modos, aunque hubiese nacido en el seno de una familia adinerada y noble, al ser así de fea tampoco habría tenido mucha suerte que se diga con los hombres. Aun así, no guardo rencor a mis padres. A pesar de lo que digan, sé que soy hija de mi padre. Ellos me quieren y yo les trato con todo el cariño que puedo. Ambos son personas débiles. Incluso a mí, que soy su hija, me ocultan ciertas cosas, supongo que por vergüenza. Creo que entre todos deberíamos empezar a tratar con ternura y delicadeza a las personas débiles e inseguras como mis padres. Estaba convencida de que sería capaz de aguantar cualquier tipo de sufrimiento o soledad por su bien. Pero cuando conocí a Mizuno, dejé a mi familia de lado.

Me da vergüenza incluso referirme a ello. Mizuno tiene cinco años menos que yo, lo cual es bastante. Es alumno de secundaria en una escuela de comercio. Me recrimino cada día haberme enamorado de alguien tan joven. Nos conocimos esta primavera. Cogí una infección en el ojo izquierdo y tuve que ir al oftalmólogo. Lo vi en la sala de espera de la clínica. Soy de las que se enamoran a primera vista. Mizuno tenía un parche blanco en el ojo izquierdo, igualito que yo. Arrugaba el entrecejo mientras consultaba un pequeño diccionario; vi que pasaba páginas, una tras otra, y parecía muy concentrado pero también muy triste. Verlo así, tan maltrecho, me dio mucha lástima. Yo también me deprimía por tener que llevar el parche. Mientras contemplaba las hojas frescas de los árboles por la ventana de la sala de espera, me parecía como si esas hojas estuviesen ardiendo entre llamas azules. Todo se veía como si perteneciese a otro mundo, como si fuese un paisaje del país de las hadas. Quizá fuese a causa de la magia de aquel parche que el rostro de Mizuno me pareció tan hermoso, como si tampoco él perteneciese a este mundo.

Pronto supe que Mizuno era huérfano. No tenía a nadie que lo tratase con cariño.

Provenía de una familia de mayoristas de medicamentos a los que el negocio les iba bastante bien, pero su madre falleció cuando él todavía era un bebé y más tarde, cuando tenía doce años, su padre también murió. El negocio empezó a ir mal y sus hermanos mayores, dos chicos y una chica, tuvieron que irse a vivir fuera, cada uno por su lado, a casas de familiares lejanos, y dejaron a Mizuno al cargo del gerente de la tienda. Cuando lo conocí, le ayudaba para que pudiese asistir a la escuela de comercio, pero parecía que se sentía bastante incómodo con la situación y vivía casi en soledad, recluso en sí mismo. Una vez me comentó en tono muy serio que los únicos momentos en los que se sentía verdaderamente alegre era cuando salíamos a pasear juntos. Me dio la impresión de que tampoco disfrutaba de ciertos elementos que los demás consideramos básicos para la vida cotidiana. Una tarde me contó que había quedado con sus amigos para ir a la playa en verano, pero no estaba contento, es más, parecía hasta deprimido por la situación. Fue aquella tarde cuando cometí el robo. Robé un bañador de hombre.

Fue en los grandes almacenes Daimaru. Entré y comencé a fingir que inspeccionaba un vestido. Entonces, cuando nadie me veía, tiré disimuladamente de un bañador negro que estaba por detrás del vestido y me lo metí con fuerza bajo el brazo. Salí de la tienda intentando no levantar sospechas, pero, no llevaría ni cinco metros andados cuando a mi espalda escuché que alguien empezaba a gritarme desde la tienda. «¡Oiga, oiga usted!». Me entró el pánico. Salí corriendo como una loca, parecía como si hubiese perdido la cabeza. «¡Ladrona!», escuché que gritaban a mi espalda. Finalmente me golpearon en el hombro, perdí el equilibrio y, cuando me di la vuelta, alguien me pegó un bofetón.

Me llevaron a un puesto de policía. A mi alrededor empezó a congregarse mucha gente. Todos los que vinieron eran vecinos y conocidos de mis padres. Con el ajetreo, me había despeinado totalmente y el *yukata* se me había abierto hasta la altura de las rodillas. Supongo que debía de tener un aspecto de lo más miserable.

El policía me sentó en un pequeño cuarto con tatami que se encontraba al fondo del edificio y entonces empezó a interrogarme. Era un tipo de aspecto desagradable, calculo que tendría unos veintisiete o veintiocho años. Llevaba unas gafas con la montura dorada y tenía un rostro pálido, de facciones afiladas. Comenzó con preguntas generales, mi nombre, mi dirección, mi edad, esas cosas. De pronto sonrió con picardía y me preguntó:

—¿Es tu primera vez?

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No se me ocurría qué contestar. Si no me daba prisa en convencer a aquel tipo me meterían en la cárcel sin duda. Y me caería una buena condena, seguro. Busqué desesperadamente una buena excusa que pudiera servirme para librarme de aquella. Pero ¿qué podría decirle para demostrar mi inocencia? De pronto supe que estaba totalmente perdida. Jamás en mi vida había estado metida en un lío semejante. Finalmente, y a pesar de todos mis esfuerzos, lo que le conté fue humillante y ridículo. Pero una vez que empecé ya no pude parar.

Como si estuviese poseída por un zorro<sup>[3]</sup>. Creo que fue en ese momento cuando perdí del todo la cabeza.

—¡No me puede meter en la cárcel, señor! ¡Yo no tengo la culpa de eso que dice! Tengo veinticuatro años y desde que nací hasta el día de hoy he sido una hija ejemplar. He obedecido a mis padres todos y cada uno de los días de mi vida sin protestar. ¿Qué tengo de malo, dígame? ¡Nunca hasta hoy he hecho nada que me hiciera merecedora de la reprobación de la gente! Mizuno es un gran hombre. Sé que va a tener un gran futuro. ¡De eso estoy segura! Lo último que querría es que pasase vergüenza. Quedó para ir a la playa con sus amigos y yo solo intentaba que pudiera ir sin tener que preocuparse de nada. ¿Qué tiene eso de malo? Qué tonta he sido... Él proviene de una buena familia. Es distinto a todos los demás chicos que conozco. No me importa lo que me ocurra a mí, señor. Me conformo con que él consiga labrarse un buen futuro, y para que eso ocurra todavía me queda mucho por hacer. ¡No me puede meter usted en la cárcel! No he hecho nada malo en veinticuatro años. Solamente ayudar a mis pobres padres durante toda mi vida. ¡No, no! ¡No me puede meter en la cárcel! No puede hacerlo. No puede hacerme esto solamente por haber movido la mano de manera incorrecta una sola vez en veinticuatro años. No puede arruinarme el resto de mi vida solo por esto. Eso no está bien. No consigo entenderlo... ¿Acaso el hecho de haber movido la mano derecha unos treinta centímetros sin querer demuestra que sea una ladrona compulsiva? ¡No, señor! ¡No puede ser! ¡Solo ha sido una vez! Ni siquiera ha durado más de un par de minutos. Todavía soy una mujer joven. Mi vida acaba de empezar. Seguiré viviendo en la pobreza como he venido haciendo hasta ahora. Eso es todo. Dentro de mí no ha cambiado nada. Sigo siendo Sakiko, sigo siendo la misma chica que era ayer. ¿Qué tipo de molestia puede causarle a una tienda tan grande como Daimaru la pérdida de un mísero bañador? Hay gente que engaña a los demás, gente que se dedica a robar a otras personas, que roba mil o dos mil yenes, o incluso que te saca por la fuerza todo lo que llevas encima, y a pesar de ello los admiramos. ¿Para quién demonios está pensada la cárcel? Solamente encierran a los que no tienen dinero, eso que le quede claro. Seguramente las cárceles estén llenas de personas débiles y sinceras cuyo único delito sea que son incapaces de engañar a los demás. Y como no pueden vivir a costa de engañar a la gente, su situación va empeorando cada vez más, y acaban cometiendo robos ridículos, de dos o tres yenes, y es por eso que los obligan a pasar cinco o diez años en la cárcel. ¡Ja, ja, ja, ja!, qué cosas ocurren hoy en día. ¡Ay, qué ironía!

Como digo, me entró un ataque de locura. El policía me miraba fijamente mientras su rostro empalidecía. De pronto, sin saber cómo, empecé a sentirme irremediabilmente atraída por él. A pesar de estar llorando a lágrima viva, esboqué una sonrisa torcida. Creo que se debió de pensar que tenía algún tipo de trastorno mental. Empezó a tratarme con algo más de cautela y me obligó a incorporarme con sumo cuidado. Aquella noche dormí en una de las celdas de la comisaría y, a la mañana

siguiente, mi padre vino a buscarme y me soltaron. De camino a casa, me preguntó preocupado si me habían pegado. Luego, no volvimos a hablar sobre el tema.

Cuando leí el periódico de aquella tarde se me subieron los colores a la cara de la vergüenza. Me dedicaban un artículo entero. El titular decía así: «¿Un robo razonable? Bello discurso de una chica degenerada». Pero eso no fue lo peor. Los vecinos empezaron a merodear alrededor de casa. Al principio no sabía por qué, pero cuando descubrí que venían para cotillear, noté que me desbordaba la ira. Fue entonces cuando empecé a darme cuenta de las auténticas consecuencias de lo que había hecho. Si en aquel momento hubiese tenido un frasco de veneno a mi alcance, me lo habría tragado entero sin dudarlo ni un instante. Si hubiese habido algún bosque de bambú cerca de casa, me habría adentrado en él para ahorcarme. Incluso tuvimos que cerrar la tienda durante un par de días.

Pocos días después, recibí una carta de Mizuno.

«Sakiko. Sabes que soy la persona que más cree en ti en este mundo. Aun así, creo que te falta cierta educación. Eres una buena persona, pero me temo que vives en un entorno que no me termina de convencer. Durante todo este tiempo he estado intentando corregir esos aspectos en ti, pero hay cosas que me temo que no se pueden cambiar. Es importante recibir una buena educación. El otro día fui a la playa con mis amigos y estuvimos hablando largo y tendido sobre la inquietud del ser humano por superarse a sí mismo. Estoy convencido de que seremos gente importante en el futuro. Querida Sakiko, pórtate bien a partir de ahora. Intenta purgar tu culpa, aunque sea poco a poco. Discúlpate ante la sociedad Y recuerda: la gente odia el delito, pero no al que lo comete<sup>[4]</sup>.

Firmado: Saburo Mizuno

(Y por favor, quema esta carta después de leerla. Quema el sobre también. Te ruego que lo hagas).

Por un momento me había olvidado de que Mizuno había crecido en el seno de una familia con dinero. Así que eso fue lo que me escribió.

Han sido días muy duros. Ayer empezó a hacer fresco. Esta noche mi padre ha venido y al ver cómo estaba ha puesto cara de preocupación: «Esta luz tan débil no te hará ningún bien. Es muy deprimente», y ha cambiado la bombilla del salón de seis tatamis<sup>[5]</sup> por una más luminosa de cincuenta vatios. Hemos cenado los tres juntos, mi padre, mi madre y yo, bajo la luz de la nueva bombilla. Mi madre se ha reído poniéndose la mano con la que sujetaba los palillos en la frente y ha dicho: «Ay, tanta luz me va a dejar ciega». Yo también me he animado y le he servido sake a mi padre. Nuestra felicidad reside en las pequeñas cosas, como cambiar la bombilla de la habitación y cenar juntos. Lo cierto es que pensar en ello ha hecho que no me sintiera tan miserable; al contrario, vivir en una familia tan modesta es lo más parecido que conozco a vivir dentro de una maravillosa lámpara giratoria de papel. He sentido unas súbitas ganas de hacérselo saber a todo el mundo, de gritárselo a los insectos que cantaban en la oscuridad del jardín. «¡Los que quieran mirarnos que nos miren! ¡Nosotros somos gente de corazón noble!». Y así fue como, de repente, he empezado a sentir una serena alegría en lo más profundo de mi corazón.

## COLEGIALA

Es curioso lo que siento al despertarme cada mañana. Es una sensación similar a cuando juego al escondite, a cuando estoy quieta y me acurruco en la profunda oscuridad del armario y Deko abre la puerta de repente, la luz del sol entra súbitamente deslumbrándome y ella grita en voz alta: «¡Aquí estás!». Es un momento incómodo. Luego, con el corazón latiéndome desbocado, me arreglo el kimono por delante y salgo del armario. Siento repugnancia. No, eso no. No se parece a eso, es algo... es algo mucho más insoportable. Como abrir una caja y encontrarse dentro otra más pequeña, y que dentro de esta haya otra todavía más pequeña. Y la abres y te ocurre otra vez lo mismo, y luego otra vez, y otra y otra, y así vas abriendo una tras otra siete u ocho cajas cada vez más pequeñas, y al final del todo encuentras una cajita minúscula, del tamaño de un dado, y la abres y no hay nada dentro, está vacía. Así es como me siento. No me creo eso de que haya gente que se despierte al instante. Es algo turbio, muy turbio, como cuando el almidón se hunde en el agua, cada vez más al fondo, y poco a poco se va haciendo más nítida la parte superior; hasta que al final me despierto a causa del propio cansancio que me supone dormir. Las mañanas, son como... como una mentira transparente. Se me ocurren muchas, muchas cosas tristes por las mañanas y no las soporto. No me gustan, no. Por la mañana estoy más fea. Tengo las piernas agotadas y no quiero hacer nada. ¿Será porque no duermo profundamente? También debe de ser mentira eso que dicen de que por las mañanas te sientes más saludable. Las mañanas son grises. Siempre son lo mismo. Es lo más vacío que existe en el mundo. Siempre soy pesimista cuando me acabo de despertar y estoy en la cama. Me cansa estar en la cama. Me abruman pensamientos desagradables de los que me arrepiento, noto como me hacen presión en el pecho y me retuerzo.

Las mañanas son terribles.

—Papá —susurré en voz baja. Me dio un poco de vergüenza pero me sentí feliz, me incorporé y rápidamente deshice el *futón*<sup>[6]</sup>.

Cuando lo levanté exclamé: «¡Aúpa!», sin darme cuenta. Aquello me llamó la atención. Hasta ahora no me creía capaz de pronunciar una palabra tan vulgar. «¡Aúpa!» es algo que suelen decir las ancianas. ¡Qué asco! ¿Por qué lo habré dicho? Me sentí rara, como si tuviese una anciana escondida dentro de mí. A partir de ahora tendré más cuidado. Es como cuando critico la vulgar forma de andar de algunos y me doy cuenta de que yo misma estoy andando igual. Mi actitud me parece bastante decepcionante.

Por las mañanas nunca me siento segura de mí misma. Me siento frente al tocador con el pijama puesto y me miro en el espejo. Cuando me miro sin las gafas me veo un poco borrosa, pero me resulta agradable. Las gafas son lo que más odio de mi cara, aunque llevar gafas tiene algunas cosas buenas que la gente no sabe. Me gusta mirar a lo lejos sin ellas. Se ve todo difuso y es maravilloso, como un sueño, o como cuando miras un diorama de papel. No se ve nada sucio. Solo se pueden ver las cosas grandes, los colores y las luces nítidas y fuertes. También me gusta quitármelas y mirar a la gente. Las caras me parecen todas dulces y bonitas. Es como si todo el mundo estuviese sonriendo a la vez. Además, cuando no llevo gafas no pienso en discutir ni me entran ganas de criticar a nadie. Simplemente me quedo callada, como distraída. En esos momentos los demás creerán seguro que soy una buena chica. Pensando en eso me entran ganas de quedarme así, abstraída, sin preocupaciones, como una tierna niña inocente. No me gustan las gafas. Me las pongo y entonces parece como si me quedara sin expresión. Las gafas me impiden mostrar emociones, cosas como romanticismo, belleza, pasión, debilidad, inocencia o tristeza. Además, me roban la capacidad de expresarme con la mirada. Me siento ridícula. Son como tener un fantasma encima de mi cara. Será por odiar tanto las gafas, pero pienso que tener unos ojos bonitos es lo más importante del mundo. Aunque no tuviese nariz o llevase la boca tapada, los ojos son lo que más resaltaría en mí. Sería maravilloso tener ese tipo de ojos que cuando alguien los mira le entran ganas de llevar una vida mejor. Mis ojos, en cambio, son grandes, nada más, por lo demás no tienen nada de especial. Me decepciona fijarme en ellos. Hasta mi madre dice que son aburridos. Serán de ese tipo de ojos que la gente conoce como «ojos sin luz». Son como el carbón, qué decepción. No hay nada que pueda hacer al respecto. ¡Qué horror! Cada vez que me miro en el espejo me entran unas ganas horribles de que mis ojos sean dulces y atractivos. Ojos como lagos azules, como mirar la inmensidad del cielo tumbada en la hierba y que en ellos se reflejen las nubes al pasar. Que incluso los pájaros puedan reflejarse en ellos claramente. Me gustaría poder conocer a mucha gente que tuviese unos ojos tan bonitos.

Hoy empieza el mes de mayo. ¡Qué contenta estoy! Cada vez queda menos para que llegue el verano. Salí al jardín y una flor de la fresera captó mi atención. Se me hace extraño que mi padre haya muerto. Murió y entonces desapareció, sin más. Es algo difícil de entender. Aún no termino de creérmelo. Echo de menos a mi hermana, a la gente de la que ya me había despedido o a la que hace mucho que no veo. Por las mañanas, me suelen venir a la cabeza anécdotas que ya pasaron o gente que ya no está. Es algo insípido pero, quizás por ello, insoportable, como el olor del nabo en salmuera.

Tengo dos perros, *Chapy* y *Kaa*. A *Kaa* le llamo así porque me da una pena horrible<sup>[7]</sup>. Los dos vinieron hacia mí corriendo muy juntos. Los coloqué frente a mí y acaricié a *Chapy*. Su pelo es totalmente blanco y brillante, es muy bonito. A *Kaa* no le acaricié, *Kaa* está siempre sucio. Soy consciente de que, cada vez que acaricio a

*Chapy*, *Kaa* suele estar ahí a su lado, poniendo cara de pena. Siempre parece a punto de ponerse a llorar. Por si fuera poco, es cojo. *Kaa* me hace sentir muy triste, por eso no me gusta demasiado. Me da tanta lástima que a veces le hago daño a propósito. *Kaa* parece un perro vagabundo, tanto que en cualquier momento los mataperros vendrán y se lo llevarán a la perrera y lo sacrificarán. Como tiene la pata así, es demasiado lento y no podrá huir. *Kaa*, corre, vete al fondo de la montaña. Nadie te tiene cariño, así que mejor muérete pronto. *Kaa* no es el único al que maltrato, también hago daño a algunas personas, las suelo incordiar hasta que se irritan. De verdad que soy una chica bastante desagradable. Me senté en el *engawa*<sup>[8]</sup> mientras le acariciaba la cabeza a *Chapy*. El verde de las hojas de los árboles penetró por mis ojos e hizo que me sintiera miserable. Me entraron ganas de sentarme sobre la tierra y morirme.

Quise ver si era capaz de fingir que lloraba. Pensé que quizás me saldrían algunas lágrimas si contenía la respiración con fuerza y apretaba los ojos. Lo intenté, pero no lo conseguí. A lo mejor me he convertido en una mujer sin lágrimas.

Desistí y empecé a limpiar la habitación. Mientras, me puse a cantar *Tōjin Okichi*<sup>[9]</sup> sin darme cuenta. Miré a mi alrededor furtivamente. Me pareció curioso haber cantado algo tan vulgar como *Tōjin Okichi* sin querer, cuando normalmente solo me intereso por Mozart o Bach. Me sentí ridícula. Exclamar «¡aúpa!» por la mañana y cantar aquello mientras limpiaba: me da miedo imaginarme qué clase de tonterías puedo llegar a decir cuando hablo en sueños. Pero de pronto todo me pareció muy gracioso, dejé de barrer y empecé a reírme yo sola.

Me puse la ropa interior nueva que había terminado de coser ayer. Tiene una pequeña rosa blanca bordada en la zona del pecho. Si me pongo ropa encima, el bordado no se ve. Nadie sabrá que existe. Me siento muy orgullosa de mí misma.

Mamá está muy liada preparando la propuesta matrimonial de alguien. Esta mañana salió de casa muy temprano. Desde que era pequeña, mi madre siempre se ha entregado mucho a los demás, así que ya estoy acostumbrada. Sorprende que siempre tenga algo que hacer. Siento una enorme admiración por ella. Como mi padre se pasaba el día estudiando, mi madre lo tenía que hacer todo, incluso lo que le tocaba hacer a él. Mi padre nunca tuvo mucho interés por conocer gente, pero mi madre siempre se ha esforzado por crear grupos de amistades verdaderamente agradables. Los dos eran muy distintos, pero estoy convencida de que se admiraban mucho el uno al otro. Eran un matrimonio agradable y pacífico, sin cosas malas, diría yo. Ay, ¡pero qué indiscreta soy!

Mientras se calentaba la sopa, me senté en la puerta de la cocina mirando distraída el bosque que se alza enfrente de nuestra casa. Entonces sentí algo curioso, como si en algún momento del pasado o en el futuro, sentada de esta misma manera en la entrada de la cocina, al igual que ahora, hubiese estado o llegase a estar mirando el bosque de enfrente pensando exactamente en esto mismo. Era como sentir todo el pasado, el presente y el futuro a la vez. Es algo que me ocurre de vez en cuando.



Estar sentada hablando con alguien en una habitación y quedarme mirando a la esquina de la mesa con la mirada fija y moviendo la boca sin darme cuenta. Cuando ocurre, me siento de lo más extraña.

No recuerdo cuándo, pero en una situación similar, hablando de esto mismo, me estaba fijando en la esquina de una mesa y sentí claramente que en el futuro me iba a ocurrir eso mismo justamente. Cuando camino por el campo, incluso si está muy lejos, a cada momento me asalta la sensación de que ya había paseado por ese mismo camino en el pasado. A veces voy andando y arranco una hoja de uno de los cultivos plantados a un lado del camino, y entonces tengo la sensación de que ya había arrancado esa misma hoja en ese mismo camino, justo en ese lugar, en algún momento indefinido en el pasado. Y, acto seguido, siento que en el futuro volveré a arrancar esa misma hoja de ese mismo cultivo, en ese mismo sitio, y que el proceso se repetirá una y otra y otra vez. Hay más ejemplos. Una vez, cuando me bañaba, me miré las manos. Entonces, sentí que, dentro de muchos años, cuando me estuviera bañando, me acordaría de ese mismo instante en el que me miré las manos involuntariamente y me vendrá a la mente lo que sentí al haberlo hecho con aquella inocencia. Me entra la melancolía siempre que pienso estas cosas. Incluso una tarde, cuando metía arroz cocido en un recipiente, sentí como que algo me recorría rápidamente el cuerpo; aunque suene exagerado, podría decirse que fue como una inspiración, como algún tipo de pensamiento filosófico. Aquello me afectó y sentí como si mi cabeza, mi pecho y todo mi cuerpo se hubiesen vuelto transparentes. ¿Cómo explicarlo? Sentí una suave tranquilidad que me hizo ver que, si yo quería, podía llevar una vida verdaderamente hermosa. En aquel momento era capaz de mantenerme flotando ligera y grácil, como a merced de las olas, sin decir ni una sola palabra, con una flexibilidad y un silencio similares a los de los *tokoroten*<sup>[10]</sup> cuando salen del molde al empujar la gelatina. En aquel momento no percibí aquello como una revelación filosófica. Más bien me pareció algo espantoso. Como el presentimiento de una vida silenciosa, como si fuera un gato al acecho. Aquello no podía acabar bien. Si una persona se mantiene en ese estado durante demasiado tiempo, bien podría llegar a perder la cabeza y convertirse en algo similar a un fanático religioso. Cristo. De todas formas, me resultaría de lo más extraño convertirme en una versión femenina de Cristo.

Al fin y al cabo, como tengo tanto tiempo libre y llevo una vida sin muchas dificultades, los cientos de miles de cosas que veo y escucho a diario, junto a todo lo que no consigo asimilar, dan como resultado que se me ocurran este tipo de ideas, una tras otra, como si fuesen fantasmas.

He desayunado sola en el comedor. Hoy he comido pepino por primera vez en todo el año. El color verde del pepino de mayo me hace sentir que el verano se acerca. Su frescor posee una tristeza que hace que sienta un vacío en el corazón, como un dolor sordo, o algo similar a las cosquillas. Cuando como sola en el comedor de mi casa, me entran unas ganas enormes de irme de viaje. Pienso en cosas



como coger un tren y alejarme. Pero pronto aparté esas ideas de mi mente y me puse a leer el periódico. En la primera página aparecía una foto del señor Konoe<sup>[11]</sup>. No sabría decir si es un hombre atractivo, pero lo cierto es que no me gusta la cara que tiene. No me gusta su frente. Lo más divertido de los periódicos es la publicidad de los libros. Les cobran por cada letra o por cada línea que escriben, cien o doscientos yenes de tarifa en total, por lo que siempre se esfuerzan para que sean lo más cortas y claras posibles. Para conseguir un mayor efecto, cada frase tiene que estar muy bien pensada; se ve a la legua que para poner cada letra y cada palabra le han dado muchas vueltas a la cabeza. No debe de haber muchas frases que cuesten tanto en el mundo. De alguna manera encuentro muy agradables los anuncios por palabras del periódico, me gustan.

Justo cuando he terminado de desayunar, he cerrado con llave y me he ido al instituto. «No hay de qué preocuparse, no va a llover», he pensado. De todas formas, quería llevarme el bonito paraguas que mi madre me había regalado ayer, así que lo cogí.

Mi madre usaba este *umbrella*<sup>[12]</sup> de joven. Me siento especialmente orgullosa de haber encontrado un paraguas tan curioso como este. Cuando lo llevo, me imagino paseando por los barrios más antiguos de París con él. Quizá, cuando termine la guerra, este tipo de paraguas occidentales que parecen sacados de un cuento de hadas se pongan de moda. Creo que con este paraguas iría bien un gorro estilo *bonnet*. Me pondría un vestido largo de color rosa con el escote muy abierto, unos guantes largos de color negro que sean de encaje y estén hechos de seda, y un sombrero de ala ancha adornado con una violeta grande y hermosa. Así vestida, iría a comer a un restaurante de París en su época de mayor esplendor. Me quedaría mirando a la gente que circula por la calle, con la mejilla ligeramente apoyada en mi mano, con aire melancólico, y entonces, quizás, alguien rozaría mi hombro con delicadeza. Entonces comenzaría la música. El *Vals de la Rosa*. ¡Ay! ¡Qué ridículo, qué ridículo! En realidad no se trata más que de un antiguo paraguas peculiar con el mango alargado. ¡Qué miserable! Pobre de mí. Soy como *La niña de los fósforos* del cuento de Andersen.

Al salir de casa, arranqué algunos de los hierbajos que crecen frente a la puerta para quitarle trabajo a mi madre. Quizás hoy me ocurra algo bueno. ¿Por qué hay algunas hierbas que al verlas me entran ganas de arrancarlas y, sin embargo, hay otras que dejo si al fin y al cabo son todas iguales? Unas hierbas por las que siento cariño y otras por las que no siento nada. Parecen idénticas, pero algunas son conmovedoras y otras detestables. ¿Por qué será que puedo diferenciarlas tan claramente? No tiene mucho sentido. Creo que a veces el gusto de las mujeres puede llegar a ser un disparate.

Tras diez minutos arrancando hierbas, me encaminé rápidamente hacia la estación de tren. Cuando pasé al lado de los cultivos que hay junto al camino, me entraron muchas ganas de sentarme a dibujarlos. Pero no podía retrasarme. Por el camino, atajé por la senda del bosque que atraviesa el recinto del templo sintoísta. Es un atajo

que descubrí yo misma hace algún tiempo. Allí me percaté de que por doquier habían crecido pequeños montones de cebada de unos seis centímetros de alto. Se nota que este año también habían pasado los soldados. El año pasado vinieron muchos con caballos y se quedaron en el bosque del templo para descansar. Unas semanas después, en algunas zonas habían crecido pequeñas matas de cebada, al igual que ahora. Este año ocurrirá igual, seguro. Supongo que los granos de cebada debieron de caerse de los paquetes que los soldados llevaban para alimentar a sus caballos mientras iban de un lado a otro, y luego germinaron y comenzaron a crecer a la vera del camino. Pero como este bosque es tan profundo y no deja pasar la luz del sol, los pobrecitos no crecerán más y morirán, seguro.

Al salir de la senda del bosque del templo sintoísta, cerca de la estación, me crucé con cuatro o cinco obreros. Son los mismos obreros que cada mañana me vomitan las mismas palabras desagradables cuando paso. Me abstengo de repetirlas aquí, las palabras que me dicen. Ante tales alusiones no sé nunca cómo reaccionar, así que intenté adelantarles y dejarles atrás lo más rápido posible, pero para eso tenía que pasar por delante y deslizarme entre ellos. Esos obreros tan maleducados me aterran. Pero, para quedarme ahí quieta sin decir nada y dejarles que se vayan hasta que haya mucha distancia entre nosotros, hay que tener aún más valor. Supe que si los ignoraba se enfadarían conmigo. Las mejillas me empezaron a arder y me entraron unas ganas horribles de llorar. Pero no quería pasar por la vergüenza de que me viesan hacerlo, así que les sonreí abiertamente y pasé lentamente por detrás de ellos. Al final no ocurrió nada, pero la rabia aún me duraba después de haberme subido al tren. Quiero hacerme fuerte, noble y dura lo antes posible, para que este tipo de tonterías no me afecten.

Como quedaba un asiento libre junto a la puerta del tren, dejé mis cosas encima mientras me arreglaba los pliegues de la falda. Justo cuando iba a sentarme, un señor con gafas apartó lo que había dejado y se sentó.

—Verá... —le musité yo, medio tartamudeando—. Resulta que yo... iba a sentarme ahí.

Pero el hombre me ignoró, sonrió amargamente y empezó a leer el periódico sin hacerme caso. Pensándolo bien, no sé quién de los dos tendría más morro. Yo por haber dejado ahí mis cosas cuando no había nadie, o él por suponer que yo era una simple mocosa y que no me quejaría.

Como no había más remedio, dejé el *umbrella* y el resto de mis cosas en el portaequipajes del vagón y me puse a leer una revista, como suelo hacer siempre. Mientras la ojeaba, me vino algo extraño a la mente. Si me quitasen la lectura, al no haber tenido muchas experiencias reales, lloraría. Dependo mucho de lo que aparece en los libros. Cuando leo uno, tiendo a entusiasarme y a simpatizar automáticamente con la historia y suelo adaptar su contenido a mi vida cotidiana, y luego, cuando leo otro libro, cambio totalmente mi mentalidad y me adapto a ese segundo libro sin ningún tipo de problema. Creo que este talento o, mejor dicho, esta

astucia para robar cosas de otra gente y rehacerlas para que se adapten a mí, es mi única especialidad verdadera. Aunque lo cierto es que estoy harta de toda esta falsedad. Puede que si pasase más vergüenza a causa de mis fracasos diarios, mi personalidad acabaría fortaleciéndose definitivamente. Pero seguro que conseguiría disimular esos fracasos e inventaría cualquier excusa para evitar esas críticas. Fingiría que todo está bien y las ignoraría.

(Hasta estas frases las he sacado de un libro que he leído hace poco).

De verdad que a veces no sé cuál es mi verdadero yo. Cuando me quede sin libros para leer y no pueda fijarme en nada que pueda imitar, ¿qué haré? Me quedaré sin recursos, y quizás comience a dejar que pase el tiempo sin hacer absolutamente nada en la vida.

Pero también es cierto que no es bueno pensar a diario tantas cosas que no tienen nada que ver entre sí mientras voy en el tren. Noto una especie de molesto calor en el cuerpo que con el tiempo se vuelve inaguantable. Hay que hacer algo, tengo que hacer algo para solucionarlo, pero ¿qué podría hacer para conseguir encontrar la esencia de mí misma? Todas las autocríticas que me he hecho hasta ahora no han tenido ningún valor. Cuando intento sacarme defectos, me doy cuenta de todo lo desagradable y débil que hay en mí y entonces me vuelvo condescendiente conmigo misma, empiezo a mimarme y a tratarme con cariño y entonces llego a la conclusión de que, al final, el remedio es peor que la enfermedad. Es preferible no empezar a criticarme desde el principio. Sería una persona mucho más sincera si no pensase en nada, si tuviera la cabeza totalmente vacía.

En la revista que estoy leyendo hay un artículo titulado «Defectos de las mujeres jóvenes». Está firmado por varias personas, al parecer expertos en comportamiento juvenil. Cuando lo leí, sentí como si estuviesen hablando sobre mí y me entró mucha vergüenza. Dependiendo de la persona que escriba, las opiniones varían un poco, eso sí. La gente que siempre me ha parecido estúpida coincide con que es la que siempre dice las mayores estupideces. Luego sigo leyendo y miro las fotos de toda esa gente tan bien vestida y me río leyendo sus opiniones. Fingen que también hablan de manera elegante. En sus artículos, los religiosos siempre sacan el tema de las creencias de los jóvenes y sus orígenes, los pedagogos, desde el principio hasta el final, repiten sin cesar el valor de los favores recibidos en la infancia, y los políticos siempre acaban incluyendo al final de sus textos unos cuantos antiguos poemas chinos. Los novelistas escriben con afecto, usando palabras con estilo. Se nota que son presumidos. Aun así, reconozco que al final todos acaban exponiendo cosas bastante coherentes. Eso sí, todos suelen coincidir en que las mujeres jóvenes no tenemos ni una pizca de personalidad. Que estamos vacías. Que no sabemos lo que es la ambición sana y mucho menos la esperanza. Es decir, que no tenemos ideales. Criticamos a los demás, pero no somos conscientes de que podríamos aplicarnos nosotras el cuento. Las jóvenes nunca reflexionamos, no somos prudentes y no tenemos conciencia ni amor propio. Aunque en ocasiones podamos ser valientes, es

extraño que alguna vez asumamos la responsabilidad de nuestros actos. Nos adaptamos con facilidad al estilo de vida que nos rodea, pero no nos apreciamos a nosotras mismas lo suficiente ni respetamos lo que tenemos a nuestro alrededor. No sentimos verdadera modestia. Carecemos de originalidad. Siempre estamos imitando algo. No conocemos lo que es el *amor «verdadero»* que un ser humano debe sentir para ser considerado miembro de la especie. Nos damos aires de elegancia, pero en realidad no tenemos ni una pizca de distinción. Y muchas otras cosas más. Podría seguir hasta el infinito.

Al leer todo esto, lo cierto es que algunas cosas de las que dicen ese tipo de publicaciones le dan a una que pensar. No puedo decir que esas opiniones no sean ciertas. Pero me da la impresión de que todo lo que aparece en estos artículos es algo superficial que ha sido escrito porque sí, sin tener nada que ver con lo que la gente de verdad, la gente como yo siente. Aparecen muchas expresiones como «lo cierto es que» o «esencialmente», pero luego no te explican qué es exactamente el amor «verdadero» o la conciencia «esencial». Puede que ellos sí que sepan de qué se trata. En ese caso, no saben cuánto les agradecería que me dijese, en una simple frase, si debo ir a la derecha o a la izquierda por la vida, indicándome con autoridad el camino que debo seguir. Al estar todas nosotras tan perdidas en temas como expresar el amor, en lugar de decirnos qué no debemos hacer, deberían mandarnos con firmeza a hacer esto o lo otro, y así todas obedeceríamos a lo que nos dijese. Aunque también puede que en realidad ninguna de nosotras tenga confianza en sí misma. La gente que publica aquí sus opiniones puede que tampoco tenga las cosas tan claras siempre. Nos regañan diciendo que no tenemos ni la esperanza ni las ambiciones que se supone que deberíamos tener, pero si actuásemos de forma correcta en busca de ideales, ¿hasta qué punto nos apoyarían y nos ayudarían estas personas que tanto nos critican ahora?

Nosotras sabemos, aunque sea de un modo difuso, a donde debemos ir, a donde nos gustaría ir, a ese bonito lugar al que hemos de llegar para desarrollarnos y crecer. Ansiamos llevar una buena vida. Nadie logrará quitarnos la esperanza. Estamos impacientes por tener un ideal al que poder aferrarnos. Pero si intentamos realizarnos y además tenemos que mantener una buena relación con nuestra familia, ¿cuánto esfuerzo necesitaremos? Tenemos que tener en cuenta las opiniones de nuestros padres, de nuestros hermanos y hermanas mayores. (A veces nos quejamos, diciendo cosas como que están anticuados, pero, en realidad, de ninguna manera estamos despreciando ni a la gente adulta que ha vivido más que nosotras, ni a los ancianos, ni a los que han sabido formar una familia. Al contrario, reconocemos su superioridad constantemente). Tenemos parientes cercanos con los que debemos mantener una buena relación. También tenemos conocidos y amigos. Y, finalmente, está «la sociedad», que nos arrastra con una fuerza enorme. Reflexionando, viendo y considerando todo esto, cualquiera piensa en desarrollar su propia personalidad. No puedo dejar de pensar en callarme y seguir mi camino como la mayoría de la gente, sin llamar la atención. Quizás esta sea la manera más inteligente de comportarse, creo

yo. Me parece bastante cruel que se eduque a todo el mundo con los mismos valores e ideales cuando todos somos distintos. Con los años, me he ido dando cuenta de que la moral que nos inculcan en el instituto es muy distinta a la que rige en el mundo real. Si respetas estrictamente la moral del instituto, ten por seguro que estarás abocada a pasarte la vida haciendo el tonto. Te llamarán ridícula, nunca ascenderás socialmente y siempre serás una pobre de solemnidad. ¿Existirá alguien que nunca mienta? Si existe esa persona, será un perdedor toda su vida. En mi propia familia, sin ir más lejos, tenemos a una persona que vive de esta manera: se comporta de manera ejemplar y mantiene en todo momento la firme convicción de que existe un ideal que seguir. Sin embargo, todos mis familiares hablan mal de él. Le tratan como a un inútil. Yo no podría ser como él, eso sí que no, sabiendo que durante toda la vida me tratarán como a una tonta y que no me sentiría nunca realizada, y que me opondría a la forma de pensar de mi madre y a la de todos los demás miembros de mi familia. Me muero de miedo solo de pensarlo. Cuando era pequeña y veía que mi forma de pensar no coincidía con la de los demás, no paraba de preguntarle a mi madre por qué ocurría eso, y ella me contestaba invariablemente con alguna incoherencia. Me decía: «Pero qué niña más mala, qué desobediente eres», y hasta me parecía que se ponía triste.

A veces se lo preguntaba a mi padre, y él, al escuchar mi pregunta, simplemente sonreía, sin decir nada. Más tarde me enteré de que después iba y le comentaba a mi madre que yo era una niña muy despistada. Con los años, creo que me he ido convirtiendo en una cobarde. He llegado a tal punto que cuando me visto ya estoy pensando en la opinión de los demás. Lo cierto es que amo mi originalidad y me gustaría mostrarla, pero la mantengo oculta porque me da miedo expresarla claramente como algo propio. Me paso el día intentando hacerme pasar por la típica chica de la que todo el mundo pueda pensar que es buena persona. En las reuniones con el resto de la gente, me comporto de una manera de lo más servil. Charlo sobre cosas que en realidad no me interesan, o directamente miento, ocultando mis verdaderos sentimientos. De esta forma, me ahorro muchos problemas. Aun así, me parece algo desagradable. Espero que algún día la moral de la gente cambie. Entonces, toda esta vida aburrida y repleta de servilismo desaparecerá y no tendré que volver a vivir preocupada continuamente por la opinión de los demás.

¡Ah!, allí hay un asiento libre. Rápidamente bajé el paraguas y mis cosas del portaequipajes y me senté. A mi derecha, había un estudiante de secundaria y a mi izquierda una mujer que llevaba su bebé a espaldas con una chaqueta gruesa que les cubría a los dos. A pesar de ser bastante mayor, la mujer iba muy maquillada y llevaba un peinado muy a la moda. Tenía un rostro bonito, pero en su cuello se podían adivinar algunas arrugas bastante profundas. Me dio la sensación de que era una persona miserable, tan desagradable que hasta me entraron ganas de abofetearla. Supongo que la forma de pensar del ser humano cambia totalmente dependiendo de si uno está de pie o sentado. No sé si tendrá relación, pero cuando estoy sentada, suelo

pensar en cosas superficiales y sin ninguna importancia. Frente a mí había cuatro o cinco hombres de negocios sentados. Tendrían la misma edad todos ellos, alrededor de unos treinta años. No había ninguno que me gustara. Tenían los ojos turbios y miraban al suelo, apáticos. Supongo que si les hubiese sonreído en ese momento, puede que me hubiese visto arrastrada a casarme con alguno de ellos. Solo por esa razón. Para las mujeres, una sonrisa es suficiente para sellar su destino. Qué miedo. Tendré cuidado con sonreír a la gente.

Luego me dio por pensar en cosas muy raras. Llevo un par de días obsesionada con el rostro del jardinero que viene a cuidar el jardín de casa. Es un jardinero como cualquier otro, está vestido de jardinero y tiene apariencia de jardinero de los pies a la cabeza. Pero en su cara falla algo. Tiene una cara que hace difícil que una se trague así como así que se dedica a lo que se dedica. Exagerando un poco, podría decirse que tiene cara de filósofo. Además, al ser moreno, resulta bastante atractivo. Pero lo mejor de él son sus ojos. También tiene las cejas bonitas. Su nariz es respingona, pero al tener ese tono de piel, no le queda mal y da toda la impresión de que es una persona resuelta. Sus labios también están bastante bien, aunque las orejas las tiene un poco sucias. Fijándose en las manos, uno sí que le reconocería como un jardinero, pero su cara, velada por ese sombrero elegante que suele llevar, me hace sentir lástima por él. Le comenté a mi madre en varias ocasiones que dudaba de si ese hombre había sido jardinero toda su vida y, al final, acabó regañándome. El *furoshiki*<sup>[13]</sup> que cogí hoy para guardar mis cosas fue un regalo de mi madre. Me lo dio justo el día en el que el jardinero nos vino a visitar por primera vez. Aquel día estuvimos limpiando la casa a fondo. También estaban el carpintero que nos arregló la cocina y unos tipos que vinieron a cambiar el suelo de tatami. Mi madre estuvo ordenando el interior de las cómodas, y dentro de un cajón encontró este *furoshiki* y entonces me lo regaló. Es un *furoshiki* precioso y muy femenino. Es tan bonito que me da pena tener que hacerle un nudo para guardar las cosas dentro.

Allí sentada, lo posé sobre mi regazo y me dediqué a mirarlo de vez en cuando y a acariciarlo, como ausente. Me hubiese gustado que todos los que viajaban conmigo en el tren se hubiesen fijado en él, pero nadie lo miró. Pensé que si algún hombre se fijase en este *furoshiki*, aunque fuera solo por un instante, podría llegar incluso a casarme con él. La palabra *instinto* hace que me entren unas ganas irreprimibles de llorar. La grandeza del instinto, cuya fuerza no podemos manipular. Pensar en ello a raíz del tipo de cosas que me ocurren hace que enloquezca automáticamente. Pienso en qué debo hacer y me distraigo. No me permite negar ni afirmar, es como algo enorme que de repente me envuelve y me arrastra a su voluntad. Por una parte, estoy conforme con dejarme llevar, pero por otro lado lo observo y me entra una enorme tristeza. ¿Por qué no nos satisface pasar toda la vida amándonos solamente a nosotros mismos? Es lamentable ver cómo la razón va desapareciendo poco a poco. Me decepciona cuando el instinto aniquila mis sentimientos y hace que me olvide de mí misma, de quién soy, aunque solo sea por un instante. Casi me entran ganas de llorar

solo de pensar que mi yo racional y mi yo pasional se guían claramente por un instinto que no sé si está equivocado. Me entran unas ganas tremendas de llamar a mis padres, de gritar su nombre a los cuatro vientos. Sin embargo, puede que la verdad que busco se encuentre oculta en algún lugar desagradable. Lo cual, naturalmente, también me parece lamentable.

En estos pensamientos estaba cuando finalmente llegamos a la estación de Ochanomizu. En el andén noté que todo lo que había pensado hasta ese momento se me había olvidado ya, pero me dio lo mismo. Intenté acordarme de lo que había estado pensando, pero no lo conseguí. Me puse nerviosa intentando retomar el hilo de mis pensamientos, pero no me vino nada a la mente. Nada. Mi mente estaba vacía. De vez en cuando me da la impresión de que he tenido ideas que me han impresionado, otras que me han hecho sufrir y otras que me han hecho sentir mucha vergüenza, pero que al final es como si no hubiese pasado nada. El instante, el ahora, eso sí que es interesante. Ahora, ahora, ahora. Cada «ahora» que señalo con el dedo se va volando lejos para dejar paso a un nuevo «ahora». «Vaya, ¿¡esto qué es!?», pensé mientras bajaba las escaleras del puente. Menuda idiotez. A lo mejor es que soy demasiado feliz.

Esta mañana, la profesora Kosugi estaba muy guapa. Es tan bonita como mi *furoshiki*. Le sienta muy bien el color azul. El clavel carmesí que llevaba en el pecho también llamaba la atención. Aunque me gustaría mucho más si no actuase tanto. Creo que finge demasiado. Adopta una pose forzada. Seguro que debe de acabar agotada de hacer de sí misma todo el día. Su carácter también es algo complicado. A lo largo del tiempo, he descubierto que tiene muchos aspectos difíciles de entender. Se puede intuir en ella un carácter sombrío que oculta con dificultad bajo esa alegre forma de actuar que tiene. A pesar de ello, es una mujer muy atractiva. Me da pena que no haya llegado a ser nada más que una simple profesora de instituto. Y aunque ya no tenga tanto éxito entre mis compañeras, a mí me sigue gustando igual que el primer día. Da la impresión de ser una de esas damas que viven en un antiguo castillo junto a un lago situado en medio de una montaña. Vaya, creo que la he elogiado demasiado. ¿Por qué las clases de la profesora Kosugi son siempre tan serias? ¿Acaso será un poco tonta? Me da lástima. Lleva ya un tiempo hablándonos sobre el patriotismo, y no se da cuenta de que es algo que ya teníamos claro desde antes de que nos lo empezase a explicar. Es natural que cualquiera sienta afecto por el lugar donde ha nacido. Me aburre.

Con la mejilla apoyada en la mano, acodada sobre el pupitre, me dediqué a mirar por la ventana. Las nubes estaban muy bonitas, quizá porque el viento soplaba fuerte en el cielo. Habían florecido cuatro rosas en un rincón del patio. Una amarilla, dos blancas y una rosa. Contemplando embobada las flores, llegué a la conclusión de que en verdad existe algo bueno y hermoso en el corazón de los seres humanos. Los que han sabido apreciar la belleza de las flores son humanos, y los que aman las flores también lo son.

Durante el almuerzo, estuvimos contando historias de miedo. Nos pusimos a gritar y a armar jaleo cuando Yasubē contó la historia de «La puerta que no se abre», que es una de las siete historias paranormales de nuestro instituto<sup>[14]</sup>. La historia tenía un toque bastante psicológico, no era la típica historia de fantasmas. Como nos inquietó tanto, y a pesar de que acabábamos de comer, nos entró un hambre atroz. Enseguida, la Señora Bollo me dio un caramelo de dulce de leche. Tras eso retomamos de nuevo las historias de miedo. Parece que a todo el mundo le interesan este tipo de historias. ¿Constituirá algún tipo de estímulo? Luego dejamos el tema de los fantasmas y alguien contó un cotilleo sobre Fusanosuke Kuhara<sup>[15]</sup>. ¡Qué bueno! Me reí a carcajadas cuando me lo contaron.

Por la tarde, en clase de dibujo, salimos al patio para dibujar el paisaje. ¿Por qué el profesor Itō será tan aficionado a ponerme en apuros siempre que se le presenta la ocasión? De nuevo he tenido que hacer de modelo para su dibujo. Como mi paraguas causó sensación entre las chicas de clase, se armó tanto jaleo que el profesor Itō se enteró y me hizo posar sujetándolo del mango al lado de las rosas del rincón del patio. El profesor dijo que me iba a hacer un retrato y que lo iba a presentar a un concurso. Acepté posar para él, pero solo durante media hora. Es agradable ayudar a la gente, aunque sea solo un poco. Pero la verdad es que también me cansa mucho estar a solas con él. Es muy insistente en todo lo que dice, y se pasa el rato soltando teorías y más teorías. Además, mientras me dibuja no hace más que hablar sobre mí. ¿Será porque le impongo respeto? Casi nunca le respondo, me da pereza. Se nota a la legua que es una persona insegura. Se ríe de forma extraña y, aun siendo profesor, hay veces en las que hasta se sonroja. Cuando le veo comportarse así, me entran ganas de vomitar. ¡*Puaj!* No soporto cuando me dice que le recuerdo a su hermana pequeña fallecida. Imagino que será una buena persona en el fondo, pero detesto su comportamiento, repleto de gestos superficiales.

Hablando de gestos de ese tipo, reconozco que yo también tengo muchos, quizás todavía más que él. Además, en mi caso puede que incluso yo actúe con más astucia si cabe. La verdad es que soy bastante presumida. A veces suelo pensar que finjo demasiado y luego me veo arrastrada por esa pose que me he creado yo misma. Me estoy transformando en una auténtica mentirosa. Aunque esto también lo finjo. No sé qué hacer.

«Quiero ser natural, quiero ser sincera», recuerdo que pensaba con todas mis fuerzas mientras posaba en silencio para el profesor. ¡Basta ya de leer tantos libros! Mi vida se está llenando de ideas sin sentido, me he convertido poco a poco en una persona pedante y orgullosa. Qué humillación. Te pones a pensar en las cosas que te atormentan, en que no tienes objetivos, en que deberías tomar una parte más activa en tu propia vida o en que te contradices a ti misma, hasta que descubres que no se trata más que de simples emociones. En realidad, con esto no haces más que engañarte consolándote a ti misma. Supongo que tengo demasiada autoestima.

Y ahí estaba yo, haciendo de modelo pero con un corazón tremendamente sucio



en mi interior. Estoy segura de que el dibujo del profesor no recibirá ningún premio. No puede salir nada bueno de él con lo mala persona que soy yo. Sé que no debería decir esto, pero no puedo dejar de pensar que el profesor Itō es un poco tonto. Ni siquiera es consciente de que tengo una rosa bordada en mi ropa interior.

Mientras estaba allí de pie y en silencio, en la misma postura y aburrida, noté que me entraban unas ganas incontrolables de tener mucho dinero. Tan solo con diez yenes bastaría. Me encantaría leer a Madame Curie. Luego, de repente, sin venir a cuento, me vino un deseo feroz de que mi madre llegase a vivir muchos años más. En cierto modo, es durísimo posar para el profesor. Me quedé agotada tras la sesión.

Después de clase, fui a escondidas con Kinko, la hija del monje budista, a la peluquería Hollywood a que nos hiciesen un peinado bonito. Al terminar, como no me dejaron el pelo como les había pedido, me sentí algo chafada. De todas formas, hay que reconocer que no soy nada guapa. ¡Vaya decepción! Tras el episodio de la peluquería me quedé totalmente desanimada. Y más por el arrepentimiento que me entró por haber ido a escondidas a un lugar así para que me peinasen y me dejaran así de fea. Me sentía como una gallina sucia y desplumada, y peor aún, como si me hubiera tratado a mí misma con frivolidad. Kinko se emocionó y empezó a fantasear. «¿Y si fuese así a un *miai*<sup>[16]</sup>?». Empezó a decir montones de barbaridades por el estilo y me dio la sensación de que de verdad iba a asistir a uno. «¿Qué tipo de flores quedarían bien con este peinado?». «Si voy vestida con kimono, ¿qué tipo de *obi*<sup>[17]</sup> debería elegir?». Y así. Lo peor es que hablaba como si de verdad lo dijese en serio.

De verdad, Kinko es una chica encantadora pero no tiene nada en la cabeza.

Le pregunté riéndome que con quién sería la presentación, a lo que ella contestó tranquilamente: «Dicen que cada uno es bueno en su negocio». Le pregunté sorprendida qué significaba aquello y me contestó que las hijas de los monjes de un templo están predestinadas a casarse con los hijos de un monje de algún templo vecino. De esta forma, no tendrán que preocuparse nunca por el dinero. Me sorprendió su afirmación. Me da la impresión de que Kinko no tiene mucha personalidad. Debe de ser por eso que es tan femenina. Solo por el hecho de que nos hayan sentado juntas en clase, y a pesar de que yo no la esté tratando con especial cariño, ella va diciendo por ahí que soy su mejor amiga. ¡Qué chica tan encantadora! Estoy agradecida de que se preocupe tanto por mí y de que me escriba cada día, pero hoy ya se estaba entusiasmando demasiado y me estaba empezando a cansar.

Me despedí de ella y cogí el autobús. Siento algo que, no sé, algo como de lástima, en general. En el autobús había una mujer bastante desagradable. Llevaba puesto un kimono con la parte del cuello sucia y tenía el pelo rojizo y alborotado, sujeto en un moño con un palito. También tenía las manos y los pies sucios. Además, tenía una cara que hacía difícil distinguir si era hombre o mujer, como irritada, y de un color rojo negruzco. Y..., ah, me entran náuseas solo de pensarlo. Aquella mujer estaba embarazada y a veces se reía sola. Una gallina. Sentí que yo era igual, yo había ido a escondidas a la Hollywood a que me peinasen.

Me recordó vagamente a la señora de esta mañana, la que estaba sentada en el tren a mi lado e iba demasiado maquillada. Ay, pero qué sucias, ¡qué sucias somos las mujeres! Las mujeres somos desagradables. Siendo yo una de ellas, percibo perfectamente la suciedad que tenemos en nuestro interior y en nuestro exterior. Lo odio tanto que me chirrían los dientes solo de pensarlo. Es como ese olor tan insoportable a pescado que se te pega después de tocar los peces de colores: siento como si tuviese ese olor pegado por todo mi cuerpo. Aunque me lavara una y otra vez, no se me quitaría. Pensando en cómo día tras día mi cuerpo va emanando este olor corporal de hembra, cada vez más y más intenso, me entran ganas de morirme. De pronto, deseé tener alguna enfermedad. Si cayera gravemente enferma y adelgazara mucho a causa de haber sudado excesivamente, puede que llegara a alcanzar un estado total de pureza. Siento que poco a poco voy entendiendo mejor el significado de la religión.

Al bajar del autobús, me sentí algo mejor. No me gusta estar subida a los autobuses. Dentro, el aire es tibio e insoportable. Prefiero estar en tierra firme, pisar con los pies el suelo. Me gusto a mí misma cuando camino y voy pisando la tierra, aunque me da la impresión de que soy un poco despistada. Una persona descuidada.

*Volviendo a casa, volviendo,  
¿qué voy viendo mientras vuelvo?  
Las cebollas de los huertos voy viendo.  
Cantan las ranas, volviendo.*

Y así fui cantando en voz baja hasta que me di cuenta de que mi comportamiento estaba siendo demasiado irritante. Qué infantil. Me odio a mí misma. Crezco físicamente pero no maduro. A partir de ahora me comportaré como una buena chica.

Como recorro todos los días el mismo camino para volver a casa, ya ha perdido para mí toda la belleza que pudo haber tenido en un principio. Solo hay árboles y más árboles, sendas para arriba, sendas para abajo, y huertos y nada más que huertos. Hoy, para variar, intenté hacer como si fuese una persona que viene de fuera y visitara la zona por primera vez. Veamos, soy la hija de un zapatero de Kanda que se adentra en las afueras por primera vez en su vida. Entonces, ¿qué impresión sacaría del sitio? ¡Qué idea tan buena! Qué idea tan patética. Me puse seria y miré a mi alrededor fingiendo una inseguridad exagerada.

Mientras bajaba por una pequeña alameda, me fijé en las ramas con hojas frescas que apuntaban hacia arriba. «¡Vaya!», exclamé en voz baja. Cuando pasé por el puente me asomé al arroyo y me quedé mirando mi reflejo un buen rato. «¡Guau, guau!», ladré imitando a un perro. Mientras miraba los huertos que había a lo lejos, entorné los ojos y me relajé. «Ay, me encanta», murmuré con un suspiro. Descansé un poco junto al templo sintoísta. El bosque que hay junto a él está muy oscuro, por lo que me levanté precipitadamente y exclamé: «¡Uy, qué miedo!». Me encogí de hombros, lo atravesé a toda prisa y al salir y ver la luz hice como si me sorprendiese.

Al cruzar por este camino rural, y tratar de verlo como si fuese algo nuevo para mí, totalmente nuevo, de repente empecé a sentirme muy sola. Al final, me senté con desgana en una pradera que había a un lado del camino. Allí sentada, desapareció aquel sentimiento que me había acompañado hasta hacía un momento; desapareció como haciendo ¡tin!

De pronto me puse muy seria y comencé a pensar en mi actitud de estos últimos días. ¿Por qué soy tan desagradable últimamente? ¿Por qué tengo tanta ansiedad? Siempre hay algo que me da miedo. El otro día me dijeron: «Cada vez te estás volviendo más vulgar, ¿no crees?». Puede que sea cierto. La verdad es que me estoy volviendo una chica bastante negativa. Me he convertido en una estúpida, vaya. ¡Qué mal, qué mal! ¡Qué débil soy! «¡Ah!», casi grité con todas mis fuerzas. Chasqueé con la lengua. Aunque intentes disimular lo cobarde que eres, con un grito así no conseguirás solucionar nada. Haz algo más. Quizá me haya enamorado de alguien. Me tumbé boca arriba.

«Papá», le llamé muy bajito. Papá... El cielo del atardecer está muy bonito y la niebla es de color rosa. Será porque la luz del sol poniente se perdió y se difuminó, por eso la niebla tenía ese ligero color rosado.

Aquella niebla rosa fluía lentamente por entre los árboles, pasaba por encima del camino, acariciaba la pradera y envolvía mi cuerpo suavemente. Hasta el último mechón de mi cabello quedó iluminado por ella. Pero lo que más me llamó la atención fue que el cielo estaba precioso. Por primera vez en mi vida, quise expresarle mis respetos a aquel cielo. Justo en ese momento supe que creía en Dios. Ese color, el color de aquel cielo, ¿cómo se llamará? El color de una rosa. El de un incendio. El del arcoíris. El de las alas de un ángel. El de un monasterio. No, no era ninguno de esos colores tan vulgares. Era algo todavía más divino.

Pensé con tanta fuerza: «Quiero amar a todo el mundo», que casi me entraron ganas de llorar. Contemplando el cielo fijamente, pude ver cómo iba cambiando poco a poco. Cada vez se tornaba más azul. Yo no hacía más que suspirar, y me entraron ganas de desnudarme allí mismo. Además, las hojas y la hierba nunca me habían parecido tan hermosas. Las toqué con cuidado.

Me gustaría poder llevar una vida hermosa.

Cuando llegué a casa vi que teníamos invitados. Mi madre también había vuelto. Se reían de algo, como siempre. Cuando mi madre está a solas conmigo y se ríe, aunque su cara exprese una gran alegría, lo hace en silencio. Sin embargo, cuando atiende a los invitados, su cara no expresa alegría en absoluto, pero se ríe con voz muy aguda. Les saludé e inmediatamente salí a la parte trasera de casa para lavarme las manos en el pozo. Cuando me quité los calcetines y comencé a lavarme los pies, vino el pescadero y nos dejó un gran pescado junto al pozo. «¡Aquí tienes, muchas gracias!», me dijo. No sé cómo se llamaría aquel pescado, pero por sus pequeñas escamas me dio la impresión de que debía de venir por lo menos del mar del norte.

Tras dejar el pescado en un plato y lavarme las manos de nuevo, me vino a la

nariz un olor similar al del verano en Hokkaido. Me acordé de que hacía dos años, durante las vacaciones de verano, fui a visitar a mi hermana, que vive allí. En su casa, que está junto al puerto de Tomakomai, siempre huele a mar, imagino que por estar cerca de la playa. Recuerdo la escena: mi hermana preparaba a solas, hábilmente, un pescado en su inmensa cocina, por la tarde, con sus finas y blancas manos. En aquel momento, no sé por qué, me entraron unas ganas tremendas de que me hiciese caso y me tratase con algo más de cariño, pero por aquel entonces su hijo Toshi ya había nacido, por lo que mi hermana ya no me pertenecía solamente a mí. Notaba que corría un gélido viento entre nosotras y ya no me atrevía a abrazar sus finos hombros. Recuerdo también que, estando de pie en el rincón de aquella cocina ligeramente oscura, me fijaba atónita y desconsolada en la ternura con que sus pálidos dedos se movían. Pero todo eso forma ya parte del pasado, no son más que dulces recuerdos. Es curioso lo que me ocurre con los parientes. Si una persona ajena a la familia se va lejos, cada día su recuerdo se hace más y más débil, y me voy olvidando de esa persona, pero si es un pariente, entonces recuerdo sobre todo los buenos momentos.

Las bayas silvestres que crecen junto al pozo se están empezando a poner coloradas. Quizá dentro de dos semanas ya se puedan comer. El año pasado ocurrió algo curioso. Una tarde, mientras me comía las bayas que recogía, vi a *Chapy* que me miraba en silencio. Sentí lástima por él y le di una. Entonces se la comió. Le di un par más y también se las tragó. Me hizo tanta gracia que fui y sacudí el árbol para que cayesen más, entonces *Chapy* empezó a comérselas todas con ansia. ¡Qué tonto! Nunca había visto un perro que comiese bayas. Seguí comiéndomelas mientras las alcanzaba poniéndome de puntillas. *Chapy* también siguió comiendo las que estaban en el suelo. Fue gracioso. Al recordarlo, me entraron ganas de verle y le llamé: «¡*Chapy!*».

*Chapy* vino corriendo desde la puerta principal, con aire altivo. De pronto, me entraron tantas ganas de hacerle mimos que apreté los dientes con fuerza, le di un tirón del rabo y entonces él me mordió la mano. Casi se me salta una lágrima, así que le arreé un golpe en la cabeza; entonces se fue a beber agua del pozo, haciendo ruido con la lengua como si nada.

Entré en mi habitación. La luz estaba encendida. Todo estaba en silencio. Papá no estaba. Desde que él no está, a veces siento un gran vacío dentro de casa y me entran ganas de quedarme en la cama sola, toda encogida. Me cambié y me puse un kimono. Al quitarme la ropa interior, tuve buen cuidado en darle un besito cariñoso al bordado de la rosa. Cuando me senté frente al tocador, desde el salón se volvieron a escuchar las carcajadas de mi madre y los invitados. ¡Qué estúpidos! Mi madre, cuando estamos las dos solas, es de lo más agradable, pero cuando vienen invitados a casa se pone distante conmigo y me trata de forma fría e indiferente. Justo en esos momentos es cuando más extraño a mi padre y me pongo triste.

Al mirarme en el espejo me noté el rostro muy vivo. Mi rostro tiene una personalidad aparte, como ajena a mí misma. Se trata de algo que no tiene nada que

ver con mi tristeza ni con lo mal que lo paso habitualmente. Hoy ni siquiera me he puesto colorete y, aun así, tengo las mejillas de un tono encarnado. Además, los labios también los tengo rojos, pequeños y brillantes. Estoy guapa. Me quité las gafas y sonreí con dulzura. Mis ojos no están tan mal después de todo. En torno al iris tengo un ligero tono azul clarito. ¿Será por haber estado tanto tiempo fijándome en el hermoso cielo del atardecer? ¡Qué suerte!

Aquello me subió un poco el ánimo. Fui a la cocina a limpiar el arroz y entonces me volvió a invadir la tristeza. Echo de menos nuestra anterior casa, la que estaba en el barrio de Koganei. La echo tanto de menos que siento como si me ardiese el pecho cada vez que me acuerdo de ella. En aquella casa tan bonita, papá aún estaba con nosotras, y mi hermana también. Mi madre era joven, y se reía mucho. Cuando volvía de clase, mi madre y mi hermana solían estar en la cocina o en el salón charlando alegremente. Me preparaban la merienda y me mimaban, y yo me peleaba con mi hermana, y mis padres me regañaban, y yo salía corriendo y me iba muy, muy lejos en bicicleta. Por la tarde volvía y cenábamos como si nada hubiera pasado. La verdad es que lo pasaba de maravilla. No me preocupaba tanto de mí misma ni tenía que comportarme de manera extraña. Simplemente era una niña. ¡No me daba cuenta de lo privilegiada que era! No tenía preocupaciones, no me sentía sola, no sufría. Papá siempre fue un padre excelente. Mi hermana era muy cariñosa y yo iba siempre detrás de ella. Pero según fui creciendo, mi forma de ser fue empeorando. Sin darme cuenta, mis privilegios fueron desapareciendo y yo me quedé indefensa. ¡Qué mal! Ya no puedo hacer que los demás estén tan pendientes de mí como antes, y no hago más que abstraerme. Y eso, claro está, no ha hecho más que aumentar este sufrimiento que me atenaza constantemente.

Entonces mi hermana se casó y se fue de casa, y luego mi padre se murió. Mi madre y yo nos quedamos solas. Imagino que se siente muy triste. El otro día me dijo: «Ya no me quedan alegrías en esta vida. Para serte sincera, verte a ti tampoco es que me alegre mucho. Perdóname. ¿Qué sentido tiene la felicidad si no la voy a poder compartir con tu padre?». Dice que se acuerda de él cuando empieza a haber mosquitos y también cuando descose la ropa, e incluso cuando se corta las uñas. También se acuerda de él cuando el té está bueno. Aunque le trate con respeto y charle con ella, en el fondo es totalmente distinta a como era mi padre. El amor conyugal debe de ser una de las cosas más fuertes del mundo, incluso todavía más valioso que el amor de la familia.

Al verme reflexionando de una forma tan adulta para mi edad, me sonrojé y, con la mano mojada, me retiré el pelo hacia atrás. Lavando el arroz con buen ritmo, empecé a sentir mucho afecto hacia mi madre y pensé, de todo corazón, en que debería cuidarla más. Me voy a cambiar el peinado, voy a parar de ondulármelo y voy a dejármelo mucho más largo. Como a mi madre nunca le ha gustado que lleve el pelo corto, voy a dejármelo muy largo para poder así recogérmelo de alguna manera bonita y que a ella le guste. Lo cierto es que tampoco quiero llegar hasta ese punto

solo para que esté contenta. No es agradable. Pensándolo bien, la irascibilidad que estoy teniendo últimamente tiene bastante que ver con mi madre. Me gustaría ser de esas hijas que comparten la manera de pensar de sus madres, pero tampoco quiero estar todo el día halagándola de manera exagerada. Me gustaría que me comprendiese sin que yo tuviese que darle explicaciones de ningún tipo y que me dejase vivir tranquila. Aunque yo pueda resultar bastante egoísta a veces, jamás haría nada que la perjudicase. Además, aunque sea duro y me pueda sentir sola, siempre respetaré lo más importante. Quiero mucho, mucho, muchísimo a mi madre y a esta familia, así que ella también debería creer plenamente en mí y no preocuparse tanto. Encontraré la mejor solución a nuestras diferencias, seguro. Me esforzaré al máximo. Para mí eso supondría un inmenso placer, pero mi madre no se fía nada y todavía me trata como si fuera una niña pequeña. Incluso se alegra en cierto modo cuando me comporto de manera infantil.

Para muestra, la tontería que hice el otro día. Cogí mi ukelele y empecé a tocarlo. *Pompón, pompón...* Me comporté como una niña pequeña adrede y entonces mi madre me dijo muy contenta: «¡Anda! ¿Está lloviendo? Se puede oír cómo caen las gotas de agua en el patio». Se hacía la tonta para gastarme una broma creyendo que yo de verdad estaba entusiasmada con el ukelele; me pareció realmente lamentable y me entraron ganas de llorar. ¡Mamá, yo ya soy adulta! Ya sé todo lo que una tiene que saber sobre el mundo. Cualquier duda que tengas, por favor, házmela saber. Si tuvieses la confianza de decirme que nuestra situación económica no es la que era, no te molestaría pidiéndote zapatos ni nada por el estilo. Sería una persona de confianza muy, muy modesta. De verdad te lo digo. Y sin embargo... Ay, sin embargo... De pronto me acordé de que había una canción así y se me escapó una carcajada. Pero fue muy silenciosa.

Me di cuenta de que estaba distraída pensando en una cosa tras otra con las manos metidas en la olla. Debía de parecer una tonta.

¡Mal, mal! Tuve que darme prisa en prepararle la cena a los invitados. ¿Qué podía hacer con el pescado grande que nos acababan de traer? Por si acaso, lo dejé fileteado y cubierto de miso. Pensé que así quedaría bastante bueno. En la cocina lo mejor es usar la intuición. Nos quedaba algo de pepino, así que lo empapé en vinagre, salsa de soja y *mirin*<sup>[18]</sup>. Y luego hice una tortilla, mi especialidad. Después, un plato más. «¡Ah, sí! Voy a hacer un plato rococó», pensé. Es un plato que me inventé. Jamón cocido, huevo, perejil, repollo, espinacas... todo lo que queda por la cocina suelo colocarlo de forma bonita y lo sirvo. No requiere de una gran preparación, es muy económico y, aunque no es muy sabroso, le da a la mesa un toque alegre y colorido, como si fuese una gran comida de lujo. Una hojita verde de perejil detrás del huevo, una loncha de jamón cocido asomando como si fuese un coral rojizo, las hojas de un repollo colocadas como si fuesen pétalos de peonía o un abanico hecho con plumas de ave y una hoja de espinaca de color verde intenso con forma de pasto o incluso de lago. Al servir dos o tres de estos platos, los invitados evocan de pronto la Francia

borbónica del siglo XVII. Bueno, en realidad no es para tanto, pero como no sé cocinar platos tan deliciosos como los de los cocineros de verdad, al menos los intento dejar bonitos para sorprender a los invitados y así lo disimulo. Es lo que yo digo siempre: lo más importante de la cocina es la apariencia del plato. Sin embargo, para preparar este plato rococó es necesario tener cierta sensibilidad artística. Si no se presta particular atención a la combinación cromática, el plato puede resultar un desastre. Como mínimo se ha de tener la misma delicadeza que yo tengo para hacer las cosas. El otro día busqué en el diccionario la definición de la palabra «rococó» y me entró la risa porque ponía que era un estilo de decoración recargado e insustancial. Es una buena definición, aunque a mí no me interesa buscarle una explicación a la belleza. La belleza pura siempre carece de sentido y de moral. Eso está claro. Por eso me gusta tanto el rococó.

Siempre me pasa igual. Mientras cocino y voy degustando los sabores, me invade una terrible sensación de vacío. Me muero de cansancio y me pongo melancólica. Cualquier esfuerzo por mi parte me abruma. Todo empieza a darme igual, ya nada me importa. Al final, me abandono a la desesperación y me despreocupo totalmente por el sabor y la apariencia, lo termino todo de manera precipitada y desordenada y se lo sirvo a los invitados de mal humor.

Los invitados de hoy me deprimían especialmente. Era el matrimonio Imaida, de Ōmori, y su hijo Yoshio, que cumple siete este año. El señor Imaida tiene casi cuarenta años y aún así mantiene una piel blanquecina, como si todavía fuese un joven atractivo. ¡Qué asco! ¿Por qué fumará Shikishima<sup>[19]</sup>? Los cigarrillos con filtro transmiten una indudable sensación de suciedad. El tabaco debe fumarse sin filtro. Basta con que vea a alguien fumando Shikishima para que empiece incluso a dudar de su personalidad. El señor Imaida no hacía más que echar humo para arriba exclamando cosas como: «Ajá, ajá, comprendo». Parece ser que ahora trabaja de profesor en una escuela nocturna. Su esposa es pequeña, cohibida y vulgar. Con cualquier comentario, aunque sea sobre algo aburrido, se retuerce de risa casi revolcándose por el suelo. A mí no me hacen nada de gracia esas cosas que tanto le divierten a ella. Lo mismo se piensa que reírse de esa manera tan exagerada por cualquier cosa es algo elegante. En el mundo en el que vivimos, esta clase de gente resulta ser la peor. La más sucia. ¿Cómo los llaman? ¿*Petite bourgeoisie*? Es ese tipo de gente que por cobrar un sueldo medianamente alto ya se creen superiores al resto. El hijo también es un pedante que no tiene ni pizca de coraje. Aun así, me contuve y sonreí, charlé con ellos y le dije a Yoshio lo mono que era mientras le acariciaba la coronilla. Les estuve mintiendo a todos descaradamente durante un buen rato, así que puede que después de todo resultaran ser bastante inocentes comparados conmigo. Todos comieron mis platos rococó y alabaron mi arte culinario. Me sentí desolada e irritada, tanto que me entraron ganas de echarme a llorar. No obstante, fingí estar alegre y me puse a comer junto a ellos, pero los continuos halagos necios de la señora Imaida me empezaron a molestar, por lo que me puse seria, decidí no mentir más y

les dije:

—Estos platos no son nada deliciosos. Como no nos quedaba nada en la cocina improvisé esto como último recurso.

Mi intención fue decirles la verdad, pero ellos empezaron a reírse casi aplaudiéndome y repitiendo:

—Último recurso, dice. ¡Qué graciosa!

Tal era mi frustración que me entraron ganas de empezar a llorar a gritos y de tirarles a la cara los palillos y los cuencos. Empecé a sonreír aguantando toda mi rabia. Incluso mi madre se unió a ellos y dijo:

—La niña está resultando ser una gran ayuda en casa, ¿saben?

Mi madre, a pesar de haber intuido perfectamente mi tristeza, dijo esto sonriendo para agradar a los Imaida. Mamá, no tienes por qué seguirles de ese modo la corriente a los Imaida. Mi madre, cuando atiende a sus invitados, no es mi madre. Se convierte en una mujer débil. ¿Acaso se tiene que arrastrar tanto solamente por haber perdido a su marido? Me sentí miserable. Las palabras no acudían a mi boca. ¡Váyanse a su casa ya, por favor, váyanse ya, señores Imaida! Mi padre era un gran hombre. Además de amable, era una persona muy noble. Quieren burlarse de nosotras porque mi padre ya no está, váyanse ahora mismo, por favor. Me entraron muchas ganas de gritárselo al señor Imaida a la cara. Pero, al fin y al cabo, soy débil, así que le corté el jamón cocido a Yoshio y le pasé las verduras en conserva a su madre.

Tras terminar la cena, fui corriendo a la cocina y me puse a recoger. Quería quedarme sola lo antes posible. No es que sea una engreída, pero me parece un esfuerzo inútil atender a la conversación y reírme con esa gente. Ni siquiera consideré necesario tratarles con cortesía. No, no. No debería hacerlo y no lo hice. Ya había tenido bastante por esta noche. Yo ya había hecho todo lo que podía. Hasta mi madre parecía muy contenta de verme atendiéndoles amablemente mientras aguantaba sus estupideces. ¿Habría sido suficiente todo aquello para agradarla? No sé qué sería lo correcto, si amoldarme a la situación separando mis sentimientos y emociones de las relaciones sociales y dar una buena imagen o, por el contrario, aunque pudieran llegar a hablar mal de mí, actuar sin ocultar mi verdadera personalidad con todo lo que eso conlleva. Envidio a las personas que tienen la suerte de poder llevar una vida tranquila junto a gente igual de débil, amable y tierna que ellos mismos. A pesar de que fuese posible llevar una vida sin sufrimiento, decidí que no me atormentaría con este tipo de cosas. Eso estaría mucho mejor. No dudo de que sería bueno ser algo más hospitalaria, aunque fuera a costa de ocultar mis sentimientos, pero si en un futuro me obligasen a escuchar con atención todos los días a gente como los Imaida y reírles las gracias, creo que me volvería loca.

Supe que no podría vivir en una prisión. Es más, no podría ni siquiera trabajar como sirvienta. Tampoco podría ser la esposa de nadie. Bueno, no, ser esposa, casarse, es algo distinto. Si alguna vez decidiese dedicar toda mi vida a una sola persona, por duro que fuese, haría todo lo que estuviese en mi mano para que



funcionara. Lo haría lo mejor que pudiera porque justo ahí reside el placer de vivir, justo ahí reside la esperanza de un mundo mejor. Es algo natural. Trabajaría sin parar, desde por la mañana hasta que llegara la hora de acostarse. Haría la colada una y otra vez, sin descanso. Las veces que hiciera falta. Una de las cosas más desagradables del mundo es que se te acumule un montón de ropa sucia para lavar. Eso no ocurriría. Es algo que me pondría muy nerviosa. Siento como que no puedo morir tranquila si no lo he lavado todo primero. Cuando termino de lavar hasta la última prenda y la cuelgo en el tendedero, siento que ya puedo descansar en paz.

En esto, los Imaida se fueron. Dijeron que tenían algo que hacer y mi madre les acompañó a la puerta. Que mi madre les acompañe sin rechistar me molesta, pero el hecho de que el sinvergüenza de Imaida se aproveche de ella para cualquier cosa, que no es la primera vez que lo hace, me molesta mucho, muchísimo, tanto que me entran ganas de darle un bofetón. Sin embargo, los acompañé pacíficamente hasta la puerta y me quedé allí sola mientras la calle se iba oscureciendo; de nuevo me entraron unas ganas horribles de llorar.

En el buzón estaba el periódico de la tarde, además de dos cartas. Una era publicidad de las rebajas de verano de Matsuzakaya<sup>[20]</sup> para mi madre y la otra era para mí, de mi primo Junji. Era una carta sencilla en la que me anunciaba que dentro de poco le trasladarían al regimiento de Maebashi, en la prefectura de Gunma. También mandaba un saludo para mi madre.

Al ser un oficial del ejército, no creo que mi primo Junji lleve una vida muy agradable que se diga, pero envidio su disciplina y la formación que recibe. La suya es una vida estricta sin las trivialidades del día a día que a mí me amargan. Junji siempre tiene muy claro lo que debe hacer en cada momento, e imagino que debe de ser muy reconfortante para uno mismo que eso ocurra. En mi caso, si no quiero hacer algo no tengo a nadie que me obligue. Hago las travesuras que me da la gana, e, incluso, si me entran ganas de estudiar, sé que tengo casi todo el tiempo del mundo para ponerme a ello. Cualquier deseo que tenga, confío en que acabará haciéndose realidad. Es de imaginar lo que podría ayudar en mi formación el que me exigiesen al menos un poco de esfuerzo. Sin duda agradecería que me atasen con más firmeza.

Hace poco leí en un libro que el mayor deseo de los soldados que están luchando en el campo de batalla es poder dormir profundamente. Siento lástima por los soldados y por todo lo que tienen que sufrir, pero por otra parte les tengo bastante envidia. La idea de que lo único que anhelan esos chicos en el mundo es poder dormir un poco, dejando de lado todo pensamiento absurdo, desagradable y complicado, me parece verdaderamente impecable y simple. Solo de imaginar su situación siento un gran placer. Quizá me viniese bien pasar una temporada en el ejército para hacerme más fuerte y así poder convertirme en una chica decidida y noble.

Por otro lado, también hay gente que no ha participado en ninguna batalla. Gente sincera como Shin. Cuando constato este hecho, no puedo dejar de pensar que soy una auténtica inútil. Soy una chica mala. Shin es el hermano menor de Junji y tiene la

misma edad que yo. ¿Cómo puede ser tan buena persona? De todos mis familiares, no, de toda la gente que conozco en el mundo, Shin es sin duda quien mejor me cae. Shin es ciego. ¡Qué tragedia perder la luz de los ojos a una edad tan temprana! En las noches serenas como hoy, estando solo en su habitación, ¿cómo se sentirá? En nuestro caso, aunque estemos tristes, siempre podemos distraernos leyendo un libro o contemplando el paisaje, pero Shin no puede hacer nada de eso. Tan solo puede aguantar su tristeza en silencio. Hasta hace poco, se esforzaba mucho en los estudios, era bueno jugando al tenis y nadaba bastante bien, pero ahora ¿cómo serán su soledad y su sufrimiento? Anoche, también pensando en Shin, me quedé cinco minutos con los ojos cerrados al acostarme. Aunque estuviese dentro de la cama, aquellos cinco minutos con los ojos cerrados se me hicieron eternos y sentí como si me estuviese ahogando. Shin ya no podrá ver nunca nada, ni por la mañana, ni por la tarde, ni por la noche. Nunca. Me gustaría que se sincerase conmigo y me contase qué le molesta. Me gustaría que se enfadase alguna vez o que se comportase de un modo más egoísta. Pero Shin nunca dice nada. Nunca lo he escuchado hablar mal de nadie ni quejarse. Además, siempre habla de forma muy pausada y utiliza un lenguaje muy positivo. Este tipo de cosas hacen que me estremezca.

Pensando en todo aquello, barrí las habitaciones y luego me puse a calentar el agua para el baño. Mientras vigilaba el fogón, me senté sobre una caja vacía de mandarinas y terminé los deberes de clase, con la ayuda de la luz que producían las llamas que salían del carbón incandescente. Como el agua tardaba mucho en calentarse, empecé a leer de nuevo mi ejemplar de *Bokutō Kidan*<sup>[21]</sup>. Nada de lo que hay escrito en esta novela me parece desagradable o sucio. Aun así, hay partes en las que se aprecia bien a las claras la arrogancia del escritor, algo que, bajo mi punto de vista, le resta algo de fuerza a la obra. Además, utiliza conceptos algo anticuados. ¿Será porque el escritor lo escribió ya anciano? De todas formas, a los escritores extranjeros, a pesar de ser muy mayores, no les ocurren este tipo de cosas y lo expresan todo de manera más dulce que nosotros. Ellos no tienen nuestras ataduras. Por eso sus obras son tan agradables. A pesar de todo, esta novela no está nada pero que nada mal. Es relativamente sincera y en el fondo se intuye un poso de serena resignación, lo que le dota de cierta frescura. Entre todas las obras de este escritor, esta es la que más me gusta, sin duda, por lo directa que es. Imagino que debe de tener un fuerte sentido de la responsabilidad. Es un escritor con un sentimiento japonés muy arraigado, pero que, sin embargo, transmite todo lo contrario en la mayoría de sus obras, lo que bajo mi punto de vista las hace muy pesadas. Supongo que le gustará parecer malvado en cierto modo. Suele ocurrirle a la gente que es demasiado amorosa. Aparenta ser un rebelde y eso le resta fuerza a su obra. Pero aquí, en *Bokutō Kidan*, se intuye una honestidad tremenda, que casa muy bien con la soledad de los personajes. A mí me gusta.

En esto el agua de la bañera se terminó de calentar. Encendí la luz del cuarto de baño, me quité toda la ropa, abrí la ventana todo lo que pude y me metí en el agua en

silencio. Por la ventana, se veía el reflejo de la luz de la lámpara en las hojas verdes de los arbustos. Brillaban las estrellas. Cada vez que miraba, ahí estaban, con su brillo. Mirando a lo alto, embelesada, aunque no lo quisiese, se infiltraba vagamente en mi campo visual la blancura de mi cuerpo. En silencio, empecé a darme cuenta de que era una blancura distinta a la de cuando era pequeña. Sentí mucha lástima de mí misma. Me quedé perpleja al pensar que el cuerpo sigue creciendo y creciendo, independientemente de lo que uno pueda sentir al respecto. Es un sentimiento insoportable. Me invade la tristeza cuando me doy cuenta de que no puedo detener de ningún modo este crecimiento tan acelerado. ¿No me quedará otra que dejar las cosas como son y contemplar como voy envejeciendo sin remedio? Me gustaría quedarme con el cuerpo de una muñeca para siempre. Entonces salpiqué en el agua con fuerza e hice como si todavía fuese una niña, pero eso no hizo más que aumentar mi tristeza. Empecé a sentir que no era capaz de encontrar una razón para seguir viviendo. Noté que me empezaba a asfixiar.

«¡Hermana!». En la pradera que hay junto al jardín, un niño llamó a su hermana llorando. Aquella voz me llegó al corazón. No es que me estuviese llamando a mí, pero sentí envidia de esa *hermana* por la que todavía hay alguien que derrama lágrimas. Si tuviese un hermano pequeño como ese niño, que me siguiera y que me tratase con cariño, no viviría con esta vergüenza que me consume cada día. Tendría más objetivos en la vida y quizás decidiera dedicarme exclusivamente a cuidarle. A buen seguro aguantaría cualquier sufrimiento. Me puse a fantasear con tanta vehemencia que luego me di cuenta de que me estaba dando mucha lástima a mí misma.

Al salir del baño no pude evitar echarle un último vistazo a las estrellas. No sé por qué esta noche me están llamando tanto la atención. Decidí salir al jardín para poder contemplarlas mejor. Había tantas que parecían estar cayéndose todas sobre mi cabeza. Ah, ya se acerca el verano. Había ranas cantando por las charcas, y el trigo siseaba al mecerse con el viento. Cada vez que alzaba la mirada veía más y más estrellas brillando sobre mí. El año pasado, no, no fue el año pasado, fue hace ya dos años, le insistí a mi padre en que saliésemos a pasear, y él, aunque ya estaba muy enfermo, salió al jardín para acompañarme. Papá siempre mostró una actitud de lo más juvenil. Fue un padre magnífico. Me acompañó ayudándose de su bastón y me enseñó una canción alemana que decía algo así como: «Tu hasta los cien años y yo hasta los noventa y nueve». Me habló sobre las estrellas, improvisó un poema y de vez en cuando escupía al suelo y me guiñaba un ojo. Cada vez que miro fijamente a las estrellas me acuerdo de él. Veo su cara como si la tuviera delante. Pero han pasado dos años desde aquello y poco a poco me he ido convirtiendo en una inútil. Incluso he llegado al punto de tener muchos secretos que nadie conoce.

Finalmente he vuelto a mi habitación y me he sentado frente al escritorio. He apoyado la cara en una mano y he contemplado la flor de lirio que tengo puesta en un pequeño jarrón. Huele bien. Oliendo un lirio es imposible que se me ocurran malos

pensamientos, aunque esté sola y aburrida. Fue ayer por la tarde, cuando venía de paseo desde la estación, cuando entré en una floristería y compré este lirio; fue colocarlo, y la habitación me pareció completamente distinta. Da sensación de limpieza y cuando abres la puerta silenciosamente ya sientes el olor a lirio y a tranquilidad. No es posible imaginarse cuánto me ayuda esto. Mirando a la flor me doy cuenta de que ciertamente su poder es mucho mayor que el de la sabiduría de Salomón<sup>[22]</sup>. De repente me acordé de aquella vez que visitamos Yamagata el verano pasado. Recuerdo que me entusiasmé al ver en la ladera de una montaña muchísimos lirios en flor. Como sabía que no podía escalar aquella pendiente tan empinada, no tuve más remedio que quedarme contemplándolos desde donde estábamos. Justo en aquel momento, un minero al que no conocía y que pasaba por la zona subió rápidamente la pendiente y, en tan solo unos segundos, sin decir nada volvió con tantos lirios que casi no pude cargar con ellos. Me los dio todos y se fue sin siquiera dedicarme una sonrisa ni nada. Eran montones de lirios. Supongo que no existe una persona en el mundo que haya recibido tantas flores en su vida, ni siquiera en su boda. Su aroma era embriagador. Nunca en mi vida me había sentido tan mareada. Sujetando con los brazos abiertos y con dificultad aquel ramo tan grande de color blanco, no podía ver nada. ¿Qué estará haciendo ahora aquel joven minero tan amable y atento? Trepó a un lugar peligroso y me trajo flores, eso es todo. Pero cada vez que veo un lirio me acuerdo de él.

Abrí el cajón del escritorio y, rebuscando en su interior, he encontrado un abanico que me regalaron el verano pasado. Sobre el papel blanco aparece dibujada una mujer de la era Genroku<sup>[23]</sup> sentada incorrectamente al lado dos *physalis* de color verde. Mirando este abanico, empecé a sentir que los recuerdos del verano pasado ascendían como humo ante mis ojos. La vida en Yamagata, los viajes en tren, los *yukata*, las sandías, el río, las cigarras, los *fūrin*<sup>[24]</sup>. De pronto me vi viajando en un tren, dándome aire con el abanico. La sensación que da cuando lo abres es realmente placentera. Se van abriendo las varas una a una y de repente el abanico se convierte en un objeto tremendamente ligero. Mi madre ha vuelto mientras jugaba dándole vueltas. Parecía de muy buen humor.

—Ay, ¡qué cansada estoy! —exclamó alegremente, sin mostrar en realidad ningún signo de cansancio.

Le gusta ayudar a la gente, qué le vamos a hacer.

—Cómo se complica todo —dijo mientras se quitaba el kimono y se metía en el baño.

Después de bañarse, mientras se tomaba el té conmigo, empezó a sonreír de manera enigmática. De pronto me soltó algo que no me esperaba:

—Últimamente decías que tenías muchas ganas de ir a ver *La joven descalza*<sup>[25]</sup>, ¿verdad? Bien. Pues si todavía tienes tantas ganas te dejo que vayas. A cambio, quiero que me des un masaje en los hombros, hazme ese favor. Las cosas que se consiguen a base de esfuerzo se disfrutan más, ¿no crees?

Me volví loca de alegría. Es cierto que me moría por ver esa película, pero como últimamente no hacía más que vagar, me daba reparo pedirle permiso a mi madre. Ella se enteró sin que le dijese nada y me ha hecho trabajar para que pueda ir a verla sin sentirme mal. Aquello sí que me dio una gran alegría. ¡Cuánto quiero a mi madre! Incluso le sonreí sin que ella me lo pidiera.

Como mi madre tiene muchas amistades, hacía mucho que no podíamos permitirnos el lujo de pasar un rato juntas por la noche. Imagino que estaría intentando esforzarse para que no nos menospreciasen. Mientras le daba aquel masaje, sentí claramente cómo su cansancio se transmitía poco a poco a mi cuerpo. Decidí, de nuevo, que a partir de ahora intentaría tratarla mejor. Me sentí muy mal al pensar que había sentido rencor hacia ella mientras estaba con los Imaida. Le pedí perdón en voz baja y sin abrir la boca. Creo que últimamente tiendo a pensar de manera egoísta en mí misma y al final adopto un comportamiento agresivo y acabo abusando de ella. No quiero pensar en cuánto le debe doler y en cuánto debe de sufrir cada vez que me comporto como lo hago.

Desde que mi padre no está, mi madre se ha vuelto muy frágil. Siempre me estoy quejando y contándole mis problemas, dependo mucho de ella, pero cuando ella busca apoyo en mí, aunque sea poco, me molesta y siento como si hubiese visto algo sucio en ella. Reconozco que es algo muy egoísta por mi parte, pero mi madre, al fin y al cabo, no es más que una mujer débil, al igual que yo. A partir de ahora intentaré complacerla más, intentaré entenderla mejor y hablaremos sobre lo que hemos vivido juntas, o sobre mi padre o sobre lo que sea. También me gustaría poder dedicarle más tiempo. Quiero sentir de esta manera para poder apreciar el placer de la vida. En el fondo, me preocupo mucho por ella e intento ser una buena hija, pero siempre acabo comportándome como una niña caprichosa. Incluso últimamente, he empezado a perder en cierto modo la inocencia. Estoy sucia por dentro y sé que no puede haber nada más vergonzoso en el mundo. ¿Qué es todo esto de lo que siempre me estoy quejando? Que si sufro, que si dudo, que si me siento sola o triste... Si lo dijese claramente, me moriría. Sabiendo perfectamente de qué se trata, no consigo encontrar ni una sola palabra o adjetivo que pueda describirlo en toda su amplitud. Simplemente me confunde y al final acabo perdiendo los nervios. Hay algo a lo que se le parece. Se dice que, antiguamente, las mujeres no eran más que esclavas y escoria que no tenían opinión propia, que eran muñecas a merced de los hombres. Pero comparándolas conmigo, tenían el sentimiento femenino más arraigado que yo. Eran tranquilas y tenían la suficiente sabiduría como para aceptar sin reparos una vida de sumisión. Reconocían la belleza de la pura abnegación y sabían apreciar el placer de prestar servicios sin recibir nada a cambio.

—Ay, ¡qué buena masajista eres! ¡Eres maravillosa!

Mi madre tiene una cierta tendencia a tomarme el pelo.

—¿A que sí? Es que lo hago de corazón. Pero dar masajes no es lo único que sé hacer bien. Si fuese solamente eso sería un poco triste, ¿no crees? Tengo otras

muchas cualidades.

He dicho lo primero que se me ha venido a la cabeza, y eso me ha sentado bien. Llevaba dos o tres años sin poder hablar de corazón, con tanta sinceridad como esta noche. Pensé con alegría que quizá, cuando te aceptas a ti misma, es cuando realmente naces como una persona nueva y tranquila.

Esta noche, después de terminar el masaje, como agradecimiento por todo, le he leído en voz alta a mi madre unas cuantas páginas de *Corazón*, de Edmundo de Amicis. Mi madre, al ver que también leo este tipo de libros, ha puesto cara de alivio. El otro día me vio leyendo *Belle de Jour*, de Kessel y me quitó el libro para ver la portada, puso una cara muy triste y me lo devolvió sin decir nada. Aquello me hizo sentir mal y se me quitaron las ganas de seguir leyendo. Que yo sepa, mi madre nunca ha leído *Belle de Jour*. Supongo que debió de hacerse una idea de su argumento y eso le debió de sentar mal.

Mientras leía *Corazón* en voz alta, envuelta por el silencio de la noche, de vez en cuando me sentía tonta y me daba vergüenza de lo que pudiese pensar mi madre al escuchar lo estúpida que suena mi voz. Como todo estaba tan silencioso, la estupidez de mi voz resaltaba. Siempre que leo *Corazón*, me emociona tanto como cuando lo leía de pequeña. Siento como que limpia y purifica mi corazón y pienso que es una gran obra, pero leerla en voz alta es muy distinto a leerla en silencio, me sorprende y hace que me sienta incómoda. Aun así, mi madre baja la cabeza y se pone a llorar en las partes en las que aparecen Enrico y Garrone, los muchachos protagonistas de la novela. Mi madre es como la madre de Enrico, una madre grande y dulce.

Ya se ha acostado. Como esta mañana tuvo que salir muy pronto estará muy cansada. Le he ayudado a colocar bien el *futón* y le he sacudido ligeramente la planta de los pies. Siempre cierra los ojos nada más meterse en la cama.

Después he ido al baño para hacer la colada. Últimamente tengo la extraña costumbre de empezar a hacerla sobre las doce. Me parece una pérdida de tiempo tener que hacer la colada durante el día, aunque puede que por la noche también lo sea. Desde la ventana se podía ver la luna. Agachada, lavando la ropa con buen ritmo, le he sonreído. Ha fingido que me ignora. De repente, me ha venido a la mente la imagen de una pobre chica solitaria en algún otro lugar en el mundo, que, justo en ese mismo momento, mientras hace la colada al igual que yo, le ha sonreído a la luna. Sí, estoy segura de que hay alguien más en el mundo que lo ha hecho.

En una casa solitaria en la cima de una montaña de un campo lejano, justo ahora, en mitad de la noche, quizás haya una chica que sufre en silencio por algo mientras hace la colada en el patio trasero de su casa. En el pasillo de un sucio apartamento de los suburbios de París, también hay una chica de mi edad que, intentando no hacer ningún ruido, está sola haciendo la colada y ha sonreído a esta misma luna. Lo puedo ver claramente, incluso a todo color, como si lo estuviese viendo absolutamente todo con un telescopio inmenso.

En serio, nadie puede imaginarse nuestro sufrimiento. En un futuro próximo,

cuando seamos adultas, el dolor y la pena que sentimos ahora puede que nos resulte algo gracioso, un simple recuerdo que carezca de la menor importancia, pero ahora mismo, no sé cómo sobrellevar este largo y desagradable periodo que nos toca vivir. Es algo que nadie te enseña a superar. ¿Será la juventud algún tipo de enfermedad como el sarampión, que nada más se cura pasándolo? Pero hay gente que muere a causa del sarampión, o que se queda ciega. No está bien dejar las cosas sin resolver. Nosotras nos pasamos los días deprimidas y enfadadas. A causa de esto, hay gente que pierde el rumbo y llega a un punto de no retorno, no se puede recuperar y su vida queda destrozada. Incluso hay gente que llega a suicidarse. Aunque los demás puedan sentir pena y digan cosas como: «Ay, ¡qué lástima!, si hubiese vivido un poco más se habría dado cuenta de que todo se soluciona con el paso de los años», el sufrimiento de esa persona habría sido inmenso. Pero, al final, todo el que quiere ayudarnos lo único que hace es repetir la misma lección evasiva de siempre. Reconozcamos que estamos abocadas a pasar vergüenza y a no obtener respuestas a nuestras plegarias. Eso no significa que simplemente nos interese vivir cada momento, pero es que no hacen más que señalarnos constantemente montañas que están demasiado lejos con la promesa de que si llegamos hasta allí podremos apreciar un paisaje maravilloso. Puede que los que dicen eso tengan razón, puede que eso sea totalmente cierto, pero no es menos cierto que ahora mismo estamos atenazadas por el dolor. Los demás lo ignoran, y nos dicen que aguantemos un poco, un poquito más, prometiéndonos que seremos capaces de llegar hasta la cima de aquella montaña y que una vez allí todo será mejor. Y la historia se repite una y otra vez. Seguro que debe de haber alguien que esté equivocado. Tú eres el malo.

He terminado la colada y he limpiado el baño. Después, al abrir la puerta de la habitación intentando no hacer ruido, me ha venido el olor a lirio. Por un momento noté una dulce frescura, como si mi cuerpo fuese totalmente transparente, hasta el corazón, como si me anegara una sublime ironía. De pronto, mientras me ponía el pijama, mi madre me ha hablado con los ojos cerrados. Como creía que ya estaba dormida, me he asustado. A veces me asusta haciendo este tipo de cosas.

—Como dijiste que querías zapatos de verano, aproveché para echar un ojo cuando estuve hoy en Shibuya<sup>[26]</sup>, pero eran todos carísimos.

—No pasa nada, ya no me apetece tenerlos.

—Pero te hacen falta, ¿no?

—Sí.

Mañana volverá a ser un día exactamente igual que hoy. Sé que nunca en esta vida alcanzaré la felicidad. Lo sé certeramente. Pero será mejorirme a dormir creyendo que mañana la felicidad llegará, mañana seguro que llega. Me he dejado caer sobre el *futón* haciendo ruido aposta. ¡Ay, qué bien me siento! Como el *futón* está frío, siento un placentero frescor en la espalda. La felicidad llega una noche, cuando ya es tarde. Recuerdo vagamente una frase que decía así. Tras esperar mucho, mucho tiempo a que llegue la felicidad, al final no aguantas más y abandonas

precipitadamente tu casa; pero al día siguiente, llega una noticia maravillosa a esa casa que acabas de dejar, pero ya es demasiado tarde. La felicidad llega una noche, cuando ya es tarde. La felicidad...

Se oyen las pisadas de *Kaa* que pasea por el jardín. *Tap, tap, tap, tap*. Los pasos de *Kaa* son de lo más peculiares. Aparte de tener la pata delantera derecha un poco más corta, tiene dos patas torcidas, por lo que tiene una manera triste y peculiar de caminar. Suele pasearse por el jardín a estas horas, ¿qué estará haciendo? Pobrecito *Kaa*. Esta mañana me he portado mal con él, mañana lo primero que haré será acariciarle.

Tengo una manía de lo más triste. No puedo dormir sin cubrirme la cara con las dos manos. Cuando lo hago, me quedo quieta. Ir a dormir me produce una sensación extraña. Es como si una fuerza, pesada como el plomo, tirase de mi cabeza con un hilo hacia abajo, como cuando una anguila o una carpa tiran del sedal. Cuando estoy a punto de quedarme dormida, siento como que la presión se afloja y entonces me despierto súbitamente. Otra vez, me tira fuertemente y casi me quedo dormida de nuevo, pero en ese momento el hilo vuelve a aflojarse un poquito. Se repite de la misma forma unas tres o cuatro veces y, por fin, tira con todas sus fuerzas, y así me quedo dormida hasta la mañana siguiente.

Buenas noches. Soy una Cenicienta sin príncipe. ¿Sabes en qué parte de Tokio vivo? Ya nunca más volveremos a vernos.



## EL ÁRBOL DE CEREZO Y EL SILBIDO MÁGICO

**H**ay algo de lo que siempre me acuerdo cada vez que llega la época del año en la que las flores de cerezo caen y empiezan a brotar sus hojas. Ocurrió hace treinta y cinco años, cuando mi padre estaba todavía vivo. Toda mi familia, no, espera, mi madre ya había fallecido: había sido siete años atrás, cuando yo tenía trece, así que por entonces estábamos solamente los tres. Mi padre, mi hermana y yo. Cuando yo tenía dieciocho años y mi hermana dieciséis, mi padre fue destinado como vicedirector de un instituto a la prefectura de Shimane<sup>[27]</sup>, así que nos fuimos los tres a vivir a una ciudad a orillas del mar del Japón. Una que tenía un castillo y, por entonces, unos veinte mil habitantes. Como no encontramos ninguna casa en alquiler que nos viniese bien, tuvimos que conformarnos con una caseta de dos habitaciones que había en el recinto de un templo budista de la zona. Se trataba de un templo solitario que se encontraba muy cerca de las montañas que había a las afueras de la ciudad. Estuvimos viviendo allí unos seis años, hasta que destinaron a mi padre a un instituto en Matsue<sup>[28]</sup>.

Me casé cuando ya vivíamos en Matsue, en el otoño en que cumplí veinticuatro años. Lo cierto es que me casé bastante tarde para lo que se estilaba en aquella época. Como mi madre murió cuando éramos pequeñas y mi padre se pasaba todo el día estudiando y no tenía ni idea de cómo hacer las tareas del hogar, era yo quien me encargaba de todo. Por eso, aunque tuve algunas proposiciones de matrimonio, no quise casarme por no irme a vivir con otra familia y tener que abandonar la mía. Si al menos mi hermana hubiese sido fuerte, me lo habría tomado con más tranquilidad, pero, según estaban las cosas, decidí posponer todos mis planes de matrimonio indefinidamente.

Mi hermana y yo no nos parecíamos en nada. Ella era muy guapa e inteligente. Tenía el pelo muy largo y era muy atractiva, pero no gozaba de buena salud, era débil. Dos años después de habernos ido a vivir a aquella ciudad del castillo, en la primavera de mis veinte años, mi hermana falleció. Tenía tan solo dieciocho años. Eso ocurrió hace treinta y cinco. Resultó que mi hermana llevaba un tiempo bastante enferma. Nadie, ni siquiera ella, había reparado en ello. Padecía de tuberculosis en los riñones, una enfermedad cruel. Cuando se la diagnosticaron, ya tenía los dos riñones muy infectados. El médico le dijo a mi padre que no sobreviviría más de cien días. Me contaron que no había nada que se pudiese hacer para salvarla. Pasó un mes, y luego un par de meses más. Tan solo podíamos observar como mi hermana se iba

marchitando. Mientras tanto, el día número cien se acercaba inexorablemente. Decidimos ocultarle la información del médico para no preocuparla más de lo necesario. Aunque tenía que guardar cama durante todo el día, estaba bastante bien de ánimo. Solía cantar muy alegremente, gastaba bromas de vez en cuando y me pedía toda clase de caprichos. Me llenaba de tristeza saber que, independientemente de todo lo que hiciésemos, en treinta o cuarenta días moriría sin remedio. Cada noche, al irme a dormir, sentía como si me pinchasen por todo el cuerpo con agujas de coser. No podía soportarlo más. Marzo, abril, mayo... Sí, ocurrió a mediados de mayo. Jamás se me olvidará aquel día mientras viva.

Los campos y las montañas estaban en pleno esplendor y hacía tanto calor que constantemente me entraban ganas de desnudarme y de lanzarme a correr por los campos, acariciada por el viento. Aquel verdor tan intenso me producía como chispas en los ojos. Un día caminaba sola, cabizbaja, con una mano metida en mi *obi*, abstraída en mis reflexiones. Lo único que acudía a mi mente eran pensamientos funestos y a cada paso que daba me sentía más y más agobiada.

*Domm, domm...* Un sonido horroroso comenzó a escucharse a lo lejos, débil, pero muy, muy grave, como si alguien estuviera tocando un tambor inmenso desde lo más profundo del infierno. Parecía que proviniese del centro de la tierra o de lo más alto del cielo. No tenía ni idea de qué podría significar aquel sonido tan macabro. Pensé que me estaba volviendo loca. Me quedé totalmente bloqueada, incapaz de moverme. Lancé un grito. Simplemente no podía seguir de pie. Me senté en la hierba y empecé a llorar angustiada.

Más tarde me enteré de que aquel terrible sonido no era sino el eco de la batalla del mar del Japón<sup>[29]</sup>. Se trataba de los cañonazos de los buques de guerra comandados por el almirante Tōgō, que destruyeron a la Flota Rusa del Báltico. Creo que fue por aquella época. Durante todo el día, en la ciudad costera donde vivíamos se estuvo escuchando de fondo el espeluznante sonido de los cañones que tronaban sin cesar en la distancia. Imagino que el resto de la gente de la ciudad también debió de sentir mucho miedo, igual que yo, pero lo cierto era que durante todo el día no tuve ni idea de lo que estaba ocurriendo. Pensaba tanto en mi hermana que casi perdí la cabeza, estaba convencida de que aquel siniestro sonido provenía de un tambor que tocaba en el infierno y pasé un rato que se me hizo eterno llorando en el campo. Cuando empezó a anochecer, me levanté por fin y volví caminando al templo con aire distraído. Me parecía estar muerta.

—Hermana... —dijo ella llamándome cuando entré en casa.

Desde hacía varios días ya estaba totalmente demacrada y sin fuerzas. Teníamos la ligera impresión de que ella era consciente de que no iba a vivir mucho más. Ya no me pedía caprichos como solía hacer de vez en cuando, así que verla en ese estado me dolía más que nunca.

—Hermana, ¿cuándo ha llegado esta carta?

Me alarmé y noté cómo empalidecía. «¿Cuándo ha llegado?», me preguntó con

inocencia. Recobré el ánimo como pude y le contesté:

—Hace un rato, cuando estabas durmiendo. Como dormías con una sonrisa en los labios, te la dejé junto a la almohada con cuidado de no despertarte. No te has dado cuenta, ¿verdad?

—No, no me había dado cuenta —me contestó con una blanca sonrisa que iluminaba la penumbra de la habitación al anochecer—. Acabo de leerla. Qué curioso, es de alguien que no conozco...

¿Cómo que no lo conocía? Yo sabía quién era el remitente, un hombre llamado M. T. Bueno, en realidad nunca lo había visto, pero sabía quién era. Cinco o seis días antes, cuando estaba ordenando la cómoda de mi hermana, encontré un montón de cartas atadas con un lazo verde escondidas en el fondo de un cajón. Sabía que no era lo correcto, pero desaté el lazo y las leí. Eran unas treinta cartas, todas ellas de un tal M. T. En los sobres no aparecía su nombre, pero sí en la carta. Los remitentes eran siempre nombres femeninos, de amigas de mi hermana que nosotros conocíamos, por lo que mi padre y yo jamás sospechamos que se estuviese escribiendo con un chico.

M. T. debía de ser una persona extremadamente cuidadosa. Habría preguntado a mi hermana los nombres de todas sus amigas y por eso, cada vez que le escribía, utilizaba un nombre distinto. Me sorprendí de lo astutos que pueden llegar a ser los jóvenes cuando están enamorados. ¿Y si mi padre se hubiese enterado? Con lo estricto que era me dio tanto miedo pensar en que pudiera haberlo descubierto que me entró un escalofrío. Pero, leyéndolas en orden cronológico, empecé a sentirme mucho mejor. Incluso había partes tan graciosas que de vez en cuando se me escapaba una sonrisa. Y así, aunque fuera a través de otra persona, pude sentir las emociones de aquel mundo que hasta entonces a mí me había estado vedado.

Yo acababa de cumplir veinte años y, como todas las mujeres, me veía aquejada por problemas que sabía que no le podía contar a nadie. Sin embargo, leyendo aquellas cartas, sentí como si todos se hubieran esfumado en mi interior. Recuerdo que leí las treinta y tantas cartas, una detrás de otra, muy rápido pero muy concentrada. Cuando por fin llegué a la última, fechada el otoño del año anterior, recuerdo que me levanté como impulsada por un resorte. Experimenté algo similar a lo que se debe de sentir cuando te alcanza un rayo. Me quedé petrificada, tanto que casi me caí de espaldas. En aquella última carta descubrí con horror que la relación de mi hermana con ese chico no había sido solo sentimental, sino que estaba mucho más avanzada, de manera sucia. En un raptó de ira quemé todas las cartas. Al parecer, todo indicaba que M. T. era una especie de poeta pobre que vivía en la ciudad. Nada más enterarse de que mi hermana había caído enferma, fue tan cobarde que la abandonó. «Vamos a olvidarnos de lo nuestro», le decía sin ningún tipo de escrúpulos en la última carta, sin dar muestra siquiera de una pizca de arrepentimiento por sus palabras. Tras aquello no le volvió a escribir. «Soy la única que lo sabe, nadie debe de enterarse. Tengo que callármelo de por vida para que mi hermana pueda morir siendo una virgen pura a ojos de los demás». Decidí guardarme aquel dolor en el pecho, no

compartirlo con nadie más. Aun así, no fue fácil. Desde que leí aquellas cartas, no podía evitar sentir más pena todavía por la situación de mi pobre hermana. Me venían a la mente imágenes extrañas que me partían el corazón y que me llenaban de amargura. Fue algo muy triste, y también extremadamente desagradable. Un tipo de dolor que no se puede entender si una no es una mujer tan joven como nosotras éramos entonces. Por un momento, me sentí como si estuviese en el infierno, como si fuera yo, y no mi hermana, la que estuviera sufriendo todas aquellas afrentas.

Reconozco que durante aquellos días creí que acabaría volviéndome loca.

—Mira, léela —me dijo—. Y cuéntame qué dice. —Lo cierto es que en aquel momento llegué a odiar su indecencia.

—¿De verdad? ¿No te importa que la lea? —le pregunté en voz baja.

Cogí la carta con las manos temblorosas. Me temblaban tanto que por poco pierdo la compostura. Sin haberla abierto, ya sabía lo que contenía la carta. Pero tenía que leerla disimulando, como si no supiese nada. La leí en voz alta, casi sin mirarla. Se podía leer lo siguiente:

«Hoy te escribo para pedirte perdón. La razón por la que no te he vuelto a escribir hasta hoy ha sido básicamente por mi falta de confianza en mí mismo. Soy pobre, y me temo que algo inútil también, y por más vueltas que le doy he descubierto que no tengo ninguna forma de poder ayudarte en tu situación. Últimamente me he sentido muy decepcionado conmigo mismo. Sobre todo porque no he podido hacer nada más que demostrarte mi amor con palabras. Palabras que siempre han sido totalmente sinceras. No ha habido un solo día en el que no haya pensado en ti, incluso por las noches te veo en sueños. Aun así, no he sido capaz de encontrar la manera de darte ningún tipo de apoyo. Fue por eso que decidí pedirte que lo dejáramos, por todo el dolor que sentía. Conforme tu salud empeoraba, mi amor por ti se hacía más profundo y me resultaba más difícil acercarme a ti. Espero que entiendas lo que hice. No pienses que todo esto no son más que excusas. De ninguna manera lo son. En un principio, pensé que era la manera correcta de acarrear con la responsabilidad que todo esto conlleva. Pero estaba equivocado. Fue un error. Un error tremendo. Te pido perdón de todo corazón. Quise que me vieses como alguien perfecto, y eso no hacía más que frustrarme. Me siento impotente y triste ante la idea de no poder hacer nada más por ti, por lo que, al menos, intento regalarte estas palabras llenas de sinceridad. Esa sería la manera correcta de llevar una vida modesta y hermosa. Es la conclusión a la que he llegado después de todo lo que ha pasado. Lo menos que se puede hacer es dar lo mejor de uno mismo, independientemente de lo difícil que se presente la situación. Aunque sean gestos pequeños que a primera vista puedan parecer intrascendentes. Por eso, pienso que sería importante que te diese al menos una flor de diente de león. Eso sería lo que haría un hombre de verdad, no un sinvergüenza como yo. No pienso huir más de ti. Te amo. De hoy en adelante, te escribiré una poesía a diario. Además, iré a tu casa cada día y te silbaré una canción distinta desde fuera del muro para que puedas escucharla. Espérame mañana a las seis de la tarde. Empezaré silbando la melodía de *Gunkan māchi*<sup>[30]</sup>. Se me da bien silbar, ya verás. Es lo menos que puedo hacer por ti en estos momentos. Pero no te rías. Bueno, sí. Ríete. Quiero que te alegres y que estés feliz. Seguro que Dios nos está cuidando a los dos desde algún lugar. Estoy seguro. Tú y yo somos sus favoritos. Espero que algún día podamos casarnos y celebrar una bonita ceremonia.

*Esperando estuve  
a que floreciesen  
las flores de melocotón.*

*Este año por fin lo hicieron.  
Me dijeron que blancas serían,  
pero rojas resultaron ser.*

Quiero que sepas que estoy estudiando mucho. Todo saldrá bien. Hasta mañana.

—Hermana. Lo sé todo —murmuró ella—. Me la escribiste tú, ¿verdad? Gracias. Eres muy buena.

Quise romper la carta en mil pedazos y arrancarme el cabello de la vergüenza que me entró al escucharla. ¿Existe forma en el mundo de expresar cómo me sentía en aquel momento? Temblaba tanto que no podía estar de pie ni tampoco sentada. Sí, fui yo quien escribió aquella maldita carta. No era capaz de seguir viendo sufrir a mi hermana. Tenía pensado escribirle todos los días, imitando la caligrafía de M. T. Me esforzaría al máximo para escribirle una poesía a diario e incluso saldría a silbarle cada tarde a las seis desde el muro de la casa. Así hasta el día que muriese.

¡Qué vergüenza! Llegué incluso a escribirle aquella ridícula poesía. Estaba tan desesperada que no supe qué responderle.

—No te preocupes, hermana. No pasa nada —me dijo sonriendo ella, con absoluta serenidad—. Has visto las cartas que estaban atadas con el lazo verde, ¿verdad? Son todas de mentira. Como me sentía tan sola, empecé a escribirme a mí misma. Empecé hace dos otoños. No te rías de mí, por favor. La adolescencia es una etapa muy complicada. Fue algo de lo que me di cuenta al caer enferma. ¡Qué tonta había sido escribiéndome a mí misma! ¡Qué ridícula! ¡Qué miserable! Me lamentaba por no haber conocido a ningún hombre de verdad. Quería que alguien me abrazase con fuerza. ¿Sabes qué? Jamás he tenido novio. Ni siquiera he sido capaz de hablar nunca con ningún hombre desconocido. Tú tampoco, ¿verdad? Hemos estado las dos tan equivocadas todo este tiempo... Hemos sido demasiado buenas. ¡Ah, no quiero morirme! ¡Mis manos, mis dedos, mi cabello! ¡Qué será de ellos! ¡No! ¡No quiero morirme!

Sus palabras me llenaron el corazón de una mezcla de tristeza, dicha y vergüenza. No sabía qué hacer. Apreté mi mejilla contra la suya, que estaba hundida, y la abracé tiernamente mientras las lágrimas me anegaban los ojos. Justo entonces, se escuchó. Fue un sonido muy leve, pero fácil de reconocer. Se trataba de la melodía de *Gunkan māchi*. Mi hermana también se dio cuenta y aguzó el oído. Me fijé y resultó que eran las seis de la tarde. Nos dio tanto miedo que nos abrazamos, inmóviles, escuchando las dos aquel silbido enigmático que se oía tras el árbol de cerezo de hojas verdes que crecía en nuestro jardín.

En aquel momento supe que Dios existía. Estaba segura de que existía. Mi hermana murió tres días más tarde. El médico se extrañó, ya que había fallecido demasiado pronto, de manera súbita. Pero a mí no me sorprendió. Todo fue voluntad de Dios.

Ahora... Ahora ya han pasado muchísimos años y ya no soy tan inocente como lo era entonces. Es algo de lo que me avergüenzo, pero poco a poco me he ido haciendo más escéptica. Hay veces en las que llego a pensar que fue mi padre el que silbó aquella melodía. Quizá nos escuchó desde la habitación de al lado al llegar del

trabajo, sintió lástima, y se propuso realizar la mejor interpretación de su vida. Hay veces en las que pienso que fue así, pero bueno, puede que quizá tampoco fuese eso lo que ocurrió exactamente. Si al menos estuviese vivo, podría preguntárselo, pero hace ya quince años que murió. Nada, dejémoslo. Fue obra de Dios y punto.

Me gustaría quedarme tranquila creyendo en que fue aquello lo que ocurrió, pero cada año que transcurre me voy haciendo más escéptica y voy perdiendo la inocencia de aquellos lejanos días de mi juventud. La verdad es que es algo que no me agrada, pero qué se le va a hacer.

## PIEL Y CORAZÓN

**M**e he encontrado un grano que parecía una judía roja bajo el pecho izquierdo. Al fijarme, me di cuenta de que estaba rodeado de pequeños granitos rojos, como si me los hubiesen echado con un pulverizador. No me picaban ni sentía nada. Solamente me producía cierta incomodidad tenerlos. Al ir a los baños públicos, me froté con una toalla con tanta fuerza que casi me quedo sin piel. Creo que aquello solo hizo que la cosa empeorase. Cuando volví a casa, me senté frente al espejo para mirarme el pecho y me encontré con algo terrible. Desde los baños públicos hasta mi casa no se tardan más de cinco minutos andando, pero en ese corto periodo de tiempo los granos se habían extendido al menos dos palmos hasta mi barriga. Estaba tan roja que parecía una fresa. Me sentía como si acabase de contemplar una stampa infernal y se me nubló la vista. Desde aquel momento mi vida cambió para siempre. Sentí que ya no era humana. ¿Cómo podía expresar lo que sentía? Casi me desmayé. Me quedé sentada con la mirada ausente durante un rato. Todo a mi alrededor se volvió de un intenso gris, alejándome del mundo tal y como lo había conocido. Fue como si me adentrara en un infierno desde el que todo se escuchaba muy lejano. Contemplando mi cuerpo desnudo frente al espejo, podía ver cómo me iban apareciendo más y más puntitos rojos como si fuesen pequeñas gotas de lluvia. Por el cuello, el pecho, la tripa y hasta por detrás de mi cuerpo. Saqué otro espejo para poder mirar mi espalda blanca y contemplé cómo esta se me había llenado también de granos, tantos que parecía que me hubiese caído un granizo rojo encima. Me eché las manos a la cara.

—Mira qué asco lo que me ha salido... —le dije.

Fue a principios de junio. Él llevaba una camisa de manga corta y unos pantalones cortos. Acababa de terminar de trabajar y estaba fumando tranquilamente sentado frente a su escritorio. Se levantó y vino hacia mí. Me dijo que me girase para poder examinarme todo el cuerpo. Frunció el ceño y volvió a mirarme, presionando algunas zonas con su dedo.

—¿Te pica? —me preguntó.

Le respondí que no. Lo cierto es que no sentía nada en absoluto. Se extrañó y me sacó a una zona del *engawa* donde daba mucho el sol. Siguió mirándome bajo la luz del atardecer, haciendo girar mi cuerpo desnudo una y otra vez. Siempre me ha tratado con mucha delicadeza, a veces incluso de manera exagerada. Nunca ha sido muy hablador, pero siempre me ha tratado con respeto. Y es por eso que, a pesar de sacarme desnuda al *engawa* y tocarme una y otra vez haciéndome girar hacia el este y el oeste, en lugar de tener vergüenza, me sentí muy tranquila y segura. Noté incluso la misma serenidad que cuando le rezo a Dios. Me entraron ganas de permanecer con

los ojos cerrados en esa postura para el resto de mi vida.

—¿Qué podrá ser? No lo entiendo. Si fuese urticaria te picaría, pero tampoco creo que sea sarampión.

Sonreí con tristeza. Mientras me ponía el kimono le dije:

—Quizá haya sido por el salvado de arroz<sup>[31]</sup>.

Últimamente me frotaba muy fuerte por el cuello y el pecho cada vez que iba a los baños. Finalmente, llegamos a la conclusión de que esa habría sido la causa. Se fue enseguida a la farmacia y trajo una pomada blanca y pegajosa que venía en un tubo. Me la aplicó en silencio por todo el cuerpo. Sentí frescor y recuperé el ánimo.

—¿Y si te lo pego?

—Qué va, no te preocupes.

Su respuesta me transmitió cierta tristeza; que se preocupara por mí me ponía triste. Podía sentirla a través de sus dedos, resonando fuertemente en mi pecho podrido. Deseé de todo corazón poder curarme cuanto antes. Siempre ha defendido mi aspecto y jamás le ha sacado defectos a mi físico, ni siquiera bromeando. Jamás, jamás se ha reído de mi cara. Incluso a veces, sin venir a cuento, me dice, con la misma serenidad que se siente ante el cielo azul en un día soleado:

—Pues a mí me parece que tu cara es bonita. Me gusta.

En esos momentos me quedo sin palabras y no sé qué hacer. Nos casamos hace poco, en marzo de este año. Éramos tan pobres que resultó muy vergonzoso. Incluso una palabra tan común como «matrimonio» me resultaba muy extravagante, tanto que no era capaz de pronunciarla con tranquilidad. Tengo ya veintiocho años. Al ser tan fea nunca tuve muchos pretendientes. A los veinticuatro o veinticinco años me llegaron dos o tres propuestas de matrimonio, pero cada vez que decidía tomarlas en serio, la cosa se torcía y se acababan rompiendo.

Mi familia está compuesta únicamente por mujeres. Mi madre, mi hermana pequeña y yo. Nunca hemos tenido mucho dinero y siempre hemos sido algo débiles. Por eso nunca esperé una propuesta de matrimonio de ningún tipo de hombre maravilloso. Habría sido pedir demasiado. Cuando cumplí veinticinco años di por hecho que jamás me casaría. Decidí dedicarme exclusivamente a ayudar a mi madre y a cuidar de mi hermana. Ella tiene siete años menos que yo. Cumplirá veintiuno dentro de poco. Es guapa y está madurando, por lo que cada vez es menos caprichosa. Esperábamos que se casase con un buen hombre y que este viniese a vivir con nosotras. Entonces, yo me buscaría alguna manera de mantenerme a mí misma. Hasta que llegara ese momento, seguiría en casa y cuidaría de mi familia, administrando el dinero y cuidando las relaciones con los conocidos. Una vez que tomé esta decisión, todas mis preocupaciones y penas que tanto me hacían sufrir desaparecieron al instante. Mejoré mis labores de costura y empecé a encargarme de los pedidos que nos hacían los vecinos de ropa de estilo occidental para niño.

Cuando ya tenía mi futuro más o menos decidido, me llegó una propuesta de matrimonio. La persona que nos la trajo había ayudado mucho a mi padre cuando



todavía estaba vivo, por lo que nos fue casi imposible rechazarla. Me contaron que aquel pretendiente había terminado solamente la primaria y que no tenía padres ni hermanos. Fue precisamente aquella persona que había ayudado tanto a mi padre en el pasado quien lo había cuidado desde pequeño. Tenía treinta y cinco años y era un buen diseñador, pero, al no tener familia, nunca contó con ningún tipo de herencia. Había veces en las que podía llegar a cobrar más de doscientos yenes al mes, pero había otras en las que no ganaba nada. Su salario medio serían unos setenta u ochenta yenes mensuales. Además, ya había estado casado una vez. Había vivido seis años junto a otra mujer, de la que, por algún motivo, se había separado hace dos. Tras aquello, estuvo viviendo solo y ya había perdido la esperanza de volver a contraer matrimonio cuando se le presentó la oportunidad de casarse conmigo. Como no había recibido una buena educación y ya era mayor, decidí que lo mejor sería seguir soltero para el resto de su vida. Pero aquel amigo de mi padre le insistió para que volviese a casarse. De esta forma, la gente a su alrededor dejaría de considerarle un bicho raro. Le contó que tenía algunas posibles candidatas y vino a consultarnos qué nos parecía. En aquel momento, mi madre y yo nos miramos a la cara sin saber qué decir. Era una propuesta de matrimonio que no tenía muy buena pinta, la verdad. Era consciente de que yo no era más que una soltera fea, pero, salvo por eso, no tenía ningún otro defecto reseñable. Jamás había cometido un delito ni nada por el estilo. Aun así, ¿por qué recibía una propuesta tan mala? Al principio me enfadé, pero luego ese enfado se convirtió en simple tristeza. En un principio pensamos en rechazarle, pero mi padre había tenido una muy buena relación con aquella persona que nos vino con la propuesta, por lo que intentamos buscar una manera adecuada de decírselo sin que se rompiese la relación.

Durante todo el tiempo que estuvimos pensando qué contestarle, empecé a sentir lástima por aquel hombre soltero. «Debe de ser una buena persona. Tampoco es que yo haya recibido una buena educación. Solamente he terminado el colegio femenino y mi familia no es que pueda dejarme mucho dinero. Mi padre falleció hace años y eso nos convierte en una familia débil. Además, soy bastante fea y, por si fuera poco, mayor. Soy yo la que en todo caso no tendría ningún atractivo para él. Así que cabe la posibilidad de que formemos una buena pareja. De todas maneras, tampoco es que sea muy feliz con la vida que llevo. Creo que será mejor aceptarla antes que crear una situación incómoda con este señor». Poco a poco, empecé a tomármelo mejor. A decir verdad, y aunque me de vergüenza admitirlo, lo cierto es que me sonrojaba ante la idea de ir a casarme con alguien. Mi madre estuvo muy preocupada, preguntándome continuamente si de verdad estaba de acuerdo con el arreglo. Decidí entonces ir a hablar directamente con el antiguo amigo de mi padre, y dejarlo todo zanjado.

Al final he acabado teniendo una buena vida de casada. No. Bueno, sí. Sí que he sido feliz. Si dijese lo contrario, algún tipo de castigo divino caería sobre mí, sin duda. Él siempre me ha tratado con mucho respeto. Es una persona de poco carácter, quizá porque su antigua mujer lo abandonó. Se cohibe mucho con cualquier cosa. Su

falta de confianza en sí mismo me irrita, y además es un hombre delgado y pequeño, con una cara poco atractiva. Pero es muy bueno en su trabajo.

Recuerdo que me sorprendí muchísimo al ver por primera vez uno de sus diseños. Era algo que me resultaba familiar. ¡Qué curioso es el destino! Le pregunté para asegurarme y entonces el corazón me dio un vuelco. Por primera vez sentí algo por él. Resulta que era el autor del logotipo de la rosa enredada en un tallo de una famosa tienda de cosmética de Ginza<sup>[32]</sup> que a mí me encantaba. Es más, también había diseñado todas las etiquetas de los productos de la tienda. Perfumes, jabones, polvos de maquillaje, todo. Se había encargado incluso de diseñar la publicidad que aparecía en los periódicos. Le habían contratado como diseñador diez años atrás y fue él quien ideó esas rosas tan originales y las colocó en todas las etiquetas, carteles y letreros que llenaban la tienda. Hoy en día, su dibujo de la rosa es famoso incluso en el extranjero y, aunque uno no sepa el nombre de la marca, cualquiera puede reconocer ese diseño tan elegante y particular en cualquier sitio. Seguro que todo el mundo lo tiene grabado en su mente. Yo ya la conocía cuando iba al colegio. El dibujo me atraía tanto que, en cuanto tuve edad, todos los cosméticos que compraba eran de aquella marca. Podría decirse que llegué a estar obsesionada con ellos. Aun así, jamás pensé en quién habría sido la persona que había diseñado su logotipo. Puede que decir esto me haga parecer algo despistada, pero estoy segura de que no soy la única que piensa así. Imagino que, cuando alguien ve algún anuncio que le atrae, lo último que se le ocurre es pensar en el diseñador. Es un trabajo que, aunque resulte imprescindible, no suele llamar mucho la atención. Incluso yo, que soy su mujer, tardé bastante tiempo en darme cuenta de esa circunstancia. Recuerdo que cuando lo descubrí, me puse tan contenta que le dije:

—¿Sabes que me gusta este diseño desde que iba al colegio? ¡Jamás me habría imaginado que era obra tuya! ¡No sabes lo feliz que me siento! Hace diez años, sin saberlo, ya estábamos unidos. Era cosa del destino que nos casásemos, ¿no crees?

A lo que me contestó, sonrojado:

—No digas tonterías, no fue más que un simple encargo. —Lo dijo muy avergonzado, pestañeando mucho y sonriendo con modestia.

Siempre se muestra humilde y le da una enorme importancia a no haber recibido una buena educación o al hecho de que el nuestro sea su segundo matrimonio. También suele decir que es feo, pero a mí esas cosas no me importan. Si él es feo, ¿qué seré yo entonces? Yo sí que soy fea de verdad. Me temo que los dos tenemos la autoestima muy baja, así que cuando no estamos preocupados por una cosa estamos preocupados por otra. Parece que él quiere que le muestre más cariño de vez en cuando, pero siendo yo tan fea y teniendo ya veintiocho años, no soy capaz de que me salga de manera natural. El ver cómo se humilla tanto me hace actuar de manera extraña. En el fondo le quiero mucho, pero tiendo a comportarme con él de manera fría y a contestarle muy bruscamente, así que él también suele ponerse brusco cuando me ve así. Entiendo cómo se siente, pero eso hace que a veces nos comportemos

como desconocidos. Parece que él nota que yo también tengo la autoestima muy baja. Quizás por eso, de vez en cuando, me dice lo guapa que soy o qué bonito es el kimono que llevo puesto, lo que no me hace nada de gracia porque sé que lo dice por lástima. Aunque a veces, cuando me lo dice, me emociono tanto que me entran hasta ganas de llorar. Es muy buena persona y jamás se le ocurre hacer referencia a su antiguo matrimonio. Gracias a eso, a veces se me olvida que soy su segunda mujer.

Cuando nos casamos, alquilamos esta casa dispuestos a empezar una nueva vida. Él antes vivía en un apartamento en Akasaka, pero cuando nos comprometimos, él vendió todos sus muebles y se vino a vivir aquí conmigo, en Tsukiji. Lo único que se trajo fueron sus instrumentos de trabajo. Imagino que lo hizo para huir de su pasado y también por respeto a su nueva mujer, o sea, yo. Con la ayuda del poco dinero que nos pudo dar mi madre, fuimos comprando poco a poco los muebles y el resto de las cosas que hacen de una casa un verdadero hogar. El *futón* y la cómoda, eso sí, me los tuve que traer de casa. Al ser casi todo nuevo, no había nada que me pudiese recordar a su primera mujer, hasta el punto de que a veces me cuesta imaginar que haya vivido antes con otra persona. Lo cierto es que si se dejase de humillar innecesariamente y me tratase con más naturalidad, mostrando menos cariño e incluso gritándome de vez en cuando, yo me sentiría mucho más a gusto y podría pasar los días cantando, y mostrándole así mi cariño, pero de verdad. De esta forma podríamos ser un matrimonio feliz. Pero en el fondo, los dos sabemos que somos feos y algo tercos... En realidad, él no tendría por qué humillarse tanto, creo yo. Es cierto que solamente terminó la primaria, pero no logro encontrar ninguna diferencia entre él y un licenciado universitario. Es dueño de una colección de vinilos de muy buen gusto y lee bastante en su tiempo libre. Novelas nuevas y extranjeras de autores de los que yo jamás había oído hablar. Y, por encima de todo, es autor de aquel maravilloso diseño de la rosa de la tienda de cosmética de Ginza.

Muchas veces bromea sobre lo pobre que es, pero últimamente recibe muchos encargos y esos los cobra muy bien, como a unos cien o doscientos yenes cada uno. El otro día, sin ir más lejos, me llevó de viaje a los baños termales de Izu. Aun así, sé que le obsesiona el hecho de que mi madre nos diese dinero tras la boda y de que tuviese que traerme el *futón* y la cómoda de casa cuando nos casamos. El acomplejarse tanto por algo tan estúpido hace que me sienta como si hubiese hecho algo malo. Cuando lo pienso me pongo muy triste y me entran unas ganas tremendas de llorar. Incluso hubo alguna noche en la que llegué a dudar de si había hecho bien casándome con él. Quizás, y el pensamiento era terrible, habría sido mejor no haber aceptado empezar una vida juntos. De hecho, varias veces he estado tentada a buscar sensaciones más fuertes fuera del matrimonio. ¡Sin duda soy una mala persona!

Fue al casarme cuando me di cuenta por vez primera de la belleza inherente a la juventud. Me dolió mucho el no haberla disfrutado cuando me tocaba. Me dio tanta rabia que hasta me entraron deseos de morderme la lengua y morir. Tenía tantas ganas de recuperar aquellos años perdidos que hubo una vez, recuerdo que estábamos

cenando en silencio los dos solos, en que no pude aguantar más la congoja y me eché a llorar. Quizá es que tenía demasiada ansiedad acumulada. Una chica tan fea como yo no puede pretender haber tenido una juventud maravillosa y llena de aventuras. Sería algo ridículo. Con lo que tengo ahora soy más que feliz, y eso que ni siquiera me lo merezco. Debería de empezar a pensar así todo el rato. Seguro que estos granos tan feos me han salido por quejarme tanto.

Tras untarme la pomada, los granos dejaron de extenderse. Aquella noche me acosté pronto. Recé a Dios para que a la mañana siguiente hubiesen desaparecido. Pero estuve dándole vueltas en la cama. ¿Por qué a mí precisamente? ¿Por qué? Desde pequeña no me importaba caer enferma, siempre y cuando no me afectase a la piel. Me dan mucho miedo las enfermedades que dañan la piel. Podría aguantar una vida de privaciones, e incluso una vida de auténtica pobreza, pero no sería capaz de vivir si tuviese algo así como dermatosis. Preferiría perder una pierna o un brazo en un horrible accidente que tener una enfermedad que me afeara el cutis. Incluso recuerdo una vez en el colegio en que hablamos sobre los distintos tipos de microbios que pueden generar dermatosis en clase de biología, lo que hizo que me tirase varios días sufriendo unos terribles picores por todo el cuerpo. Tan fuerte era el prurito que me entraron ganas de arrancar y romper todas las páginas del libro en las que aparecían imágenes de aquellos microbios y quemarlas. Me pareció horrible la poca delicadeza con la que la profesora trató aquel tema. Pensé que seguramente lo explicaba de aquella manera, con ese desapego, fingiendo que no le afectaba lo más mínimo, porque al fin y al cabo era su trabajo, pero aquello hizo que todavía me pareciese mucho más vil y despreciable. Cuando terminó la clase, me puse a hablar con mis amigas sobre qué sensación sería la más dura de soportar en el mundo. Había tres opciones: el dolor, las cosquillas o el picor. Discutimos sobre ese tema y yo insistí en que, definitivamente, el picor sería el tormento más horroroso. ¿No crees? Pienso que el dolor y las cosquillas te pueden afectar, pero solo hasta cierto punto. Si te golpean, te cortan o te hacen cosquillas llega un momento en el que alcanzas el límite del sufrimiento y el cuerpo hace que pierdas el conocimiento. Y una vez te desmayas, ya estás en el otro mundo. Ascendes al cielo y escapas de todos tus problemas. ¿Entonces, qué más da si te mueres? Pero con el picor es distinto. Aumenta y desciende como las mareas. Serpentea en silencio y se agita constantemente. Además, nadie se ha muerto nunca de picor ni se ha desmayado a causa de él, por lo que lo tienes que aguantar eternamente, por mucho que sufras. ¿Ves como no hay nada peor que el picor? Si me torturasen, me mutilasen, me golpeasen o me hiciesen cosquillas para que confesase algo, no diría nada porque sé que llegaría el momento en el que me desmayaría, e incluso podría llegar a morir si repitiesen el tratamiento unas cuantas veces seguidas. ¡Por nada del mundo abriría la boca! Me callaría el lugar secreto donde se esconden mis compañeros, aunque tuviese que dar la vida por ellos. Sin embargo, si me trajesen troncos de bambú llenos de pulgas, piojos, ácaros de los que producen sarna o cualquier otro parásito y me

dijesen que me los tirarían por la espalda si no confieso, dejaría de hacerme la heroína y les diría todo lo que quisiesen saber, temblando y suplicándoles de rodillas para que no lo hiciesen. Jamás abriría la boca. Es algo tan desagradable que doy un brinco solo de pensar en ello. Cuando les conté aquello a mis amigas durante el recreo, todas estuvieron de acuerdo conmigo.

Recuerdo una vez incluso en que un profesor nos llevó a toda la clase de visita al Museo Nacional de Ciencias Naturales de Ueno. Cuando llegamos a la sala de especímenes de la segunda planta y nos mostraron los modelos, del tamaño de un cangrejo, que tenían colocados en una estantería representando a los distintos parásitos que habitan en la piel, casi me da un ataque. Me entraron ganas de empezar a insultar a todas aquellas malditas reproducciones y de agarrar un palo y destrozarlas. Pasé los tres días siguientes sin poder dormir bien, aquejada de violentos picores. Incluso la comida me sabía rara.

También odio los crisantemos. Con todos esos pétalos tan finos ahí concentrados... Solo de verlos me da algo. La corteza de los árboles también me da escalofríos y hace que me pique todo el cuerpo. Tampoco entiendo a los que son capaces de comer huevas de salmón como si nada. Las conchas de las ostras, la piel de la calabaza, los caminos de gravilla, las hojas picadas por los bichos, las crestas de los gallos, el sésamo, los tintes, los tentáculos de los pulpos, las hojas de té usadas, las gambas, los panales de las abejas, las fresas, las hormigas, los frutos del loto, las moscas y las escamas. Todo eso lo odio. Lo detesto con toda mi alma. También odio los *furigana*<sup>[33]</sup>. ¡Esas letras tan pequeñas son clavadas a los piojos! Tampoco me gustan mucho que se diga las bayas, ni las moras, ni ciertos bordados, aunque eso depende del dibujo que representen. Incluso hay veces en las que casi vomito cuando veo fotografías de la luna llena.

Odio tanto las enfermedades cutáneas que, hasta ahora, he sido siempre muy cuidadosa con todo lo relacionado con la piel. Por eso casi nunca he tenido granos. Quizá aquello me pasó por haberme frotado todo el cuerpo con salvado de arroz a diario en los baños públicos desde que me casé. Me dio mucha rabia pensar que podría haber sido la causa de que me saliesen tantos granos. ¿Qué demonios había hecho yo para merecer aquel castigo? ¡Qué cruel es Dios! Con la cantidad de enfermedades que hay en el mundo, justo me tenía que tocar a mí la que más odiaba. Es como si hubiese acertado en el blanco de una minúscula diana. Me sentía indefensa, arrojada a un agujero muy profundo y sin posibilidad de salvarme.

Al día siguiente, me levanté por la mañana cuando todavía había poca luz. Me miré en el espejo y no pude evitar soltar un gemido. Lo que vi en el espejo era un fantasma. Aquello no era yo. Todo mi cuerpo parecía un tomate aplastado. Me habían salido unos enormes granos feísimos por todo el cuello, el pecho y la barriga. Tenía minúsculos cuernos, como setas, por todas partes. Me entraron ganas de echarme a reír, pero no tenía siquiera fuerzas para hacerlo. Los granos se habían extendido incluso hasta las piernas. Me había transformado en un ogro, en un diablo. Ya no

pertenecía al género humano.

«Me quiero morir. Pero no debo llorar. Si lloro con este aspecto tan horrible, perderé el poco atractivo que pueda quedar en mí. Parecería un caqui aplastado y sería todavía más ridícula y lamentable. Sería terrible. No debo llorar. Todavía no me ha visto, así que no se lo voy a decir. No quiero que lo sepa nunca. Siempre he sido feísima y ahora, encima, se me ha podrido la piel. Ya no creo que haya nada que le pueda atraer de mí. Soy un desperdicio, eso es lo que soy. Seguro que no encuentra palabras para consolarme. De hecho, ni siquiera quiero que me consuele. Si todavía me quiere seguir cuidando en este estado, entonces lo odiaré, porque entonces sí que estaré segura de que finge. No, no quiero que me cuide. Prefiero que lo dejemos. Que no me cuide. Que no me mire siquiera. No quiero ni que se me acerque. ¡Ay, si nuestra casa fuese más grande! Ojalá pudiera pasar el resto de mi vida metida en una habitación remota, en un ático. No tendría que haberme casado. No tendría ni que haber alcanzado los veintiocho años de vida. Tendría que haberme muerto a los diecinueve, cuando cogí aquella pulmonía en invierno. Si me hubiese muerto entonces, no tendría que estar pasando por todo este infierno ahora».

Pasé un rato allí sentada, sin moverme. Había cerrado los ojos con todas mis fuerzas. Respiraba con dificultad y sentía que también mi corazón iba a dejar de ser humano en cualquier momento. Todo permanecía en silencio. Ya no era la misma persona que se había ido a la cama el día anterior. Me incorporé lentamente como un animal herido y me vestí. Di gracias al kimono por no sentir reparo en seguir cubriéndome el cuerpo, a pesar de que este ahora tuviese un aspecto tan lamentable. Me sentí un poco mejor, salí al balcón, miré al sol fijamente y emití un leve suspiro. A lo lejos, se oía una radio que retransmitía los ejercicios matutinos<sup>[34]</sup>. «Un, dos...». Repetí en voz baja los ejercicios mientras los hacía para ver si así me animaba un poco, pero no conseguí otra cosa que darme más pena si cabe a mí misma. No pude soportarlo y me entraron unas ganas horribles de echarme a sollozar. Tuve que parar. Además, me empezaron a doler los vasos linfáticos del cuello y de las axilas por haber movido todo el cuerpo sin calentamiento previo. Al tocarlos y notarlos duros e hinchados, me derrumbé. No pude mantenerme en pie ni un segundo más y me dejé caer al suelo de rodillas. Sé que soy una mujer fea, por eso siempre he llevado una vida modesta y he aguantado sin quejarme todo tipo de sufrimientos. ¿Por qué?! ¿Por qué a mí? Sentía una rabia tan grande dentro de mí que literalmente me quemaba. Justo en ese momento apareció él:

—Anda, estabas aquí... ¡Venga, alegre esa cara, no estés tan triste! —murmuró con ternura—. ¿Qué tal? ¿Algo mejor?

Iba a decirle que sí, pero decidí apartar lentamente su mano derecha, que había posado sobre mi hombro. Me levanté y le dije:

—Me voy a casa de mi madre.

Dije aquello sin saber muy bien por qué. No me sentía capaz de poder controlar lo que iba a decir o hacer a partir de entonces. Ya no creía en el universo, ni siquiera

creía en mí misma.

—Ven, déjame echarle un ojo a eso —dijo sorprendido. Sentí como si su voz proviniera de algún lugar lejano.

—¡No! —le grité apartándome—. Lo que me ha salido por todo el cuerpo es muy feo.

Me cubrí las axilas y empecé a llorar entre gemidos. Sabía que no conseguiría nada bueno llorando como una niña pequeña. Era fea, estaba asquerosa, tenía veintiocho años y no podía parar de llorar. Incluso se me cayó la baba. Debía de tener un aspecto vomitivo.

—¡Venga, venga! No llores. ¡Vamos al médico! —me dijo con un tono de voz fuerte y directo. Nunca le había visto así de serio.

Se tomó el día libre y buscó clínicas en la sección de anuncios del periódico. Decidimos ir a un dermatólogo bastante famoso, tanto que hasta yo había oído hablar de él. Mientras me ponía el kimono de salir a la calle, le pregunté:

—Voy a tener que mostrarle todo mi cuerpo a ese hombre, ¿verdad?

—Claro —me contestó sonriendo—. Pero no debes ver a los médicos como hombres de la calle, sino como médicos.

Me sonrojé. Aquello me alegró un poco. La luz del sol me deslumbró al salir a la calle. Me sentía como un gusano asqueroso. Quería que siempre fuese medianoche, al menos hasta que me curase.

—¡No quiero ir en tren!

Aquel fue mi primer capricho desde que nos casamos.

Los granos ya se me habían extendido hasta los dorsos de las manos. Me acordé de que una vez vi a una mujer con las manos así en el tren. Desde entonces, siempre me ha dado asco agarrarme de las correas por si se me pegaba algo. ¡Ahora era yo la que tenía las manos como aquella mujer! Fue en ese fatídico momento cuando pude comprender en toda su amplitud el significado de la palabra «desgracia».

—Lo sé, lo sé. No te preocupes —me dijo con cara despreocupada mientras llamaba a un taxi.

Tardamos muy poco desde Tsukiji hasta la clínica, que estaba detrás de los grandes almacenes Takashimaya, en Nihonbashi, pero durante todo el trayecto sentí como si viajásemos en la parte trasera de un coche fúnebre. Sentía como si solamente mis ojos tuviesen vida. El resto estaba muerto y podrido. Contemplando las calles de principios de verano, me resultó muy extraño que yo fuese la única persona con granos que veía paseando por ahí.

Cuando llegamos a la clínica y entramos a la sala de espera, me fijé en que el aspecto de aquel lugar era totalmente opuesto a lo que había visto en el mundo exterior. Me recordó al escenario de *Los bajos fondos*, de Gorki, cuya representación había visto en un pequeño teatro de Tsukiji hacía poco. Afuera todo era luminoso y lleno de árboles y de vegetación, pero allí dentro, y a pesar de que entrase la luz del sol, todo era oscuro, frío y húmedo, como impregnado de un fuerte olor a agrio.

Había algunos pacientes ciegos repartidos por la sala, que murmuraban cabizbajos. Bueno, quizá no fuesen ciegos, pero desde luego todos parecían paralíticos como poco. Me sorprendió que la mayoría pareciesen muy ancianos. Me senté en el extremo de un banco cercano a la entrada y bajé la cabeza con los ojos cerrados. Entonces noté que me moría. Él se quedó de pie a mi lado. De repente, me di cuenta de que quizá yo era la que tenía la enfermedad cutánea más grave de todos los allí presentes. Quizás era letal. Abrí los ojos sorprendida. Alcé la mirada y empecé a fijarme discretamente en los rostros de cada paciente, pero ninguno de ellos tenía granos. Al entrar a la clínica, observé en el letrero de la entrada que aquel médico tenía dos especialidades. Era dermatólogo y especialista en otra enfermedad muy desagradable que no quiero pronunciar. Me fijé en el chico que estaba sentado al otro lado del banco. Era muy guapo, tanto que parecía un actor de cine, pero no tenía granos por ningún lado, por lo que imaginé que quizá tuviese esa otra enfermedad que no quiero nombrar. Entonces pensé que todos los muertos vivientes que estaban allí sentados la tendrían. ¡Así que yo era la única con granos!

Él seguía de pie a mi lado, sin saber muy bien qué hacer para pasar el rato.

—Salte a dar un paseo, anda. El ambiente aquí dentro está muy cargado —le dije alzando la mirada.

—Parece que va a tardar, ¿verdad?

—Eso parece. Imagino que me tocará para el mediodía. Mejor que te vayas, este sitio es asqueroso —le contesté con un tono tan severo que me sorprendí a mí misma.

Afirmó con la cabeza y me preguntó:

—¿No quieres venirte conmigo?

—No, no te preocupes —le dije sonriendo—, aquí estoy bien.

Tras insistirle para que saliese, me sentí algo aliviada. Volví a sentarme en el banco y cerré los ojos de nuevo, haciendo una mueca como si estuviese chupando algo ácido. Puede que pareciese una vieja idiota ensimismada, allí, encogida, pero me sentía mucho más cómoda así. Se me ocurrió hacerme la muerta y me pareció gracioso. Hasta que de repente empecé a preocuparme por algo. Sentí como si alguien me estuviese susurrando al oído que todo el mundo tiene sus propios secretos. Me puse nerviosa.

«Y si estos granos me han salido porque él...». No fui más allá. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Empecé a dudar. «Con lo tierno que es y con todo lo que se humilla, ¿podría ser que se estuviese...?». Fue algo extraño. En ese momento recordé que yo no había sido la primera mujer con la que él se había acostado. Aquello era una realidad. Me sentí incómoda. ¡Aquello era un timo! ¡Qué estafa de matrimonio! De pronto me vinieron a la mente todos aquellos pensamientos horribles y me entraron ganas de salir a pegarle. Qué tonta había sido. Ya era consciente de ello cuando me casé con él, pero en aquel momento, el hecho de que yo no fuese su primera esposa, me llenó de rabia. Sentí rencor y luego me arrepentí de sentir ese rencor. Jamás me había parado a pensar en su antigua mujer, pero en ese momento



empecé a imaginármela con todo lujo de detalles y sentí un gran odio hacia ella. Empecé a llorar de lo tonta que había sido. «¡Qué horror! ¿Será esto eso que llaman celos?». Los celos conducen a la locura. Son algo monstruoso que te afecta a todo el cuerpo. No hay nada bueno en los celos. Son lo más asqueroso que pueda haber. Me di cuenta de que existía otro tipo de infierno en el mundo. Se me quitaron todas las ganas de vivir. Me sentí asqueada. Abrí rápidamente el *furoshiki* que tenía sobre mi regazo y saqué la novela que estaba leyendo. Abrí una página al azar y empecé a leer sin pensar. Se trataba de *Madame Bovary*.

Leer sobre la dura vida de Emma Bovary siempre solía ayudarme a sentirme mejor. Su vida y sus errores me parecen de lo más femeninos y lógicos. De lo más naturales. Como el agua que corre hacia abajo a causa de la gravedad. Es lógico que se deslice ladera abajo. Las mujeres somos así. Tenemos secretos que no podemos confesar a nadie. Somos así por naturaleza. Estoy segura de que todas tenemos nuestro propio pantano oscuro dentro del cuerpo. Le damos extrema importancia a cada momento del día. En eso somos distintas a los hombres. No pensamos en la vida después de la muerte. No somos dadas a reflexionar demasiado. Todo a lo que aspiramos es a disfrutar de la belleza de cada momento. Idolatramos la vida. El tacto de la vida. ¿Sabes por qué nos gustan tanto los cuencos lacados o los kimonos bonitos? Porque esos son los verdaderos placeres de la vida. Aprovechar cada momento, ese es nuestro objetivo. ¿Qué más necesitamos aparte de eso? Nada. Si la realidad nos sofocase y nos delatase sin piedad, nos sentiríamos más firmes, más a gusto. Pero nadie osa tocar esa maldad sin límites oculta en nosotras y todo el mundo finge como si no reparase en ella, lo que genera ciertos problemas, claro está. Lo único que nos puede salvar de la verdad es la realidad. Las mujeres, y lo digo de corazón, somos tan malas que incluso somos capaces de pensar en otros hombres al día siguiente de casarnos. Nunca te puedes fiar de los sentimientos de una mujer. De pronto me acordé de aquel dicho antiguo. «Los hombres y las mujeres no deben sentarse juntos cuando tienen más de siete años»<sup>[35]</sup>. El que dijo aquello tenía toda la razón del mundo. No supe cómo reaccionar ante esa idea. Me sorprendió que la ética japonesa tradicional fuese tan certera. Tanto que incluso me resultó violenta. Nuestros antepasados ya eran conscientes de esa verdad tan crucial. Lo sabían, sencillamente. Me sentí algo mejor y me tranquilicé un poco. A pesar de que me quede así para siempre, pensé, con todo el cuerpo infestado de horribles granos, al fin y al cabo soy una anciana muy femenina. Me entraron ganas de reírme de mí misma y seguí leyendo.

Iba por la parte en la que Rodolphe se acerca a Emma y le susurra palabras románticas al oído. De pronto se me ocurrió algo completamente distinto y solté una pequeña sonrisa. ¿Y si Emma hubiese tenido granos? ¿Qué habría pasado? La idea ahora podría sonar extraña, pero entonces me pareció algo muy serio. Seguro que habría rechazado los halagos de Rodolphe y su vida habría cambiado totalmente. No hay duda de que le habría rechazado. Con un cuerpo así, ¿qué otra cosa podría hacer

sino rechazarle? No es algo de lo que una pueda reírse. La vida de las mujeres puede cambiar drásticamente dependiendo de su peinado, del diseño de su kimono, de cuánto sueño tenga y de un millar de pequeños detalles concernientes a su salud. Hubo una vez en la que una niñera mató al niño que tenía a su cuidado porque ella tenía mucho sueño y no podía dormir a causa del llanto. ¡A saber de lo que podría llegar a ser capaz una mujer con el cuerpo lleno de granos! Es algo que puede hacer cambiar el destino de una y llegar incluso a romper relaciones amorosas y matrimoniales. ¿Qué pasaría si a una mujer que está a punto de casarse le empezasen a salir granos por el pecho y después se le extendiesen por todo el cuerpo? Es algo que podría ocurrirle a cualquiera. Los granos son algo que no se puede evitar aunque se tenga cuidado. Es algo que depende de la mismísima voluntad de Dios. De la *mala* voluntad de Dios. También puede ocurrir que a una mujer que vaya al puerto de Yokohama a buscar a su marido, después de cinco años sin verlo, le salga un bulto morado en la cara mientras le espera, llena de ilusión, y que el bulto se le vaya extendiendo más y más conforme lo toca, convirtiéndola en un abrir y cerrar de ojos en un monstruo. Parece que muchos hombres no le dan importancia a los granos, pero las mujeres dependemos de una piel bonita. Y si hay alguna que niega esto, es que es una mentirosa. No sé mucho de Flaubert, pero me parece que escribía de manera muy realista, con muchos detalles. Por ejemplo, hay una escena en la que Charles intenta besar el hombro de Emma y esta se aparta diciéndole que se le va a arrugar la ropa. Si Flaubert era una persona tan sensible, ¿por qué nunca escribió sobre el sufrimiento de las mujeres que padecen enfermedades cutáneas? ¿Es que acaso es algo imposible de entender para los hombres? Quizá Flaubert lo comprendía, pero también comprendió que era demasiado asqueroso como para meterlo en una novela de amor. ¿Habría eludido quizás el tema haciendo como que no se daba cuenta? ¡Pero eso no vale! Si me hubiesen salido estos granos la noche anterior a mi boda o justo antes de ver a alguien a quien amo después de cinco años sin haberle visto, me habría muerto literalmente. Me habría escapado de casa y me habría suicidado. Las mujeres vivimos solamente por disfrutar de la belleza de cada momento. Pase lo que pase en el futuro...

De pronto se abrió la puerta, él se asomó con su pequeña cara de ardilla y me preguntó con la mirada si todavía quedaba mucho. Le hice un gesto coloquial con la mano para que se acercase.

—Mira, verás —dije en voz alta y con un tono muy vulgar. Encogí los hombros y seguí en voz baja—. Esto..., cuando una mujer renuncia a todo, es cuando más femenina está, ¿no crees?

—¿Qué dices? —respondió atónito. Empecé a reírme.

—Nada, nada. Déjalo. No sé explicarlo. En todo este rato que llevo aquí sentada me he vuelto a sentir como si fuese otra persona. Creo que ha sido por estar tanto tiempo en un sitio tan decadente. Como soy tan frágil, este tipo de ambientes me afectan mucho. Me he convertido en una mujer vulgar. Mi corazón se ha corrompido

de una manera ridícula, me siento como si fuese una...

En ese momento apreté los labios y dejé de hablar. Casi digo la palabra «prostituta». Es una palabra que una mujer nunca, jamás, por nada del mundo, debe pronunciar, pero, sin embargo, pensamos en ella al menos una vez en la vida. Cuando una mujer pierde todo su orgullo, siempre acaba pensando en esa palabra. Poco a poco empecé a ser consciente de que me había convertido en un ogro a causa de los granos. Nunca he dejado de decirme a mí misma que soy fea y siempre he fingido que no confiaba en mí misma, pero de lo que sí que me di cuenta era de que, aun así, tenía una piel suavísima. Era de lo único de lo que me sentía orgullosa. Al mismo tiempo, también me percaté de que, al igual que el resto de mujeres, había sido una persona triste y había vivido cegada, fluctuando emocionalmente por cualquier cosa. Modestia, humildad y resignación. Todos aquellos valores que creía haber tenido no eran más que mentiras, vulgares patrañas. Aunque tuviese una percepción sensible y pudiese captar numerosas sensaciones con facilidad, estas no son más que capacidades instintivas que no tienen nada que ver con la verdadera inteligencia. Reconocí abiertamente que durante toda mi vida había sido una persona totalmente torpe e idiota.

Había vivido en la equivocación. Hasta aquel día, había creído que el tener una percepción delicada era algo noble. Algo que siempre había asociado con la inteligencia. Pero en realidad no había sido más que una estúpida.

—He pensado muchas cosas desagradables mientras tú no estabas. ¡Qué tonta he sido! He llegado a perder la cabeza por completo.

—Es normal, no te preocupes —me contestó él con una sonrisa que destilaba sabiduría. Por un momento pareció como si de verdad hubiese entendido a la perfección todo lo que le había dicho.

—Mira, ya nos toca.

Seguimos a la enfermera hasta la consulta. Me desaté el *obi* y me quité el kimono sin reparo alguno. En lugar de pechos vi que tenía un par de granadas. Me dolió más que me viese la enfermera que estaba detrás de nosotros que el propio médico. Sentí como si aquel doctor no fuese un ser humano, como si simplemente fuese una máquina carente de emociones. Lo cierto es que ni siquiera recuerdo su cara. Él, por su parte, me trató de la misma manera, como si yo fuese un objeto. Me tocó por varias partes del cuerpo y dijo tranquilamente:

—Es una intoxicación. Habrás comido algo en mal estado.

—¿Se curará? —preguntó él.

—Se curará.

Mientras tanto, yo escuchaba la conversación como si estuviese en otra habitación.

—Pobrecita. Como no dejaba de lloriquear decidí traerla.

—No se preocupe, se curará enseguida. Voy a ponerle una inyección y listo —dijo mientras se levantaba.

—No es nada de lo que haya que preocuparse, ¿no? —preguntó él.

—Para nada.

Me pusieron la inyección y salimos de la clínica.

—Ya tengo las manos mucho mejor —dije mientras las contemplaba a la luz del sol.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó él.

Qué vergüenza...

## NADIE SABE

**E**s algo que nadie sabe, cuenta la señora Yasui, de cuarenta y un años, con una leve sonrisa. Fue algo gracioso que me pasó una vez.

Ocurrió hace mucho, hará ya veinte años o así, en la primavera en la que yo tenía veintitrés. Fue poco antes del gran terremoto<sup>[36]</sup>. Lo cierto es que las cosas no han cambiado mucho por Ushigome<sup>[37]</sup>. Hicieron la calle principal más ancha y para ello usaron parte del jardín de casa. Antiguamente teníamos un estanque, pero con las obras también lo taparon. Básicamente esto ha sido lo único que ha cambiado. Desde el balcón de la primera planta se sigue viendo el monte Fuji, justo enfrente. También se sigue escuchando el sonido de las trompetas del ejército al amanecer y al atardecer.

Mi padre era gobernador de la prefectura de Nagasaki, hasta le ofrecieron ser alcalde de la ciudad en una ocasión. En aquel verano yo tenía doce años y mi madre todavía estaba viva. Mi padre nació aquí, en Ushigome, pero mi abuelo era de Morioka, en Rikuchū<sup>[38]</sup>. Vino a Tokio cuando era joven y empezó a labrarse una carrera en el mundo de la política y de las finanzas. Podríamos decir que fue un gran hombre de negocios. Las cosas le fueron bien desde el principio. Pasados unos años, compró esta casa en Ushigome, y consiguió así poder llevar una vida tranquila. No sé si sería verdad, pero solía decirme que era del mismo pueblo que Takashi Hara, aquel político que llegó a primer ministro y al que apuñalaron en la estación de Tokio hace ya muchos años. Como era mayor que él y tenía mucha más experiencia en el mundo de la política, le tenía un gran respeto a mi abuelo. Según él, cada año nuevo, incluso después de haber sido nombrado primer ministro, Takashi Hara le venía a visitar a Ushigome, aunque esto último es algo que dudo. ¿Por qué? Porque cuando mi abuelo me lo contó, ya era un viejo decrépito de ochenta años, vivía solo y lo que más le gustaba era contar batallitas e inventarse cosas. Yo tenía doce años y todavía no nos habíamos venido a vivir con él. De hecho, hasta ese momento, y debido al trabajo de mi padre, no habíamos hecho más que cambiar de ciudad constantemente: Urawa, Kobe, Wakayama, Nagasaki... Yo nací en la residencia oficial de Urawa, así que durante mis primeros años no tuve mucha relación con mi abuelo. De hecho, casi nunca veníamos a Tokio. Cuando cumplí doce años, empezamos una vida más tranquila en Ushigome junto a él, pero, aun así, me seguía pareciendo un desconocido y he de reconocer que hasta me daba asco. Además, mi abuelo tenía un fuerte acento de Tōhoku y no entendía muy bien lo que decía, lo que nos distanciaba aún más. Como yo le ignoraba, él intentaba hacer todo lo posible para llamar mi atención. Me contó lo de Takashi Hara una noche de verano sentado de piernas cruzadas en el

*engawa* que da al jardín, alzando los codos y abanicándose con un paipái. Como me aburría mortalmente su relato, comencé a bostezar de manera exagerada. Entonces, mi abuelo, me miró disimuladamente y dijo en voz baja, cambiando de tono:

—Vale, ya veo que lo de Takashi Hara no te interesa. Pasemos entonces a «¡Los siete misterios de Ushigome!». Érase una vez...

No sé por qué, pero mi abuelo era un viejo muy astuto. Por eso, siempre dudé de aquella relación que él decía que tenía con Takashi Hara. Más tarde, cuando se lo pregunté abiertamente a mi padre, sonrió con cierta amargura y me dijo, mientras me acariciaba cariñosamente la cabeza:

—Sí, es cierto. Puede que alguna vez haya venido a esta casa. El abuelo no dice tantas mentiras como tú te crees.

Falleció cuando yo tenía dieciséis años. Nunca había sido mi abuelo preferido, pero el día de su funeral lloré mucho. Como la ceremonia fue tan espectacular, era difícil mantener la compostura y puede que fuese aquella la razón por la que lloré tanto. Al día siguiente fui a clase y todos los profesores fueron pasando uno a uno para darme el pésame. Cada vez que me recordaban a mi abuelo me ponía a llorar. Mis amigas también me trataron con mucho respeto, lo cual me sorprendió enormemente.

Solía ir andando al instituto femenino de Ichigaya. Por aquel entonces, me trataban como a una pequeña reina, no merecía tanta felicidad. Nací cuando mi padre tenía cuarenta años y ejercía el cargo de ministro de enseñanza en Urawa. Como era su primera y única hija, tanto mis padres como las personas que tenían a su alrededor me concedían todos los caprichos. Yo misma me sentía una niña tímida y débil, digna de lástima, pero, pensándolo ahora, la verdad es que al parecer no era más que una niña egoísta y caprichosa. Nada más empezar el instituto en Ichigaya me hice amiga de una chica llamada Serikawa. Siempre tuve la impresión de que la trataba con ternura y delicadeza, pero ahora, si me pongo a reflexionar un poco, puede que, desde el punto de vista de los demás, simplemente la tratase con amabilidad. Yo era una egoísta por entonces. Serikawa solía mostrarse conforme con todo lo que yo decía, y ambas ejercíamos, sin saberlo, una extraña relación de ama y sirvienta.

Su casa estaba justo enfrente de la mía. Era una tienda de *wagashi*<sup>[39]</sup> llamada Kagetsu-dō. Sí, sí, todavía está abierta y al parecer con bastante éxito. Su especialidad siguen siendo los *izayoi-monaka*<sup>[40]</sup> rellenos de *anko*<sup>[41]</sup> con castañas. Ahora es su hermano mayor quien la lleva. Está allí haga sol o nieve, trabaja sin descanso. Su esposa, al parecer, es también muy trabajadora. Siempre está sentada en la oficina atendiendo los pedidos y dando órdenes a los trabajadores. Serikawa se casó con su novio tres años después de haber terminado el instituto. Me parece que se fue a vivir a Keijō<sup>[42]</sup>. Hace ya veinte años que no sé nada de ella. Su marido estudió en la universidad privada de Keiō, en Mita, Tokio, y era muy atractivo. Me contaron que montó un periódico en Keijō.

Serikawa y yo seguimos siendo amigas hasta bastante después de haber terminado

el instituto. Nunca fui a su casa, siempre era ella quien venía a visitarme a la mía y casi siempre hablábamos de libros. Desde siempre le había gustado leer a Natsume Sōseki y a Roka Tokutomi, y escribía unos relatos tan buenos que uno, cuando los leía, se imaginaba que los había escrito alguien bastante más maduro que ella. A mí se me daba fatal escribir. La literatura no me llamaba nada la atención. Aun así, tras terminar el instituto, empecé a leer las novelas que Serikawa me prestaba para pasar el rato y empecé a interesarme un poco. Pero a ella los libros que a mí me atraían no le parecían tan buenos y yo, por el contrario, no me enteraba mucho de lo que decían los libros que le gustaban a ella. A mí me interesaban, por ejemplo, las novelas históricas de Ōgai Mori, pero Serikawa se reía de mí diciendo que tenía un gusto muy anticuado. Me dijo que Takeo Arishima era mucho más profundo que Ōgai y me trajo dos o tres libros suyos, pero no logré enterarme de nada de lo que decían. Quizá, si los leyese ahora de nuevo, mi opinión sería diferente, pero me parecía que Arishima profundizaba demasiado en temas sin importancia, y eso me aburría. Creo que tengo un gusto mediocre en lo que a libros se refiere. En aquella época empezaron a surgir montones de escritores importantes, como Saneatsu Mushanokōji, Naoya Shiga, Jun'ichirō Tanizaki, Kan Kikuchi, Ryūnosuke Akutagawa y muchos otros. De todos ellos, los que más me gustaban eran Naoya Shiga y Kan Kikuchi. Ambos escribían novelas cortas que me encantaban. Serikawa se reía de mí diciendo que tenía un gusto demasiado superficial. En realidad, lo que me pasaba es que no podía soportar esas novelas en las que el autor no paraba de expresar sus propias opiniones, en vez de centrarse en las de los personajes.

Cada vez que venía a visitarme, Serikawa me traía revistas de literatura o novelas que se acababan de publicar. Solía decirme de qué trataban y, de vez en cuando, me contaba cotilleos sobre sus autores. Su entusiasmo era auténticamente desbordante, pero algo sospechoso. Finalmente, descubrí por qué estaba tan interesada por este tema. Entre las amigas, era común que nos enseñásemos nuestros álbumes de fotos. Un día, Serikawa trajo uno muy grande para enseñarme. Empezó a mostrarme las fotos y a explicarme cada una de ellas con tantísimo detalle que en un momento dado empecé a desconectar y a pensar en las musarañas. Hasta que de repente apareció una foto que me llamó la atención. En ella salía un chico muy guapo sujetando un libro frente a un rosal.

—¡Qué chico tan mono! —dije sin pensar, mientras me sonrojaba sin saber muy bien por qué.

—¡No, quita, dame! —exclamó de pronto, mientras me quitaba el álbum bruscamente de las manos. En aquel momento supe perfectamente lo que pasaba.

—Qué más da. ¿Te crees que no lo sabía ya? —dije sin darle mucha importancia. Ella me contestó alegremente con una sonrisa:

—¿Cómo te has enterado? Menuda eres. ¿De verdad lo has sabido nada más verlo? Bien, pues sí. Estamos juntos desde que íbamos al instituto. Así que ya lo sabías, ¿verdad? —contestó hablando muy rápido. Lo cierto es que yo no sabía nada

de nada, pero ella me lo contó todo.

Serikawa siempre había sido de lo más simple e inocente. Conoció a aquel chico tan mono de la foto en una de esas revistas a las que los lectores mandan cartas para conocer a otras personas. Enseguida surgió cierta afinidad entre los dos. Se dice así, ¿no? Es que no tengo un lenguaje muy culto que se diga. El caso es que, poco a poco, empezaron a escribirse directamente y, cuando terminó la secundaria, Serikawa se tomó la relación más en serio y entonces comenzaron a planificar su futuro juntos. Serikawa me contó montones de cosas sobre él, como que su familia tenía una compañía de mensajería marítima en Yokohama. También me dijo que algún día llegaría a ser un gran escritor. Todo lo que me decía me daba pavor y hasta me parecía sucio en cierto modo. Pero la verdad es que lo que me pasaba era que tenía envidia de ella. Sentí como si mi corazón se oscureciese y se estremeciese mientras ella me contaba todas esas cosas, pero intenté ocultar aquellos sentimientos y le dije:

—¡Qué bien! Sabes que te deseo lo mejor en la vida, Serikawa.

Pero debió de darse cuenta de que estaba incómoda, porque se enfadó y me dijo:

—¡Qué mala eres! Jamás me habría imaginado que fueses tan cruel. No haces más que despreciarme con frialdad. ¡Eres como Diana<sup>[43]</sup>!

Nunca la había visto tan a la defensiva, así que le contesté:

—Perdóname. Jamás se me habría ocurrido despreciarte. Simplemente es uno de los inconvenientes de mi forma de ser, que me hace parecer una persona fría. Si te soy sincera, me da miedo vuestra relación. Tu novio es demasiado guapo. A lo mejor es que... te tengo envidia.

Así que le solté lo que sentía, tal cual. Entonces Serikawa recuperó el buen humor y me dijo alegremente:

—Ese es el problema. Solamente se lo he contado a mi hermano y opina igual que tú. Él quiere que me case con alguien normal y con un futuro asegurado. Bueno, en realidad es lógico que él opine así. Mi hermano es una persona muy realista, pero yo no le hago caso. Me da igual que se oponga. El año que viene, en primavera, cuando termine sus estudios, nos casaremos, y no me importa lo que diga la gente al respecto —dijo con energía, de manera simpática y con la espalda muy recta.

Yo la escuchaba con una sonrisa forzada y asentía con la cabeza. Envidiaba su ingenuidad, me parecía preferible a mi carácter vulgar y conservador. A veces yo podía ser un poco insoportable. A partir de aquella confesión, Serikawa y yo empezamos a distanciarnos. Es algo que a veces ocurre entre las amigas. Cuando aparece un hombre, se interpone entre las dos, y aunque hasta ese momento hayáis sido las mejores amigas, la actitud de ambas cambia y todo se vuelve más serio. Así que al final acabáis distanciándoos, eso es un hecho. No es que nuestra relación cambiase radicalmente de un día para otro, pero tanto ella como yo empezamos a ser más discretas, a saludarnos con más formalidad y dejamos de hablar con tanta frecuencia como antes. Se podría decir que adoptamos un comportamiento más maduro. Jamás volvimos a hablar de aquella foto.



Entre unas cosas y otras, el año tocó a su fin. Una noche, a finales de marzo, mes en el que Serikawa y yo cumplíamos veintitrés años, a eso de las diez de la noche, me encontraba yo a solas con mi madre cosiendo entre las dos el kimono de mi padre, que se había roto. De pronto, la sirvienta abrió el *shōji*<sup>[44]</sup> de la habitación silenciosamente y me hizo un gesto con la mano para que fuese con ella. «¿Me llamas a mí?», le pregunté con la mirada, a lo que ella afirmó inclinando la cabeza con seriedad dos o tres veces seguidas.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre colocándose las gafas. La sirvienta tosió ligeramente y le contestó:

—Esto... Es el hermano de Serikawa, que ha venido para hablar con la señorita —dijo con dificultad, y volvió a toser dos o tres veces más.

Me levanté enseguida y salí al pasillo. No sé por qué, pero al instante intuí de qué quería hablarme el hermano de Serikawa. «Serikawa habrá metido la pata, seguro». Me encaminé a la sala de invitados. De pronto, la sirvienta me susurró:

—No, señorita. Está en la puerta trasera. —Y me adelantó a paso ligero y medio agachada, como si estuviese muy nerviosa a causa de algún suceso muy grave que hubiera ocurrido.

Y allí, en la oscuridad de la puerta trasera, estaba el hermano de Serikawa, con una sonrisa de oreja a oreja. Cuando iba al instituto, nos saludábamos todos los días cada vez que pasaba frente a la tienda. Siempre le pillaba muy ocupado con el trabajo. Cuando me gradué, seguía viniendo a casa al menos una vez por semana para traernos los dulces que pedíamos de su tienda. Me llevaba bien con él y solía llamarle *hermano*<sup>[45]</sup>. Era la primera vez que nos visitaba tan tarde. Además, nunca había venido a hablar expresamente conmigo con tanta discreción, por lo que me imaginé que se trataría de Serikawa y de su boda secreta. Me palpitaba el corazón con tanta emoción que antes de que pudiese hablar, le dije:

—Hace mucho que no veo a tu hermana.

—O sea, que ya sabes lo que ha pasado... —me dijo sorprendido.

—No.

—Verás, mi hermana se ha escapado de casa. ¡Será tonta! Una chica tan aficionada a la literatura no podía acabar de otra manera. De eso, de lo de su novio escritor sí que te habías enterado, ¿no?

—Sí, de eso sí. —Me costaba hablar y notaba que las palabras se me quedaban atascadas en la garganta—. Algo había oído.

—Han huido juntos, los muy estúpidos. Afortunadamente, creo que me hago una ligera idea de dónde pueden estar. No habrás hablado con ella últimamente, ¿no?

—No, la verdad es que llevamos algún tiempo distanciadas. ¿Pero qué tendrá en la cabeza esa chica? ¿Quieres pasar? Me gustaría poder charlar tranquilamente contigo, y no aquí, en la puerta.

—Vaya, gracias, pero es que me tengo que ir. Tengo que ponerme a buscarla cuanto antes. —En ese momento me di cuenta de que iba vestido con traje y que

sujetaba una maleta.

—¿Tienes idea de dónde pueden estar?

—Sí, creo que sí. Iré, le arrearé un bofetón a cada uno y luego, que se casen si quieren.

Se marchó riéndose, de modo despreocupado. Yo me quedé allí en la puerta, viendo como se alejaba por la calle. Al rato, volví a la habitación y me senté sin hacer ruido junto a mi madre, que seguía cosiendo las mangas del kimono. Mi madre me preguntó si había ocurrido algo. Entonces volví a levantarme discretamente y, sin responderla, salí al pasillo. Corrí hasta la puerta trasera y me puse los *geta*. Salí a la calle. ¿Qué me ocurrió en aquel momento? Aún hoy sigo sin entenderlo. En aquel instante supe que debía alcanzar al hermano de Serikawa como fuera. Debía permanecer junto a él pasase lo que pasase. Me daba igual lo que le ocurriese a su hermana, lo quería a él. «Necesito verte una vez más. ¡Iré contigo a donde me digas! ¡Llévame, huyamos de aquí! ¡Arrástrame a donde quieras!». De pronto, aquella noche, sin previo aviso, mis deseos más íntimos se desbordaron. Corrí en silencio como un animal entre los oscuros callejones. De vez en cuando me tropezaba y me caía al suelo, pero me colocaba de nuevo el kimono y volvía a retomar la marcha en silencio. Tenía el rostro bañado de lágrimas. Ahora, cuando lo pienso, siento como si en aquel momento hubiese estado visitando lo más profundo del infierno. Cuando por fin llegué a la estación de tranvía de Ichigaya-Mitsuke, tenía todo el cuerpo dolorido y casi no podía ni respirar. Ante mí se alzaba la oscuridad más absoluta y noté que estaba a punto de desmayarme. La estación estaba desierta. Parecía que el tranvía acababa de irse.

—¡¡Hermano!! —grité con todas mis fuerzas. Me aferré a mi última esperanza.

Obtuve por respuesta un silencio abrumador. Volví a mi casa cabizbaja. Cuando llegué a la puerta, me arreglé el kimono como pude y entré. Cuando abrí el *shōji* de la habitación, mi madre me preguntó extrañada:

—¿Qué ha pasado?

—Nada, Serikawa, que ha desaparecido. Qué cosas pasan, ¿verdad? —le contesté con naturalidad mientras retomaba mis labores de costura.

Parecía que mi madre seguía escamada por mi extraño comportamiento, pero se abstuvo de preguntarme y siguió cosiendo sin decir nada. Y eso fue todo, no ocurrió nada más. Serikawa, como he comentado antes, se casó felizmente con el chico de Mita y al parecer acabaron yéndose a vivir a Corea. Yo también me casé al año siguiente, con mi actual marido. Vi al hermano de Serikawa un par de veces más, pero jamás volví a sentir por él lo que sentí aquella noche. Ahora es el dueño de Kagetsu-dō y se ha casado con una mujer guapa aunque algo bajita. Parece que les va bien. Sigue viniendo a casa una vez por semana para traernos los dulces que encargamos en su tienda. Nada más. ¿Lo que ocurrió aquella noche fue verdad? ¿Acaso no sería un sueño que tuve al quedarme dormida mientras cosía? Lo dudo mucho. Todo fue demasiado real para ser un sueño. ¿Sabes cómo te digo? Sé que

suenan a broma, pero, por favor, te pido que lo mantengas en secreto.

Ya soy madre y mi hija está a punto de empezar tercero de secundaria. No es momento de que salgan a la luz este tipo de cosas.

## UN GRILLO

Voy a despedirme de ti. Todos estos años no han sido más que una sucesión de mentiras. Puede que también haya algo malo en mí, pero lo cierto es que no sé en qué debería cambiar. Tengo veinticuatro años ya. He llegado a una edad en la que ya me es imposible mejorar. A pesar de que me dijese en qué exactamente, no sabría qué hacer. No lo conseguiría a no ser que muriese y resucitase, como Cristo. Pero no creo en el suicidio, pienso que es el peor de los pecados posibles, así que por eso me gustaría despedirme de ti para intentar empezar a vivir de la forma que yo crea conveniente. Lo cierto es que me das bastante miedo. Puede que, en este mundo, tu manera de vivir sea la correcta. Pero yo ya no puedo seguir con este tipo de vida que tú me impones.

Ya han pasado cinco años desde que nos casamos. Tenía diecinueve años cuando nos presentaron en aquel *miai* que tuvo lugar en primavera, ¿recuerdas? No me llevé casi nada cuando me fui a vivir contigo, poco después. Nunca te lo conté, pero, desde un principio, mis padres se opusieron con vehemencia a nuestro matrimonio. Mi hermano pequeño, que por aquel entonces acababa de empezar la universidad, también se opuso. Solía preguntarme de bastante mal humor: «Hermana, ¿estás segura de lo que vas a hacer?».

Tampoco te había dicho, porque pensé que te molestaría, que durante aquella época recibí otras dos propuestas de matrimonio. Por lo que recuerdo, una de ellas fue de un hombre de familia adinerada que acababa de licenciarse en Derecho por la Universidad Nacional y se estaba preparando para ejercer de diplomático. Incluso me mostraron algunas fotos suyas. Tenía una expresión alegre y parecía un chico de lo más optimista. La propuesta llegó gracias a las amistades de mi hermana mayor, la que vive en Ikebukuro. El otro candidato era un ingeniero de unos treinta años que trabajaba en la empresa de mi padre. Ya han pasado cinco años de aquello, por lo que no lo recuerdo todo con tanto detalle como debería, pero me comentaron que era una persona maravillosa, principal heredero de una familia muy bien situada. Era uno de los trabajadores predilectos de mi padre, así que no es de extrañar que tanto él como mi madre me animaran para que lo eligiese. Creo recordar que de este incluso no llegué a ver ni las fotos.

En realidad, esto que te cuento no son más que cosas triviales, pero te lo cuento tal y como lo recuerdo para que no te burles de mí. No pienses que te estoy contando todo esto para hacerte sentir mal ni nada por el estilo. Créeme. Tampoco estoy queriendo insinuar que si me hubiese casado con alguno de mis otros pretendientes mi vida ahora sería mejor. Lo cierto es que no podía elegir a otro que no fueses tú.

Me molestaría mucho que te rieses de mí como sueles hacer siempre. Comprende que estoy sincerándome contigo. Por favor, préstame atención hasta que acabe. Ni durante aquellos días, ni ahora, he tenido la más remota intención de casarme con otro que no fueses tú. Eso tenlo por seguro.

Desde pequeña, he odiado mi indecisión. En la época en que tú y yo nos conocimos, tanto mis padres como mi hermana me insistían para que acudiese al menos a los otros *miai* que había en la ciudad, pero, para mí, el hecho de asistir a uno de esos *miais* equivalía a una especie de obligación de casarme con mi acompañante, así que me resultaba difícil plegarme a sus exigencias, por muy insistentes que se pusieran. Además, si eran hombres tan maravillosos como todo el mundo decía, seguro que no tendrían problemas en encontrar a una mujer mejor que yo. No me entusiasmaba mucho la idea de conocerles. Por entonces, solía pensar que solo me casaría con alguien que, de entre todas las mujeres del mundo (y siempre que digo esto te ríes de mí) me eligiera solo a mí. Un hombre a quien le resultara imposible casarse con otra.

Justo en aquel momento fue cuando nos llegó tu petición. Como fue una propuesta muy informal, mis padres se opusieron desde el primer momento. Recuerdo que me contaron cómo vino el señor Tajima, el dueño de la tienda de antigüedades, a la empresa de mi padre para venderle unos cuadros. Después de mantener una charla interminable, le dijo: «Estoy seguro de que el autor de este cuadro va a convertirse en alguien muy famoso algún día. ¿Qué le parece a usted para su hija?». Mi padre se lo tomó como una broma de mal gusto y no le hizo el menor caso. Aun así, compró el cuadro y lo colgó en la pared de la sala de espera de su oficina. Dos o tres días más tarde, el señor Tajima volvió para proponérselo de nuevo, pero esta vez de modo más formal. ¡Qué barbaridad! Mis padres se quedaron anonadados, sin dar crédito a que el señor Tajima y el autor del cuadro pudieran actuar de una manera tan inopinada. Pero, posteriormente, después de haber hablado contigo, nos enteramos de que tú no sabías nada de aquellos manejos y que todo había sido cosa del señor Tajima, que tenía un corazón de oro y quería ayudarte a que te ganaras una buena posición.

El señor Tajima ha hecho mucho por ti: nunca olvides eso. Todo el éxito del que gozas ahora se lo debes a él. Ha hecho todo lo posible por ayudarte, incluso en ocasiones ha dejado su negocio de lado, todo por ti. Es un hombre que confía plenamente en tus capacidades. Reconozco que, en aquel momento, aquella propuesta temeraria traída por el señor Tajima me sorprendió mucho, y quizás por eso me entraron tantas ganas de conocerte en persona. No sé por qué, pero todo aquello me resultaba muy emocionante. Un día fui a escondidas a la empresa de mi padre para mirar tu cuadro. ¿Alguna vez te lo había contado? Entré a la sala haciendo como que iba a ver a mi padre y me quedé contemplando tu obra a solas. Recuerdo que aquel día hacía mucho frío. Me quedé un buen rato de pie en un rincón de la amplia sala sin calefacción, tiritando de frío, mientras analizaba tu obra hasta el más mínimo detalle,

intentando averiguar cómo eras tú. ¿Recuerdas? La pintura representaba un *engawa* con un pequeño jardín iluminado por el sol. En el *engawa* no había nada, solo un cojín blanco. Todo estaba hecho a base de tonos azules, amarillos y blancos, muy sencillos. Mirando aquella imagen, me acuerdo de que empecé a temblar tanto que casi no podía mantenerme en pie. Pensé que nadie más que yo podría entender esta obra en toda su dimensión. Te lo digo en serio, no te rías, por favor. Incluso dos o tres días después de haber ido a ver el cuadro, seguía temblando. Fue entonces cuando llegué a la conclusión de que debía casarme contigo. No me cupo ninguna duda de que tú serías el elegido.

Se lo supliqué a mi madre, aun sabiendo que no era lo más adecuado. Constantemente sentía una vergüenza que me abrasaba el cuerpo entero. Al principio mi insistencia no le hizo nada de gracia, pero yo ya sabía que iba a reaccionar de aquella manera, así que decidí ir a hablar directamente con el señor Tajima. Cuando me sinceré con él, el señor Tajima se alegró muchísimo. Se puso a dar voces de alegría y, al levantarse, se tropezó con la silla y se cayó al suelo, pero ninguno de los dos nos reímos.

A partir de aquí ya sabes lo que ocurrió. Mi familia hablaba cada vez peor de ti. Tú habías venido a Tokio desde tu pueblo, en el mar interior de Seto, sin decirle nada a tus padres; ellos suponían que tu familia estaría harta de ti. Te criticaban porque bebías mucho sake, porque nunca habías expuesto tus obras, porque parecías de izquierdas, porque no estaba claro que hubieses terminado tus estudios en la facultad de Arte, y por muchas otras cosas más. No sé de dónde habrían sacado toda esa información. Aun así, y gracias al impagable esfuerzo del señor Tajima, que hizo de intermediario, conseguimos celebrar el *miai*.

Mi madre y yo acordamos una cita contigo en la primera planta del Senbiki-Ya<sup>[46]</sup>. Resultaste ser tal y como yo te imaginaba. Aunque lo que más me llamó la atención fue lo limpios que llevabas los puños de la camisa. Me temblaba todo el cuerpo, y cuando cogía la taza de té y sostenía el plato con la otra mano, la cucharilla se tambaleaba ruidosamente. Aquello fue de lo más incómodo. Aquella tarde, después de habernos ido a casa, mi madre me dijo que le habías parecido un maleducado. Parecía que lo que más le molestó fue que no le hubieses hecho mucho caso mientras fumabas sin parar. También solía repetirme que tenías cara de mala persona y que no te creía capaz de labrarte un buen futuro. A pesar de todo, yo ya había decidido que quería casarme contigo.

Estuve de mal humor un mes entero y, al final, mis padres se rindieron. Pedí consejo al señor Tajima y me fui a vivir contigo sin llevarme apenas nada de casa. Aquellos dos años que pasamos en el apartamento del barrio de Yodobashi fueron los mejores de mi vida. Cada mañana me levantaba emocionada pensando en lo que nos depararía el día. Mientras, tú pintabas lo que te apetecía, sin darle la más mínima importancia a ser reconocido o a exponer. Es curioso, a medida que nos íbamos haciendo más pobres, mi felicidad aumentaba. Debía de sentir nostalgia por las

tiendas de empeño o por las librerías de segunda mano, era como si mis recuerdos de infancia estuviesen vinculados a ellas. Cuando nos quedábamos sin dinero, siempre podía poner a prueba mi esfuerzo, y eso me servía de acicate. Creo que la comida que se toma cuando uno no tiene dinero es mucho más sabrosa y divertida que la que uno disfruta cuando estás saciado. No paraba de inventar nuevos platos deliciosos hechos con cuatro cosas, ¿recuerdas? Ahora, ya no soy capaz. El hecho de saber que puedo comprar lo que quiera en cada momento hace que mi imaginación se haya quedado estancada. Voy al mercado y se me quitan las ganas de elegir. Y, al final, acabo siempre comprando lo mismo que el resto de las mujeres.

Desde que saltaste a la fama y dejamos el apartamento de Yodobashi para venirnos a vivir a Mitaka<sup>[47]</sup>, perdí todo lo que me divertía. Ya no encuentro ocasiones para mostrar mis habilidades. De repente empezaste a ser más comunicativo con todo el mundo y, al mismo tiempo, empezaste a tratarme como una reina, pero yo me sentía como una gata mimada, y me aburría. Te confieso que al principio no creía que pudieses llegar a tener éxito. Estaba convencida de que serías pobre toda la vida, de que nunca te arrastrarías por nadie y de que solamente pintarías lo que de verdad te apeteciese sin tener en cuenta las opiniones de los demás, bebiendo tu sake favorito de vez en cuando y manteniéndote alejado de la vulgaridad de la gente. ¡Seré tonta! Aun así, siempre he creído, y todavía lo sigo creyendo, que deben de existir personas así de puras en el mundo. «Soy la única que ve la corona de laurel que hay en su cabeza. Todos le tratarán como a un imbécil y nadie querrá casarse con él, así que seré yo quien lo haga, y podré apoyarle y ayudarle durante toda la vida». Eso es lo que yo pensaba al principio. Creía que eras el ángel que siempre había buscado. Creía que nadie más que yo sería capaz de entenderte. No sé por qué, pero pensar en tu éxito, tan repentino, me produce muchísima vergüenza.

No es que odie que te hayas hecho tan famoso. Cuando me enteré de que tus pinturas, que transmitían una melancolía inexplicable, atraían cada vez a más gente, pasaba las noches dándole gracias a Dios por la suerte que habíamos tenido. De hecho, hasta lloraba de alegría. Durante aquellos dos años en el apartamento de Yodobashi, solías pintar el jardín que tanto te gustaba, o el paisaje nocturno de Shinjuku. Pintabas lo que de verdad te apetecía. Cada vez que nos quedamos sin ahorros, el señor Tajima venía a traernos algo de dinero a cambio de dos o tres de tus cuadros, lo que siempre te solía poner muy triste. En aquella época, el dinero no te interesaba. Siempre que venía, el señor Tajima me llamaba para que fuese al pasillo sin que te diceses cuenta y, haciéndome una profunda reverencia, me decía: «Muchas gracias por todo», y acto seguido me metía un sobre blanco entre el *obi* y el kimono. Solías poner cara de que aquello no te interesaba y tú no te rebajabas a abrir el sobre corriendo para ver cuánto dinero había dentro. Aunque no fuese mucho, me apañaba con lo poco que teníamos. Jamás te hice saber lo mal que lo pasábamos para llegar a final de mes. No quería *corromperte*. Nunca te pedí que ganaras dinero ni que te hicieses famoso. Creía que alguien brusco y que no sabía expresarse bien como tú

(perdón), no sería capaz de hacerse rico ni de alcanzar la fama nunca. Pero, al parecer, todo era fingido. O eso, o es que yo fui una tonta todo el rato.

Cuando el señor Tajima vino para sugerirte que montaras una exposición, fue cuando empezaste a cuidar un poco tu imagen. Lo primero que hiciste fue acudir al dentista. Tenías muchas caries y, cuando te reías, parecías un anciano, pero no le dabas importancia. Siempre que yo te pedía que visitases alguna clínica dental, me decías bromeando: «¿Qué más da? Si se me terminan cayendo todos los dientes me pondré dentadura postiza. ¿Quién querría tener más éxito entre las mujeres si es a costa de tener todos los dientes de oro?». Pero, no sé por qué, a partir de una determinada época empezaste a hacer huecos con frecuencia para poder ir a la consulta del dentista, y cada vez volvías con un diente de oro nuevo. Cuando te insistía para que te rieses y me los enseñases, las mejillas cubiertas de vello se te sonrojaban y me contestabas con un tono de modestia que jamás te había escuchado: «Es que Tajima me insiste para que lo haga».

La exposición se celebró cuando ya llevábamos dos otoños en Yodobashi. En aquel momento yo era feliz. Por supuesto que me alegraba mucho saber que cada vez había más gente a la que le gustaban tus obras. Tuve buen ojo, ¿no crees? Pero, al mismo tiempo, que todo estuviese yendo tan bien me asustaba. Los periódicos te alababan, la exposición se vendió entera, e incluso recibimos cartas con halagos de algunos grandes maestros. El señor Tajima y tú me insistíais para que fuese a ver la exposición, pero yo no podía más que quedarme en casa haciendo punto sin parar de temblar, muerta de miedo. Solo de imaginarme veinte o treinta de tus cuadros colocados en línea con un montón de gente contemplándolos, me entraba la histeria. Incluso llegué a pensar que, si de repente recibíamos tantas cosas buenas, eso era porque luego nos pasaría algo malo. Todas las noches le pedía perdón a Dios. Pedía que no nos diese más, que ya éramos suficientemente felices con lo que teníamos, y rezaba para que te protegiese y te alejase de las enfermedades y las demás cosas malas de la vida.

Empezaste a salir cada noche con el señor Tajima para conocer a los grandes maestros a los que tanto admirabas. Había veces que cuando llegabas ya había amanecido. A mí no me importaba, pero tú me contabas todos los detalles de la noche anterior, que si tal maestro era no sé qué, que si el otro era un imbécil y cosas por el estilo. Aquellas charlas, te lo aseguro, podían ser sumamente aburridas. No te reconocía. Tú siempre habías sido de muy pocas palabras. Hasta aquel momento, después de haber pasado dos años viviendo juntos, jamás te había escuchado hablar mal de nadie. Parecía como si los demás maestros te diesen igual, pero a raíz de tu primera exposición adoptaste una actitud en la que la única persona que te importaba eras tú mismo. Además, al darme tantos detalles de tu vida, yo pensaba que lo que intentabas era demostrarme que la noche anterior no había ocurrido nada raro que tuvieses que ocultarme. ¡Pero si no tenías por qué darme una justificación tan rebuscada! Yo ya no soy una niña que no se entera de nada; sabes que, aunque tuviese



que sufrir un poco, prefiero siempre que me cuentes la verdad. No es que me fíe ciegamente de ti cuando sales, pero tampoco me preocupo de manera exagerada. Es algo que no me quita el sueño. Aunque ocurriese algo, podría aguantarlo con una sonrisa; al fin y al cabo, era yo la mujer con la que ibas a compartir el resto de tu vida.

De la noche a la mañana nos hicimos ricos. Empezaste a estar muy ocupado. Te hicieron miembro de la asociación Nika<sup>[48]</sup> y empezaste a sentirte avergonzado de nuestro humilde apartamento. El señor Tajima te recomendó que nos mudásemos. «No creo que sea fácil conseguir la confianza de los demás viviendo en un apartamento como este», te decía. «Además, no creo que los precios de tus cuadros suban mucho más. Date el lujo de alquilar una casa grande ahora que puedes». A lo que tú, emocionado, contestabas: «Tienes razón, la gente me va a tomar por un muerto de hambre si sigo viviendo en este apartamento de mierda». Que sepas que eso que dijiste me entristeció mucho. El señor Tajima fue en bicicleta a buscar por todas partes y nos encontró un sitio en Mitaka. A finales de año, trajimos los pocos muebles que teníamos y empezamos a vivir en esta casa inmensa.

Un día, te fuiste a los grandes almacenes sin decirme nada y compraste un montón de muebles caros. Cuando empezaron a llegar los repartidores, uno tras otro, recuerdo que sentí un fuerte dolor en el pecho. Me entró una tristeza muy grande al ver cómo habías cambiado. No nos diferenciábamos en nada del resto de los nuevos ricos a los que tanto odiaba. Me sentía mal por ti, así que te ocultaba mis verdaderos sentimientos y hacía como si me alegrase mucho de todo. Sin que me diese cuenta, estaba representando el papel de una de esas esposas desagradables que pueblan los suburbios de las ciudades. Hasta llegaste a decirme que contratásemos una sirvienta, pero me negué rotundamente. Me veo incapaz de mandarle a otra persona que haga mi trabajo.

Después de la mudanza, encargaste a una imprenta que hiciese trescientas tarjetas de año nuevo en las que figuraba nuestra nueva dirección. ¡Trescientas! ¿Cuándo conociste a tanta gente? Empecé a sentir que corríamos un gran peligro y eso me asustaba. «Algo malo ocurrirá dentro de poco. No somos del tipo de personas que entablamos relaciones superficiales para sacar beneficio», pensaba sin poder hacer nada al respecto, salvo temblar. Pasaba los días sumida en una gran preocupación. Sin embargo, no paraban de ocurrirte cosas buenas. ¿Será que estaba equivocada?

Hasta mi madre empezó a visitarnos de vez en cuando. Cada vez que venía, me traía mis piezas de kimono, mis libretas y otras cosas que me había dejado en casa. Siempre estaba de muy buen humor. Mi padre, que odiaba tu cuadro de la sala de espera y lo había escondido en el almacén de la empresa, lo llevó a casa, le puso un marco de lujo y lo colgó en su despacho. Incluso mi hermana, la de Ikebukuro, empezó a mandarme cartas de felicitación.

Luego empezó a venir a casa muchísima gente. Ha habido veces en las que nuestro salón se ha llenado de invitados. Tus carcajadas se podían escuchar desde la

cocina. Nunca parabas de hablar. Antes eras una persona muy reservada y yo lo achacaba a que, como sabías y entendías de todo, no te merecía la pena decir nada. Pero resulta que estaba equivocada. Te pasabas el día hablando de cosas aburridas con todo el mundo. Hubo una vez en la que incluso repetiste las mismas teorías sobre el mundo de la pintura que le habías escuchado a otro pintor explicarte a ti el día anterior.

Recuerdo cuando te conté mis conclusiones sobre una novela que acababa de leer. «Incluso Maupassant sentía temor de la religión», te dije. Al día siguiente, cuando iba a entrar al salón para servirte el té a ti y a tus amigos, estabas diciendo exactamente lo mismo que yo te había comentado la noche anterior. La vergüenza que sentí en aquel momento me dejó paralizada por un buen rato. Nunca has tenido ni idea de nada. Lo digo con todos los respetos. Tampoco es que yo sepa mucho, pero al menos tengo mis propias opiniones. Tú, sin embargo, o no dices nada o bien, si lo dices, se lo copias a los demás. Y a pesar de todo, curiosamente, eres el que has tenido éxito.

La obra que presentaste para la exposición de la asociación Nika de aquel año recibió un premio por parte de un importante grupo de prensa. Los periódicos alababan tus cuadros de manera exagerada, usando palabras que casi no puedo ni repetir de la vergüenza que me daban cuando las leía: que si traslucían una hermosa soledad, que si el autor gozaba de una honorable pobreza, que si en ellos se apreciaba el poder de la meditación y la oración, que si recordaban a Chavannes. Patrañas por el estilo. Luego, le contaste a tus invitados, sin el más mínimo recato, que el artículo del periódico te había parecido más o menos correcto. ¡¿Cómo eres capaz?! Nosotros no somos «unos pobres honorables», de eso nada. ¿Quieres que te enseñe la libreta del banco? Desde que nos mudamos a esta casa no haces más que hablar de dinero, de dinero, de dinero. Era como si tu personalidad hubiese cambiado por completo una vez que empezaste a tener éxito.

Cuando alguien te encargaba un cuadro, lo primero que hacías era decirle el dinero que le costaría. Y ni te inmutabas. Es mejor dejarlo todo claro desde el principio para no tener problemas después, eso decías. Cada vez que te escucho con ese cuento me pongo enferma. ¿Por qué estás tan obsesionado con el dinero? Creo que, si siguieses haciendo buenas obras, simplemente, obras decentes y brillantes, podríamos seguir perfectamente con nuestra vida, como si nada. No hay necesidad de hacerse famoso, uno puede ser pobre y llevar una vida modesta, sin tener que venderse a sí mismo. No hay forma más divertida de vivir. Yo no necesito más dinero. Me encantaría poder llevar una vida discreta sin poner en peligro mi orgullo.

Incluso has empezado a controlar cuánto dinero me gasto últimamente. Cuando cobras, divides parte del dinero metiendo cinco grandes billetes en tu cartera y uno doblado en cuatro partes en mi monedero. Lo que sobra lo depositas en la oficina de correos o en el banco. Y mientras, yo no hago más que mantenerme a tu lado, viendo cómo actúas. Hubo una vez que se me olvidó echar la llave del cajón de la estantería donde guardábamos la libreta del banco. Al darte cuenta, te molestó tanto que me

regañaste. «¡Muy mal!», me gritabas. «¡Muy mal!». Aquello fue humillante.

Siempre que vas a alguna galería a cobrar, tardas unos tres días en volver a casa. Abres la puerta haciendo mucho ruido y, nada más entrar, me dices cosas que me entristecen como: «¡Mira, no he gastado tanto, todavía me quedan trescientos yenes! ¡Compruébalo, venga!». Es tu dinero. No debería importarme cuanto gastas, ¿no crees? Imagino que habrá ocasiones en las que te entren ganas de gastar parte de tu dinero en diversiones. ¡Por mí como si te lo gastas todo! Yo también soy consciente de que el dinero es importante para vivir y para mantenerse, pero no me paso todo el día pensando exclusivamente en él. Lo que sí que me molesta es tu actitud. Consigues no gastar trescientos yenes y vuelves a casa orgulloso de ello. A mí el dinero no me importa. No me interesa comprar, comer en restaurantes caros o asistir a espectáculos. Las cosas necesarias para el hogar las consigo reutilizando lo que sobra, y reparando todo lo que se rompe. Cuando estropeo un kimono o se me queda viejo lo tiño de nuevo y lo coso. Así no tenemos que comprar nada. Sé apañarme con poco. No necesito estar todo el día comprando cosas nuevas, ni siquiera me hace falta un colgador para las toallas. Es algo innecesario. Ha habido veces en las que hemos ido al centro y me has llevado a comer a restaurantes chinos de lujo, pero a mí esa comida no me parece tan deliciosa como tú dices. Me hace sentir incómoda cada vez que vamos. Siempre me ha parecido un derroche inútil.

¿Quieres que te diga lo que me alegraría muchísimo? Que me construyeses una pérgola con una enredadera que diese frutos en el jardín. Cuando se pone el sol, entra mucha luz por el *engawa*. Si colocásemos allí la pérgola, quedaría muy bien y daría sombra. Cada vez que te lo he pedido me dices que llame a un jardinero, y cosas por el estilo. Odiaría comportarme como la gente rica, así que me niego a llamar a un jardinero. Quiero que me lo hagas tú, pero siempre te escabulles diciendo que al año que viene, al año que viene, y, al final, nunca lo haces. Cuando gastas dinero para tus cosas ahí sí que no tienes reparos, pero cuando se trata de gastar para los demás, haces como si aquello no fuese contigo.

No recuerdo cuando fue exactamente, pero una vez vino tu amigo, el señor Amemiya, a pedirte ayuda porque su esposa había caído enferma. Me llamaste para que fuese al salón y me preguntaste muy serio: «¿Nos queda algo de dinero ahora mismo en casa?». Tu pregunta me pareció tan ridícula y tan estúpida que no supe qué contestarte. Me puse colorada y me bloqueé. Entonces me dijiste, con sorna: «Venga, no lo ocultes. Busca por ahí, seguro que encuentras veinte yenes o algo». ¿¡Solo veinte yenes!? Entonces hiciste un gesto con la mano como intentando apartar mi mirada y me dijiste: «Vale, vale. Déjalo... Pero mira que eres tacaña», y te volviste para seguir hablando con el señor Amemiya. «¡Qué duro es ser pobre cuando se tienen este tipo de problemas!, ¿verdad?», le decías. No daba crédito a lo que estaba oyendo. Lo que no tienes es dignidad. ¿Melancolía? ¿Qué parte de ti contiene algo tan bonito como ese sentimiento del que tan poco sabes? Tú eres todo lo contrario a alguien melancólico, no eres más que un egoísta y un despreocupado.

Todas las mañanas, cuando estás en el lavabo, cantas a grito pelado esa canción de *Oitoko Bushi*. Me da mucha vergüenza lo que puedan pensar los vecinos cuando te oigan. ¿Meditación?, ¿Chavannes? No eres digno siquiera de esos halagos. ¿Hermosa soledad? ¿Pero no te das cuenta de que vives rodeado de gente que no hace más que halagarte? Cuando los que vienen a visitarte te llaman *maestro*, entonces tú te dedicas a criticar las obras de los demás, como si nadie pudiese hacerte sombra. Si en serio lo creyeses, no haría falta hablar mal de los demás para convencer a la gente de tu entorno. Lo que intentas es conseguir su aprobación, aunque solo sea por un instante. Siendo así, ¿qué es eso de la «hermosa soledad» de la que hablan? No hace falta que todo el mundo que venga a casa quede prendado de tus obras. No eres más que un mentiroso.

Recuerdo lo mal que lo pasé cuando el año pasado te fuiste de Nika y fundaste esa asociación llamada «Neorromanticistas». Has juntado a todos aquellos a los que ridiculizabas y criticabas y has creado una asociación con ellos. Careces de personalidad. ¿Acaso te crees que tu manera de vivir es la correcta? Cuando viene el señor Kasai, soléis hablar mal del señor Amemiya, y os reís de él y lo criticáis, pero cuando viene el señor Amemiya, le tratas con mucha amabilidad y le dices que es tu único amigo de verdad. Se lo dices con tanto entusiasmo que me cuesta creer que sea mentira y, acto seguido, os ponéis los dos a criticar al señor Kasai. ¿Acaso serán así todas las personas que disfrutan, como tú, del éxito? ¿Cómo podéis seguir así sin caer en vuestra propia trampa? Pensar en ello me produce escalofríos.

«Seguro que le ocurrirá algo malo. Será lo mejor». En algún rincón oculto de mi corazón llegué a desear que te ocurriese alguna desgracia, por tu bien. Aunque solo fuera para demostrar que Dios existe. Sin embargo, no ocurrió nada. Ni siquiera un pequeño tropiezo, nada. Por el contrario, no hacíamos más que recibir buenas noticias. ¡Si hasta la primera exposición de tu ridícula asociación tuvo éxito! Algunos visitantes me comentaron que tu pintura del crisantemo mostraba que tu corazón era todavía más puro que antaño, y que era capaz de transmitir la esencia del amor verdadero. ¿Cómo puede ser posible? ¡Qué cosa más extraña!

En año nuevo, recuerdo que me llevaste a visitar al famoso maestro Okai, del que se rumorea que es uno de tus mayores admiradores. Es un hombre muy famoso, pero vive en una casa algo más pequeña que la nuestra. Como tiene que ser. Es una persona oronda y da la sensación de que nadie sea capaz de moverle de su silla. Allí sentado, con las piernas cruzadas, me lanzó una mirada con sus grandes ojos desde detrás de sus gafas. Esos ojos sí que expresaban una hermosa soledad. No pude evitar sentir escalofríos al contemplarlos. Era casi igual a lo que sentí cuando vi por primera vez tu cuadro en la fría sala de espera de la empresa de mi padre. El maestro nos estuvo hablando un buen rato de cosas sencillas. No se hizo el interesante en ningún momento. Al verme, exclamó, dirigiéndose a ti: «¡Anda, qué buena esposa tienes! Parece que provenga de una familia de samuráis!». No era más que una broma, pero tú contestaste lleno de orgullo: «Bueno, lo cierto es que sí. Su madre es descendiente

directa de samuráis». Un sudor frío me recorrió la espalda. ¿Cómo que mi madre es descendiente directa de samuráis? Los familiares de mis padres han sido plebeyos durante generaciones. Seguro que, dentro de poco, también empezarás a contarle a los que te halagan que mi madre proviene de una familia de samuráis. ¡Qué horror! No entiendo cómo, incluso alguien tan distinguido como aquel maestro, no fuera capaz de calarte. ¿Funciona así la sociedad que tú conoces? El maestro parecía muy preocupado de que últimamente sufrieses a causa del trabajo. Yo, mientras tanto, apenas podía contener la risa al pensar en ti cantando esa horrible canción cada mañana. Al salir de su casa, cuando ni siquiera habíamos caminado cien metros, le diste una patada a una piedra y dijiste: «¡Tsk!, no soporto cómo se comporta delante de las mujeres». Aquello me impactó. ¡Serás despreciable! Hasta hacía un momento te humillabas ante esa bellísima persona, y no te alejas ni cien metros de su casa y ya empiezas a criticarle. Tú no estás bien de la cabeza.

Fue justo en aquel momento cuando decidí poner fin a esta relación. No te aguanto más. Creo que no lo estás haciendo bien. Espero que sufras alguna desgracia. Pero, hasta ahora, nunca te ha ocurrido nada malo. Además, parece que hubieses olvidado todo lo que el señor Tajima ha hecho por ti. Acuérdate de lo que les dices a tus amigos cada vez que él aparece: «Otra vez el tonto de Tajima, que ha venido a visitarme». No sé cómo, pero debe de haberse enterado de lo que andas diciendo a sus espaldas, y, últimamente, cuando nos visita, entra por la puerta de atrás diciendo con una sonrisa humilde: «Otra vez viene el tonto de Tajima a visitaros». Yo ya no entiendo nada. ¿Dónde habrá ido a parar su orgullo? Voy a despedirme de ti. Últimamente hasta me ha dado por pensar que tú y tus amigos me criticáis a mis espaldas.

El otro día, supongo que te acordarás, hablaste por la radio sobre el significado de la asociación de los Neorromanticistas aplicado a la situación actual del arte. Yo estaba leyendo el periódico de la tarde en la sala de estar, cuando de repente dijeron tu nombre y a continuación se escuchó tu voz. Me pareció la voz de un desconocido, una voz turbia. «¡Qué persona más desagradable!», pensé. En aquel momento fui capaz de vislumbrar tu personalidad con claridad desde el punto de vista de una persona que no te conociera. Resulta que no eres más que un hombre normal y corriente y, aun así, tremendamente exitoso. ¡Qué absurdo! Apagué la radio justo cuando empezaste a decir: «Hoy en día no estaría aquí si no fuese por...». No sé qué pretendes. Debería darte vergüenza. Por favor, nunca más vuelvas a repetir una frase tan terrible como: «Hoy en día no estaría aquí si no fuese por...». En fin, creo que lo mejor será que tropieces cuanto antes y espables.

Aquella noche me fui pronto a la cama. Apagué la luz y me tumbé boca arriba mirando al techo. De pronto, bajo mi espalda, noté como un grillo cantaba con todas sus fuerzas. Estaba entre el suelo de la casa y el terreno del jardín, pero como se encontraba justo debajo de mí, sentía como si aquel pequeño grillo estuviese cantando desde dentro de mi columna vertebral. Decidí guardar aquel débil sonido en

mi interior para no olvidarlo jamás. Imagino que, en este mundo, tú serás quien tenga razón y yo la que esté equivocada, pero lo cierto es que todavía no consigo comprender qué es lo que he hecho mal.

## CHIYOJO

**P**or mucho que me cueste, tengo que reconocer que las mujeres, después de todo, no servimos para nada. Aunque puede que, de entre todas las mujeres del mundo, sea yo la única verdaderamente estúpida. Por más vueltas que le dé, sigo considerándome una inútil. Aun así, siento que en el fondo de mi corazón palpita un pensamiento testarudo. Un pensamiento que se aferra a mi alma y que me repite que, a pesar de todo, sigo teniendo cosas buenas. Cada vez me entiendo menos a mí misma.

Ahora me siento más angustiada que nunca, como si tuviese una olla oxidada plantada sobre mi cabeza. Estoy convencida de que soy tonta. Sin lugar a dudas, lo soy. Una tonta que el año que viene va a cumplir diecinueve años. Ya no soy una niña.

Cuando cumplí doce, mi tío, que vive en Kashiwagi, mandó sin decírmelo un relato que yo había escrito a un concurso de la revista *Pájaro Azul*. Y, casualidades de la vida, resultó que gané el primer premio. Los maestros que ejercían de jueces hablaron tan bien de mi cuento que me dio miedo. Y a partir de aquel momento todo empezó a ir de mal en peor en mi vida.

Cuando pienso en aquel relato me consume la vergüenza. ¿De verdad estaba tan logrado? No sé qué podría ser lo que lo hacía tan especial. Se titulaba «El Recado» y narraba una anécdota muy simple, algo de poca importancia que me ocurrió una vez que fui a comprarle unas cajetillas de Bat<sup>[49]</sup> a mi padre. La señora del estanco me dio cinco cajetillas, pero como todas eran de color verde me resultaron monótonas, así que le devolví una y le pedí que me diese alguna de otra marca cualquiera, pero que fuese roja. Ya estaba dispuesta a pagar cuando, de repente, me di cuenta de que no llevaba suficiente dinero. Entonces la señora me sonrió, como quitándole importancia: «No te preocupes, ya me pagarás en otra ocasión». Recuerdo que me hizo sentir muy feliz.

Así que coloqué las cajetillas verdes en mis manos, y sobre ellas puse la cajetilla de color rojo. El conjunto quedaba precioso, parecía uno de esos cuadros que representan las flores de cerezo. El corazón me latía con tanta fuerza que me resultó difícil sostener las cajetillas en el camino de vuelta a casa.

Fue algo así lo que escribí. Pero, no sé, lo vuelvo a leer ahora y me parece infantil y ridículo. Me irrita.

Justo después de aquello, mi tío de Kashiwagi me animó a volver a participar en el concurso, por lo que les mandé otro relato titulado «Kasugachō». Esta vez, en lugar

de publicarlo en la sección de relatos que envían los lectores, lo colocaron en primera página en grandes caracteres.

En aquel relato contaba lo que me ocurrió cuando fui a visitar a mi tía de Ikebukuro, que se acababa de mudar a la zona de Kasugachō, en el barrio de Nerima. Hacía poco, mi tía me había escrito para decirme que su nueva casa tenía un gran jardín y que podía visitarla cuando quisiese. Así que el primer domingo de junio cogí el tren en la estación de Komagome, cambié a la línea Tōjō en Ikebukuro y me bajé en Nerima. La estación estaba rodeada de huertos y no había ningún cartel que indicara por dónde se iba a Kasugachō, así que tuve que preguntar a los campesinos de la zona. Por desgracia, ninguno de ellos aparentó tener la más mínima idea de cómo se llegaba. Me entraron ganas de llorar.

Recuerdo que aquel día hacía un calor tremendo y que había poca gente por la calle. Finalmente, vi aparecer a un señor que arrastraba una carretilla llena de botellas de refresco vacías. Tendría alrededor de cuarenta años y sudaba. Cuando se detuvo para escucharme, me sonrió con tristeza. «Kasugachō, Kasugachō...», repetía mientras pensaba y se secaba el sudor que le recorría la cara con una toalla sucia de color gris. Al rato me contestó:

—Kasugachō está muy lejos. Tienes que coger la línea Tōjō aquí, en Nerima, e ir hasta Ikebukuro. Allí cambias de línea y vas hasta Shinjuku, donde tienes que cambiar una vez más para viajar en dirección a la estación de Tokio, te bajas en Suidobashi y luego...

Y así me explicó el camino que tenía que seguir. Su japonés no era muy fluido, pero ponía mucho empeño en hacerse entender, a pesar de que el recorrido que me estaba explicando era para ir a otro sitio que también se llamaba Kasugachō, pero que estaba en Hongō.

En cuanto empezó a hablar me di cuenta de que era coreano, por lo que su esfuerzo me emocionó. Al despedirnos le agradecí su ayuda lo más efusivamente que pude.

Los japoneses con los que me había encontrado, quizá por pereza, no me orientaron aunque seguramente sabían donde se encontraba Kasugachō. Y en cambio este señor coreano, aunque no estuviese muy seguro, me lo había explicado todo lo mejor que había podido a pesar del sudor y del esfuerzo que le costaba.

Le di las gracias y acto seguido me volví hacia la estación de Nerima como él me había indicado. Cogí la línea Tōjō de nuevo y, aunque estuve a punto de ir al Kasugachō de Hongō, decidí volverme a casa. Al llegar, no sé por qué, empecé a sentir que me invadía la tristeza, así que me senté y me puse a escribir todo lo que me había ocurrido aquella tarde, tal cual. Finalmente lo publicaron en la revista *Pájaro Azul* en primera página, en grandes caracteres, y yo no podía sentirme más avergonzada de la imagen que estaba dando con mis relatos.

Mi casa está en Nakazatochō, en Takinogawa<sup>[50]</sup>. Mi padre, que da clases de inglés en una universidad privada, nació en Tokio, y mi madre es de la ciudad de Ise.



No tengo hermanos mayores, solo un hermano pequeño que enferma con mucha facilidad y que acaba de empezar la secundaria en un colegio público. No es que no me guste mi familia, pero me entristece mucho su situación. Antes, cuando era pequeña, todo era mejor que ahora. Mucho mejor. Mis padres me daban mucha libertad y yo cuidaba muy bien de mi hermano. Siempre estaba gastando bromas, lo que alegraba a toda la familia. Fui una buena hermana para él. Hasta que publicaron mi relato en la portada de aquel número de la revista *Pájaro Azul*. Entonces me convertí en una persona cobarde y despreciable. Incluso empecé a discutir con mi madre.

En el mismo número en el que me publicaron «Kasugachō», el maestro Iwami, que era uno de los jueces del concurso, escribió una reseña sobre él dos o tres veces más larga que el propio relato. Me puse muy triste cuando la leí y sentí que le había engañado totalmente. Me pareció que el maestro Iwami era una persona simple pero con un corazón mucho más puro y bello que el mío. En el colegio, nuestro tutor, el profesor Sawada, trajo aquella revista a clase de lengua y copió todo el texto de mi relato en la pizarra. Recuerdo que aquel día estaba muy nervioso y que no paró de alabarme durante toda la clase con un tono de voz en el que parecía adivinarse cierto enfado. Me invadió la angustia, como si ante mis ojos se alzara una oscura niebla, y noté como si mi cuerpo se estuviese petrificando. A pesar de los halagos que recibía, sabía que lo que había hecho no tenía tanto mérito. Me empezó a preocupar lo que pasaría si algún día escribiese un relato de peor calidad. Me daría mucha vergüenza si todo el mundo se riese de mí. En aquellos momentos me sentía más muerta que viva. Además, me dio la impresión de que el profesor Sawada no se comportaba de aquella manera porque estuviese orgulloso de mí, sino porque yo hubiera sido capaz de salir en la portada de aquella revista en grandes caracteres y, por si fuera poco, había conseguido que el prestigioso maestro Iwami hablase bien de mi trabajo.

Finalmente, mis temores se hicieron realidad. A partir de aquel momento todo lo que me ocurrió fue duro y bochornoso. Mis amigas del colegio empezaron a mostrarse distantes conmigo de un día para otro. Incluso Ando, con quien me entendía muy bien, me llamaba Ichiyō, Murasaki Shikibu<sup>[51]</sup> y nombres similares con desprecio. Al final se alejó de mí y se juntó con los grupos de Nara e Imai, a las que siempre había odiado. Me lanzaban miradas con disimulo desde lejos y susurraban entre ellas para después reírse todas juntas en voz alta. Era evidente que estaban burlándose de mí.

Fue entonces cuando decidí no escribir ni un solo relato más en lo que me quedaba de vida. Nunca debí haberme dejado convencer por mi tío de Kashiwagi para mandar aquel cuento a la revista. Es el hermano menor de mi madre. Trabaja en el Ayuntamiento de Yodobashi<sup>[52]</sup> y este año cumplirá treinta y cuatro o treinta y cinco. Aunque su primer hijo nació el año pasado, él sigue comportándose como un crío y, al parecer, en ocasiones se mete en líos por su afición a la bebida. Por lo visto, siempre que viene a casa mi madre le da algo de dinero. Ella me contó que cuando

entró en la universidad mi tío tenía intención de ser escritor, y que había muchas esperanzas puestas en él, hasta que empezó a frecuentar compañías poco deseables. Por culpa de ellos, las cosas empezaron a irle mal y acabó abandonando los estudios. Al parecer, desde siempre ha leído muchísimas novelas japonesas y extranjeras. Fue él quien me insistió para que mandase aquel estúpido relato a la revista *Pájaro Azul* hace siete años, y es él quien me molesta desde entonces por cualquier tontería.

Lo cierto es que a mí nunca me gustó escribir. Ahora puede que algo haya cambiado, pero aquellos días, cuando publicaron mis ridículos relatos, mis amigas se metían conmigo, me sentía presionada por la actitud de mi tutor y empecé a odiar la escritura. Nunca más, y a pesar de lo que dijese mi tío, no envié ningún otro texto. Cuando me insistía demasiado, me ponía a llorar en voz muy alta para que todos se enteraran. No volví a escribir ni una sola letra en clase de lengua. En el cuaderno de redacciones solamente dibujaba círculos, triángulos y princesas. Un día, el profesor Sawada me llamó a la sala de profesores. Me regañó diciéndome que era una soberbia, que debía portarme bien. Me enfurecí, pero me consolé pensando que al menos no faltaba mucho para terminar el curso, por lo que pronto podría escapar de tanto sufrimiento.

Cuando terminé primaria y entré en el instituto de chicas de Ochanomizu, donde nadie sabía nada sobre mis aburridos relatos ni sobre el premio, por fin pude estar tranquila. En clase de lengua podía escribir sin presiones y sacaba notas normales. Pero mi tío seguía molestándome y nunca me dejaba en paz. Cada vez que venía a visitarnos, me traía tres o cuatro libros e insistía en que los leyese. Yo lo intentaba, pero me resultaban muy difíciles y no los entendía bien, así que siempre hacía como que los había leído y se los devolvía en cuanto podía.

Un buen día, cuando ya estaba cursando el tercer año de secundaria, mi padre recibió una larga carta del maestro Iwami, el que había ejercido de juez en el concurso de la revista *Pájaro Azul*. En ella decía que yo tenía un gran talento que no debía desperdiciar, y aquello me dio tanta vergüenza que es imposible describirla con palabras. Me alababa exageradamente y decía que sería una pena si ese talento desapareciese; me animaba a intentar escribir algo nuevo y se ofrecía a recomendarme a una revista para que lo publicasen. La carta estaba escrita en un tono serio y elegante del que, desde luego, yo nunca fui digna.

Mi padre me entregó la carta sin decirme nada. Al leerla, me di cuenta de que el maestro Iwami era una gran persona, pero, al mismo tiempo, resultaba obvio que mi tío había tenido algo que ver. Lo más seguro es que se las hubiera ingeniado para acercarse al maestro y, de alguna manera, le había insistido para que le escribiese una carta así a mi padre. Estaba claro. «Es mi tío quien está detrás, no hay duda. ¿Por qué hará este tipo de cosas?». Me entraron ganas de llorar y alcé la mirada con los ojos humedecidos hacia mi padre. Parecía que él también se había percatado de aquello, pues sacudió la cabeza levemente y dijo de mal humor:

—No lo hace con mala intención, pero a ver cómo le digo yo ahora al maestro

Iwami que no.

A mi padre hacia tiempo que mi tío no le caía muy bien. Cuando gané el premio de la revista todos se alegraron y armaron un gran jaleo, y sin embargo mi madre, más tarde y algo molesta, me dijo que mi padre había regañado a mi tío diciéndole que no se debía estimular tanto a una niña tan pequeña. Mi madre siempre está criticando a mi tío, pero cuando es mi padre quien habla mal de él, aunque sea un poquito, se enfurece. Por lo general, mi madre es una persona cariñosa y agradable, pero cuando se trata de mi tío, es capaz incluso de discutir con mi padre. Mi tío es el cáncer de la familia.

De ahí que, dos o tres días después de haber recibido aquella carta tan amable del maestro Iwami, mis padres se enzarzaron en una gran discusión. Durante la cena mi padre dijo:

—El señor Iwami ha sido tan amable al escribirnos que creo que sería buena idea que Kazuko y yo lo visitáramos para explicarle como se siente y, de paso, para pedirle disculpas por no aceptar su propuesta. Si lo hacemos por escrito, puede que la malinterprete y que se sienta dolido, y eso es algo que me gustaría evitar.

Ante esto, mi madre bajó la mirada y se quedó pensativa durante unos segundos. Finalmente respondió:

—La culpa de todo la tiene mi hermano. De verdad, siento mucho que os esté causando tantos problemas. —Tras decir estas palabras, alzó la mirada con cierta frialdad y se retiró con delicadeza el cabello que le caía por la nuca con el meñique de la mano derecha—. Pero lo cierto es que no te entiendo. Puede que mi hermano y yo no entendamos nada, pero creo que deberíamos aprovechar esta situación. Que un maestro tan prestigioso hable tan bien de Kazuko y quiera apoyarla es algo que no deberíamos desaprovechar. Si es posible, me gustaría pedirle ayuda para que fomente su talento, pero siempre que hablo de este tema te enfadas. ¿Por qué tienes que ser tan cabezota? —dijo finalmente casi tropezando con las palabras y soltó una irónica risa.

Mi padre dejó de comer y contestó:

—Aunque intentáramos fomentarlo, no serviría de nada. Su talento no es para tanto. Simplemente será algo famosa por una temporada, solo porque despertará la curiosidad de los demás, y luego terminará llevando una vida poco adecuada. Además, a Kazuko le asusta la idea. Lo mejor que le puede ocurrir a una mujer es encontrar algún día a un buen hombre con quien casarse y convertirse en una buena madre. Lo que estáis intentando hacer tu hermano y tú es satisfacer vuestra propia vanidad y codicia utilizando a la niña —concluyó severamente.

Mi madre, sin prestarle ninguna atención a mi padre, se puso a sacar la olla del *shichirin*<sup>[53]</sup> que estaba a mi lado, pero lo hizo bruscamente y de pronto exclamó: «¡Ay!», mientras se llevaba el pulgar y el índice de la mano derecha a los labios:

—¡Uf, qué caliente! Me he quemado. Pero mi hermano no lo está haciendo con mala intención, ¿sabes? —dijo y después apartó la mirada.

Esta vez, mi padre, con la paciencia agotada, dejó los palillos en la mesa y gritó:

—¿Pero cuántas veces tengo que repetírtelo?! ¡Estáis intentando abusar de Kazuko!

Después se ajustó ligeramente las gafas con la mano izquierda y ya estaba dispuesto a seguir hablando, cuando de pronto mi madre empezó a llorar. Se secó las lágrimas con el delantal y se puso a hablar sin tapujos sobre el sueldo de mi padre, lo que costaba nuestra ropa y todo lo que tenía que ver con el dinero que gastábamos. Mi padre nos hizo un gesto con la cabeza para que saliésemos de la habitación, así que cogí a mi hermano y nos fuimos al cuarto de estudio. Se pasaron una hora entera discutiendo.

Mi madre es, por lo general, bastante simpática, pero cuando se pone nerviosa exagera mucho todo lo que dice. En esas ocasiones, me cuesta escucharla y me avergüenzo un poco de ella. Al día siguiente, mi padre aprovechó al volver del trabajo para ir a visitar al maestro Iwami, darle las gracias y pedirle disculpas. Por la mañana me había pedido que lo acompañara, pero no sé por qué, me dio miedo y empezó a temblarme el labio inferior, por lo que no me atreví. Cuando mi padre volvió a casa a eso de las siete de la tarde, nos contó a mi madre y a mí que el señor Iwami era, a pesar de su juventud, una persona muy respetable. Comprendió muy bien mi situación e incluso se disculpó, ya que le confesó que lo cierto era que no le gustaba demasiado incitar a chicas tan jóvenes a que se conviertan en escritoras. No lo dijo claramente, pero era bastante obvio que había escrito aquella carta porque mi tío le había insistido mucho. Le pellizqué la mano a mi padre con cariño y sonrió cerrando ligeramente los ojos protegidos tras sus gafas. A mi madre parecía que se le había olvidado todo lo de la noche anterior y solo asentía en silencio a todo lo que decía mi padre.

Desde entonces mi tío empezó a visitarnos con menos frecuencia y cuando venía, mantenía las distancias conmigo y nunca se quedaba mucho rato. Acabé olvidándome totalmente de los relatos. Cuando volvía de clase me ponía a cuidar las flores del jardín, hacía la compra, echaba una mano en la cocina, ayudaba a mi hermano con las tareas, cosía, estudiaba, le daba masajes a mi madre, etc. Pasaba los días ayudando a todo el mundo y eso me hacía estar de muy buen humor.

Pero aún me esperaba otra tormenta. Yo estaba en el cuarto año de secundaria cuando, de repente, el profesor Sawada, el que había sido mi tutor durante la primaria, se presentó un día en casa para felicitarnos el año nuevo. Fue un poco inesperado pero mis padres, al sentir algo de nostalgia por aquellos días, le recibieron con mucha alegría. El profesor Sawada nos contó que había dejado el colegio y que ahora llevaba una vida tranquila ejerciendo de profesor particular. A pesar de sus palabras, la impresión que me dio fue totalmente opuesta a lo que se entiende por tranquilidad. Debía de tener la misma edad que mi tío, pero parecía muchísimo mayor, casi como si rondase los cincuenta. Siempre había aparentado más edad de la que tenía, pero en cuatro o cinco años que no nos habíamos visto, parecía agotado y daba la sensación de que había envejecido veinte. Cuando reía, además de dar la

impresión de que lo hacía de forma forzaba, aparecían unas toscas arrugas en sus mejillas que, más que dar pena, resultaban de lo más desagradables. Llevaba el pelo muy corto, como siempre, pero le habían salido muchas canas. Podría decirse que se comportaba como siempre, si no fuera por el pequeño detalle de que ahora me halagaba sin parar. Que si yo era guapa, elegante y demás. Me halagaba con tanto descaro que me costaba seguir escuchándole. Además, por su forma de tratarme parecía que yo estaba en una posición superior a la suya. Me agobió tanto que me hizo sentir muy incómoda. Les repetía a mis padres una y otra vez anécdotas sin importancia de la época en que era mi profesor en el colegio. Finalmente, cuando ya lo había olvidado por completo, sacó de nuevo a relucir el tema de los relatos:

—Es una pena desaprovechar un talento así. Por aquel entonces, yo no estaba muy interesado en las redacciones de los alumnos y tampoco sabía cómo estimular su talento a través de ellas, pero ahora he cambiado. He estado estudiando bastante sobre este tema y confío en mi método de enseñanza. ¿Qué te parece, Kazuko? Retomaremos tus relatos, bajo mi supervisión y de una manera distinta. Te aseguro que...

Al parecer había bebido bastante y creo que por eso siguió exagerando. Luego se puso muy pesado y empezó a decir que nos diésemos la mano. Mientras, vi que mis padres se reían, aunque me dio la impresión de que en realidad no les hacía mucha gracia. Sin embargo, aquello que nos dijo borracho el profesor Sawada aquel día no era ninguna broma. Unos diez días más tarde volvió a nuestra casa muy serio y me dijo:

—Muy bien, empecemos poco a poco por la práctica básica de la redacción.

Ante la determinación que mostraba, no supe cómo reaccionar. Al cabo de un tiempo nos enteramos de que, debido a un problema que había causado en las clases de preparación para los exámenes de ingreso, el colegio había despedido al profesor Sawada. Las cosas empezaron a irle mal desde entonces y decidió visitar a las familias de sus antiguos alumnos para que le contratasen como profesor particular para ganarse la vida. Por lo visto, tras su visita sorpresa en año nuevo, le escribió una carta en secreto a mi madre en la que le hablaba exageradamente bien de mí. No se olvidó, por supuesto, de recordarle la popularidad que tenían últimamente los relatos cortos, y puso como ejemplo a una chica que estaba haciéndose famosa gracias a ellos. Como mi madre sí quería que siguiese escribiendo, le dijo que podía venir a casa una vez por semana para ayudarme. A mi padre le dijo que lo hacía por el profesor Sawada ya que su situación económica era bastante precaria. Mi padre no pudo oponerse porque yo era antigua alumna suya<sup>[54]</sup>.

Comenzó a venir los sábados. Cuando estábamos en el cuarto de estudio me atosigaba con cosas ridículas hablándome en voz baja y no podía aguantarlo. No entendía por qué me repetía una y otra vez cosas normales y corrientes como si tuviesen una gran importancia:

—Para escribir frases, primero hay que dominar perfectamente el uso de las

partículas. Es incorrecto decir «Taro juega el jardín». Tampoco se puede decir «Taro juega al jardín». Lo correcto sería decir «Taro juega en el jardín». —No pude evitar soltar una pequeña risa, a la que él respondió con una intensa mirada llena de rencor y después suspiró profundamente—. No tienes respeto. Aunque poseas un gran talento, tienes que ser honesta, o nunca vas a llegar a ninguna parte. ¿Has oído hablar de una célebre muchacha llamada Masako Terada? Nació en una familia pobre y tuvo una infancia muy difícil. Aunque ella quería profundizar en sus estudios, sus padres no podían permitirse comprarle los libros que necesitaba. Aun así, era una chica honesta que hizo caso a su maestro y por eso pudo crear una obra maravillosa. Imagino que también fue una experiencia muy reconfortante para él. Si tú fueses más honesta, podría hacerte llegar al nivel de la señorita Masako Terada. Es más, tú vives en un entorno más propicio, por lo que podría convertirte en una escritora todavía mejor. Soy consciente de que mi método es mucho más avanzado que el de su profesor, porque yo sé tratar la educación desde un punto de vista moral. ¿Conoces a Rousseau? Jean-Jaques Rousseau, de mil seiscientos, no, de mil setecientos, espera, de mil novecientos... Sí, sí. Ríete todo lo que quieras. Eres demasiado engreída. Te crees superior y desprecias a tu maestro. Hace mucho tiempo, en China, había un hombre llamado Yan Hui<sup>[55]</sup>...

Así eran sus clases. Al cabo de una hora dejaba de hablar de repente como si nada y me decía que seguiríamos la semana siguiente. Entonces salía del cuarto de estudio y se iba a la sala de estar a charlar con mi madre un rato antes de marcharse. Sé que no está bien que hable mal de un profesor con el que tuve algo de relación, aunque fuese mínima, en el colegio, pero lo cierto es que me dio la sensación de que el profesor Sawada estaba algo senil. Consultaba constantemente su pequeña agenda y me decía cosas muy básicas que yo ya tenía más que asumidas.

—Para escribir, las descripciones son fundamentales. Si no sabes describir bien las cosas, no se entiende qué quieres decir. Por ejemplo, para describir un escenario nevado... —dijo guardando la agenda en el bolsillo del pecho. De pronto, se giró bruscamente y se puso a contemplar los copos de nieve que caían por la ventana como si de una representación teatral se tratase—. No se puede decir que nieva a cántaros. Así no se puede expresar la intensidad con la que cae la nieve. Tampoco puedes decir que nieva a borbotones. Entonces, ¿y si dijeras que los copos caen revoloteando? No, no es suficiente. *Murmurando*, eso estaría mejor. Estamos acercándonos al aspecto de la nieve. ¡Qué interesante! —se celebró a sí mismo mientras agitaba la cabeza. Cruzó los brazos y continuó—: ¿Qué tal si digo chop, chop? Bueno, eso se asemeja más a la lluvia de primavera. ¿Al final nos quedamos con *murmurando*? ¡Ah!, ¡no quedaría mal que dijéramos *murmurando* y *revoloteando*! *Murmurando* y *revoloteando*... —dijo en voz baja mientras entornaba los ojos, como si disfrutase saboreando la expresión. De pronto, exclamó—: ¡No! No es suficiente. Veamos. *Los copos de nieve revolotean por el aire y se esparcen como si fuesen plumas de oca*<sup>[56]</sup>. Al final, las frases antiguas siempre son las mejores.

Plumas de oca, ¡qué expresión tan lograda! ¿Verdad, Kazuko? —dijo, y por primera vez quiso saber mi opinión.

La verdad es que odiaba profundamente a aquel señor, pero al mismo tiempo me daba lástima. Me entraban ganas de llorar cuando estaba con él, pero a pesar de eso aguanté unos tres meses de sus clases absurdas, hasta que un día le confesé a mi padre como eran en realidad. Le dije que no le soportaba y que no quería volver a verle jamás. Mi padre se quedó muy sorprendido de oírme decir aquello. Nunca le había gustado la idea de que tuviese un profesor privado, pero el argumento de que el profesor Sawada lo estaba pasando mal era irrefutable y por eso había aceptado que viniese. Creyó que me ayudaba con los estudios y jamás pensó que sus clases de redacción fuesen tan estúpidas. Nada más terminar nuestra conversación, se puso a discutir con mi madre. Yo no podía dejar de llorar mientras escuchaba sus gritos desde el cuarto de estudio. Sentí que era la peor hija del mundo por haberles causado tantos problemas, y en aquel momento hubiese preferido seguir recibiendo clases de redacción o de cualquier otra cosa antes que causar tantos disgustos si con ello hubiera podido ver contenta a mi madre, pero es que no podía más. Ya no soy capaz de escribir nada. Nunca he tenido ese talento del que todos hablaban. Seguro que el profesor Sawada es capaz de describir mejor que yo la forma en la que cae la nieve. ¡Qué tonta soy, yo que me reía del profesor Sawada y ni siquiera soy capaz de hacer nada por mí misma! Jamás se me habría ocurrido una idea tan lograda como la de *murmurando y revoloteando*. Me sentía muy, pero que muy mal escuchando los gritos de mis padres en la sala de estar.

Mi padre consiguió por fin convencer a mi madre tras aquella discusión y el profesor Sawada dejó de venir a casa, pero desde entonces, comenzaron a ocurrir nuevas desgracias. Una chica de dieciocho años llamada Fumiko Kanazawa, que vivía en Fukagawa, Tokio, escribió un relato y se hizo muy famosa. Mi tío vino a casa y nos contó que el libro de aquella chica había vendido muchísimo más que cualquiera de los libros de los grandes maestros y que se había hecho muy rica en muy poco tiempo. Se lo contó a mi madre con tanta pasión que parecía que había sido él el que se había hecho rico. Mi madre volvió a excitarse con la idea y un buen día, mientras recogía la cocina, me dijo entusiasmada:

—Tú también tienes talento. Si te pusieses a ello en serio lo harías muy bien. ¿Por qué no has querido intentarlo nunca? Hoy día las cosas ya no son como antiguamente. Ahora aunque seas una mujer, no tienes por qué esconderte en casa. Intenta escribir algo con la ayuda de tu tío. Él es distinto al profesor Sawada, ha estudiado en la universidad y eso es muy importante. Si puedes ganar tanto dinero, seguro que tu padre lo tolerará.

Entonces mi tío volvió a visitarnos de nuevo casi todos los días. Me llevaba al cuarto de estudio y me decía:

—Comienza escribiendo un diario. Escribe exactamente lo que has vivido y sentido durante el día. Eso ya se podría considerar literatura.



Luego se ponía a contarme teorías rebuscadas que yo no entendía muy bien, pero como no tenía intención de escribir nada, dejaba que hablase sin prestarle atención. Mi madre es una persona que se entusiasma con facilidad y que después se olvida, así que, como ocurre siempre, estuvo muy emocionada durante el primer mes y luego dejó de darle importancia al asunto. Pero mi tío seguía insistiendo y decía con mucha seriedad:

—Esta vez me he propuesto convertirla en una escritora de verdad. Kazuko no puede elegir otro futuro que no sea ese. Una niña con un talento tan poco común nunca será una esposa normal y corriente, y por eso debería dejar todo lo demás y esforzarse al máximo con la escritura.

Solo se dedicaba a vociferar este tipo de cosas cuando mi padre no estaba en casa. A mi madre no le hacía demasiada gracia que hablase tan mal de mí, y por eso le sonreía con una expresión triste y le decía:

—¿Tú crees? Pobrecita, ¿no?

Al año siguiente terminé el instituto. Ahora pienso que a lo mejor mi tío tenía razón. A día de hoy sigo odiando a muerte la predicción diabólica que me lanzó y aun así, por otro lado, una parte de mí piensa que tenía algo de razón. Soy una mujer inútil. Estoy convencida de que soy tonta. Últimamente no soy capaz ni de entenderme a mí misma. Mi carácter cambió súbitamente cuando terminé los estudios. Me aburre la vida cotidiana: ayudar en casa, cuidar las flores del jardín, practicar con el *koto*<sup>[57]</sup> o cuidar de mi hermano pequeño. Todo me parece estúpido. Además, últimamente me paso el día leyendo a escondidas novelas para adultos. ¿Por qué será que todas las novelas hablan de la maldad oculta del ser humano? Me he convertido en una mujer que imagina de vez en cuando cosas obscenas. Ahora sí que me gustaría escribir las cosas tal cual las he vivido y sentido para disculparme ante Dios, pero no tengo valor. Lo que quiero decir en realidad es que no tengo talento para ello. Cada vez me siento más angustiada, como si tuviese una olla oxidada plantada sobre mi cabeza. No soy capaz de escribir, aunque lo cierto es que últimamente tengo ganas de hacerlo. El otro día, por practicar un poco, escribí en la agenda sobre una tontería que se me ocurrió una noche y se lo entregué a mi tío para que lo leyese. Antes de llegar a la mitad del relato, dejó la agenda y me dijo muy seriamente:

—Kazuko, deja ya de intentar ser escritora.

Resulta que ahora, de vez en cuando, como si me estuviese aconsejando pero siempre con una amarga sonrisa, me dice que para crear una obra literaria hace falta tener un talento especial. Por el contrario, mi padre ha cambiado de opinión y suele decirme sonriendo que, si de verdad me interesa, puedo intentarlo. Cuando mi madre oye hablar de la señorita Fumiko Kanazawa o de otras chicas que también se han hecho famosas gracias a la literatura, vuelve a entusiasmarse y me dice:

—Tú también eres capaz de escribir bien si te lo propones. ¡Qué pena que no le pongas empeño! Hace muchos años, cuando Chiyo-ni<sup>[58]</sup> visitó a su maestro para



pedirle lecciones de *haiku*, este le dijo que compusiese uno sobre los cucos. Enseguida escribió varios y se los enseñó, pero el maestro los rechazó diciendo que no eran suficientemente buenos. Chiyo-ni pasó la noche entera sin dormir pensando en el *haiku* y, cuando se dio cuenta de que ya había amanecido, escribió sin prestar mucha atención: «Cuco, cuco toda la noche / Y al fin / ¡La aurora!». Se lo enseñó al maestro y este le dio la enhorabuena. ¿Ves? Para cualquier cosa hay que tener constancia. —Tomó un sorbo de té y murmuró en voz baja y llena de asombro—: «Cuco, cuco toda la noche / Y al fin / ¡La aurora!». Lo cierto es que lo hizo muy bien.

Madre, yo no soy Chiyo-ni. Soy una inútil aficionada de la literatura que no es capaz de escribir nada. El otro día me entró sueño mientras leía una revista metida en el *kotatsu*<sup>[59]</sup> y se me ocurrió que el *kotatsu* era una caja para que el ser humano durmiese. Escribí un relato sobre ello y se lo enseñé a mi tío, pero ni siquiera lo terminó. Más tarde volví a leerlo y no pude encontrarle nada interesante. ¿Qué podría hacer para escribir un buen relato? Ayer le mandé una carta al maestro Iwami en secreto y en ella le pedí que no se olvidase de aquella niña prodigio que conoció siete años atrás. A lo mejor algún día me vuelvo loca.

## VERGÜENZA

Kikuko:

¡Qué vergüenza! ¡He hecho el mayor ridículo de mi vida! No puedes ni imaginar lo roja que he podido ponerme. Ni aunque me revolcara por el campo y me pusiera a gritar, sería capaz de expresar como me siento. Me viene a la cabeza una frase del Segundo Libro de Samuel: «Entonces Tamar tomó ceniza y la esparció sobre su cabeza, rasgó la túnica de varios colores que llevaba puesta y se fue gritando con las manos sobre la cabeza»<sup>[60]</sup>. Pobrecita, Tamar. Cuando una mujer joven siente tanta vergüenza como ella, le entran ganas de echarse ceniza a una misma y ponerse a llorar, ¿no crees? Entiendo a Tamar perfectamente.

Kikuko, creo que al final tenías razón. Los escritores son todos escoria, son lo peor. No, son monstruos. Son horribles. He hecho algo de lo que me avergüenzo muchísimo. Nunca te lo había dicho, pero llevo un tiempo enviándole cartas al señor Toda, el escritor. Al final, lo acabé visitando y créeme, pasé el mayor ridículo de mi vida. ¡Vas a pensar que soy una idiota después de leer esta carta!

Comenzaré desde el principio. A primeros de septiembre, decidí escribirle una carta, con tono bastante pretencioso, todo hay que decirlo, al señor Toda, el escritor. Decía así:

«Estimado señor Toda:

Siento molestarle. Le escribo sabiendo que esto que hago no es muy normal. Imagino que sus novelas nunca han tenido muchas seguidoras femeninas. Las mujeres solo leen libros llenos de publicidad. Eso es porque no tienen mucho gusto propio. Solo se interesan por los libros que leen los demás para satisfacer su vanidad. Sienten una admiración profunda hacia la gente pedante y adoran las teorías inútiles. Estimado señor, perdone mi atrevimiento, pero me da la impresión de que usted sabe poco de la vida. Tampoco me da la impresión de que tenga estudios. Conocí sus novelas el verano pasado y creo que ya me las he leído casi todas. Es así como he llegado a saber sobre su vida, su aspecto y circunstancias. No hace falta que uno tenga la necesidad de conocerle en persona para darse cuenta de que no tiene ninguna seguidora femenina. Usted confiesa sin tapujos que es horriblemente pobre, tacaño, feo y sucio. También habla sobre sus discusiones matrimoniales, sobre su enfermedad, su adicción al *Shōchū*<sup>[61]</sup> y su costumbre de chupar los tentáculos de pulpo cuando se los ponen delante en un plato. Sobre cómo se queda dormido en el suelo tras armar un buen follón, sobre todas las deudas que tiene y sobre muchas otras cosas sucias y deshonorosas que, permítame que se lo diga, afectan de forma muy negativa a su persona. No debe hacer cosas así, señor Toda. Las mujeres, por instinto, apreciamos la limpieza. Aunque al principio podamos sentir compasión al leer sus relatos, una vez empieza usted a hablar sobre como se está quedando calvo y sobre todos los dientes que le faltan, nos invade una terrible sensación de amargura que nos incomoda ligeramente. Siento decirselo, pero a muchas nos entran tentaciones de aborrecerle. Además, usted suele afirmar que frecuenta a las mujeres de esos lugares sucios que ni siquiera soy capaz de pronunciar. ¡Eso ya es incalificable! Incluso he llegado a tener que taparme la nariz al leer alguno de los fragmentos que usted dedica a sus andanzas. Es normal que todas las mujeres del mundo, hasta la última, le aborrezcan y se escandalicen con

lo que usted cuenta. Tengo que leer sus novelas a escondidas, sin que ninguna de mis amigas lo sepa. Si alguna de ellas se enterase, seguro que se burlaría de mí, dudaría de mi personalidad y rompería su amistad conmigo. Por favor, debe usted reflexionar un poco sobre sí mismo, señor Toda. Aun así, a pesar de su carencia de estudios, de su pobre estilo literario, de su personalidad más bien innoble, de su falta de consideración para con el género femenino y de su poca inteligencia, encuentro una cierta tenue melancolía en el fondo, muy en el fondo, de sus relatos. Yo aprecio esa melancolía, créame. Es algo que no entenderán el resto de las mujeres. Como ya le había comentado antes, las mujeres suelen leer libros solo por vanidad, les gustan los temas como el amor aparentemente elegante en lugares de veraneo o bien las novelas ideológicas de tipo occidental. Pero yo, al no interesarme solo por eso, he llegado a la conclusión de que la melancolía contenida en sus obras es algo digno de respeto. Por favor, no se desespere por tener tan mal aspecto, por las cosas feas que haya podido hacer en el pasado o incluso por el hecho de escribir tan mal, y mantenga esa melancolía única que anida en usted, foméntela. Cuide su salud, estudie filosofía o idiomas e intente profundizar en sus ideas un poco más. Le hará bien. Y si algún día en el futuro consigue ordenar su originalidad filosóficamente, la gente ya no se reirá de sus novelas como lo hacen hoy en día y creo que su personalidad también se perfeccionará. En ese caso, yo también me quitaría la máscara y le facilitaría mi nombre y mi dirección para poder así verle en persona. Sin embargo, de momento, me gustaría mantenerme en el anonimato. Mientras tanto, le mando ánimos desde la distancia. Déjeme aclarar que esta no es una *fan letter*. Le pido por favor que no le enseñe esta carta a su esposa o a nadie que pudiera hacer bromas vulgares sobre el hecho de que usted haya conseguido una admiradora femenina. Yo tengo mi orgullo».

Sí, Kikuko, eso fue lo que le dije en mi primera carta. Llamarle «Estimado señor» fue algo incómodo, pero el señor Toda y yo tenemos una diferencia de edad considerable, lo que me impide tutearle, además de que no quería mostrarme demasiado cercana. Pensé también en el caso de que el señor Toda se pusiese a presumir e intentase algo raro conmigo. Tampoco le admiro tanto como para llamarle *maestro*, aparte de que, como ya te dije, no tiene tantos estudios como para hacerse merecedor de ese calificativo. Por eso decidí dirigirme a él como «Estimado señor», pero, pensándolo ahora fríamente, me parece que suena un poco raro, la verdad. Aun así, no tuve remordimientos cuando fui a echar la carta al buzón. Estaba segura de que había hecho algo bueno. Sienta bien echarle una mano a alguien que lo necesita. Pero en aquella carta tuve buen cuidado de no ponerle ni mi dirección ni mi nombre. Compréndelo: me daba miedo. Mamá se moriría del susto si el tipo se nos presentase en la puerta de nuestra casa todo borracho y desarreglado. Incluso podría llegar a chantajearnos para que le prestásemos dinero o algo. De todos modos, era una persona extraña y a saber qué tipo de cosas nos podría hacer. Me gustaría haberme mantenido en el anonimato. Pero, Kikuko, no pude. Simplemente no pude.

Antes de que hubiese pasado un mes desde mi primera carta, ocurrió algo sorprendente que hizo que tuviese que escribirle de nuevo. Y, además, esta vez decidí que era imprescindible incluir en esa segunda misiva mi dirección y mi nombre.

Kikuko, cuando leas lo que le conté en la segunda carta, te darás cuenta de que soy una chica de lo más miserable. Por favor, no te rías de mí.

«Señor Toda:

Le confieso que me ha sorprendido usted mucho. ¿Cómo ha conseguido usted adivinar mi verdadera identidad? ¡Exacto, mi nombre es Kazuko! Además, soy hija de un profesor y tengo veintitrés años. Me ha identificado usted con gran maestría, estoy verdaderamente sorprendida. Cuando leí su nueva obra en el número de este mes de *El Mundo de la Literatura*, me quedé simplemente atónita. Efectivamente, a

ustedes los escritores no se les escapa ni una. ¿Cómo lo ha sabido? ¡Es más, me ha leído la mente! En su relato usted dice: “Hasta he llegado a imaginar cosas obscenas”. Esa ironía mordaz que usted demuestra hacia mí me ha sorprendido y me ha parecido un gran progreso en lo que se refiere a los defectos de los que le hablaba en mi primera carta.

Me alegra mucho que aquella carta anónima mía le haya despertado la creatividad tan pronto. Que el apoyo de una mujer le ayudase a mejorar tan notablemente era algo que ni me podía imaginar cuando la escribí. Según dice la gente, hasta los grandes maestros como Victor Hugo o Balzac llevaron a cabo muchas de sus mejores obras gracias al consuelo y ayuda de las mujeres que los rodeaban. Yo también he decidido ayudarle en lo que pueda, aunque sea poco. ¡Anímese, por favor! No tiene de qué preocuparse. Le escribiré de vez en cuando. Es cierto que su último relato muestra un progreso notable que, aunque sea tímidamente, presenta cierta disección de la psicología femenina e incluso contiene algunas partes brillantes que admiro sinceramente. Pero también quedan algunas partes que no llegan a ser lo suficientemente buenas. Como soy una mujer joven, a partir de ahora intentaré mostrarle distintos sentimientos y formas de pensar propias de las mujeres. Algo me dice que usted tiene un gran futuro por delante. Imagino que sus obras también irán mejorando con el tiempo. Por favor, lea más libros buenos y adquiera usted más conocimientos relacionados con la filosofía. Si le faltan conocimientos, nunca llegará a ser un gran escritor. Y cuando algo le haga sufrir, no dude usted en escribirme y confiarme sus cuitas.

Ya que me ha descubierto, voy a quitarme la máscara. Mi nombre y mi dirección son los que vienen escritos en el sobre que le he mandado. No se preocupe, no se trata de un nombre falso. En caso de que usted consiga perfeccionar su personalidad, le prometo que algún día iré a verle, pero, por ahora, permítame, por favor, dejarlo así, simplemente escribiéndonos cartas. Y no sufra. Continuaré escribiéndole cartas. De verdad, quiero que sepa que me ha sorprendido mucho su perspicacia. ¡Es que hasta ha sido capaz de adivinar mi nombre correctamente!

Imagino, solo imagino, el entusiasmo que usted sintió por aquella carta que le mandé hace un tiempo. Se la habrá enseñado sin duda a todos sus amigos y, tomando como pista el matasellos o algún detalle del sobre, y con la ayuda de la editorial de algún periódico, habrá descubierto mi nombre. ¿No es cierto? Ay, como cambian los hombres cuando reciben cartas de mujeres. Por favor, escríbame explicándome como ha averiguado exactamente mi nombre y mi edad. Sepa que pienso escribirle durante muchos años. A partir de ahora mis cartas serán de lo más amables, pierda cuidado.

Cúidese».

Kikuko, mientras te copiaba esta segunda carta he tenido que parar unas cuantas veces para no echarme a llorar. Es como si todo mi cuerpo estuviese cubierto por una especie de sudor grasiento. Comprende mi dolor. ¡Estaba completamente equivocada con el señor Toda! Resulta que el señor Toda no había escrito una palabra sobre mí ni me había prestado la más mínima atención. Eran todo imaginaciones mías. Ay, ¡qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! Querida Kikuko, compadécete de mí. Te sigo contando.

¿Has leído el relato corto titulado «Nanakusa» que apareció publicado este mes en *El Mundo de la Literatura*? Ese era el relato del señor Toda del que te hablé. Cuenta la historia de una chica de veintitrés años que tiene miedo al amor y odia el placer, por lo que acaba casándose con un anciano rico de sesenta años, pero, al final, tampoco es feliz, por lo que se suicida. Es un relato un poco crudo y sombrío, pero se nota el estilo del señor Toda. Tras leerlo, estaba totalmente convencida de que de verdad se había basado en mí para escribirlo. No sé por qué, pero fue empezar a leerlo y me puse pálida. ¡Es que la chica se llama Kazuko!, ¿vale? ¡Y tiene veintitrés años, igual que yo!, ¿entiendes? Hasta el padre era profesor de universidad, como el mío. El resto no tiene nada que ver conmigo ni con mi vida, pero no sé por qué, me convencí de que él había creado ese personaje inspirándose en la carta que yo le había mandado. Ese fue el origen de esta gran vergüenza que siento ahora. Cuatro o cinco

días después de mandarle la segunda carta, recibí una postal del señor Toda:

«Estimada señora:

En respuesta a su amable carta, le agradezco su apoyo. También leí la carta anterior que usted me mandó. Jamás me atrevería a hacer nada tan grosero como reírme de una carta enseñándosela a mi familia. Tampoco me he burlado de usted enseñándosela a mis amistades. Sobre esos asuntos no tiene nada de lo que preocuparse. Me comunica usted que me permitirá verla cuando consiga perfeccionar mi personalidad, pero ¿es posible para un ser humano perfeccionarse a sí mismo?

Un cordial saludo».

Sentí una rabia enorme, aunque tras recibir aquella postal me di cuenta de que los escritores tienen toda una retórica excelente. Me pasé el día entero distraída y al día siguiente me entraron ganas de ir a ver al señor Toda y decirle lo que sentía. «Al menos tengo que darle la oportunidad de que nos veamos. Seguramente esté sufriendo. Si no lo visito ahora mismo, puede que empeore. Seguro que estará esperando a que vaya».

Enseguida empecé a prepararme. Kikuko, ¿crees que para ir a visitar a un pobre escritor que vive en un piso de un solo cuarto podía ir vestida con mis mejores galas? De ninguna manera podría hacer eso. ¿Recuerdas aquella vez cuando las organizadoras de una asociación femenina solidaria hicieron una visita a un barrio pobre vestidas con boas de zorro? Aquello provocó un gran escándalo. Hay que tener cuidado con esas cosas. Según lo que contaba en sus novelas, el señor Toda no tenía suficiente ropa y por toda vestimenta llevaba un *dotera*<sup>[62]</sup> de estar por casa. El suelo de tatami de la casa estaba roto y tenía hojas de periódico puestas por toda la estancia que cubrían los desperfectos. Creí que si iba a visitarle a una casa tan pobre con el vestido de color rosa que me acababa de comprar, habría hecho que él y su familia se sintiesen inferiores y les habría incomodado. Aquello habría supuesto una falta de respeto hacia su familia. Finalmente, decidí ponerme una falda llena de remiendos que solía usar cuando iba al colegio. También me puse una chaqueta amarilla que hacía mucho que no usaba, de cuando iba a esquiar. Aquella chaqueta ya me quedaba pequeña y las mangas me llegaban casi a la altura de los codos. Además, la tela del extremo de las mangas estaba toda descosida y le colgaban algunos hilos de lana, por lo que era perfecta para la ocasión. Además, como sabía por sus novelas, el señor Toda sufría brotes de beriberi todos los años cuando se acercaba el otoño, así que se me ocurrió llevarle una de las mantas que tenía en mi cama envuelta en un *furoshiki*, para que, cuando estuviese escribiendo, pudiese envolverse las piernas con ella. Salí por la puerta trasera para que mi madre no se enterase. Como ya sabes, uno de mis dientes incisivos es falso y se puede retirar, así que cuando iba en el tren, me lo quité para parecer más fea. Si no recordaba mal, el señor Toda contaba en sus relatos que tenía la dentadura destrozada, así que para no avergonzarle y evitar que se sintiese peor aún de lo que se sentía, decidí mostrarle que yo tampoco tenía los dientes muy bien que se dijera. Me alboroté el pelo y me hice pasar por una mujer poco agraciada

y pobre. Qué delicadeza hay que tener para animar a una persona débil, pobre y sin estudios como él.

La casa del señor Toda estaba a las afueras de la ciudad. Bajé del tren, pregunté en un puesto de policía y encontré la casa sin problemas. Pero Kikuko, la casa no estaba en un edificio cochambroso ni era de esas de un solo cuarto. De eso nada. Era una casa tradicional, y, aunque pequeña, daba buena impresión y estaba limpia. Tenía un jardín bien cuidado y las rosas de otoño estaban en flor. Todo fue muy rápido. Abrí la puerta y vi un arreglo floral decorado con margaritas en un recipiente colocado sobre el armario zapatero. La señora de la casa, tranquila y muy elegante, salió para recibirme y me hizo una reverencia. Al principio dudé y creí que me había equivocado de casa.

—Esto... ¿Es esta la casa del señor Toda, el escritor? —le pregunté temerosamente.

—Sí, aquí es. —La sonrisa de la señora (supuse que era su esposa) al responderme con tanta ternura me desarmó completamente.

—Y el maestro... —Usé la palabra «maestro» inconscientemente—. ¿Está el maestro?

La mujer me acompañó al despacho del señor Toda. Me encontré con un hombre de semblante serio sentado muy correctamente frente a un escritorio. No llevaba *dotera*, ni nada que se le pareciese. Llevaba un kimono de invierno de tela gruesa de color azul oscuro y un *obi* de color negro con una raya blanca que lo atravesaba.

El despacho recordaba a uno de esos cuartitos reservados para la ceremonia del té. El *tokonoma*<sup>[63]</sup> estaba adornado con un *kakejiku*<sup>[64]</sup> en el que había escrita una poesía en chino. No había ni una sola letra que yo pudiese leer, parecía como escrita en un idioma ignoto. Había un bonito arreglo floral de hiedra colocado elegantemente sobre una cesta de bambú. Al lado del escritorio, había muchísimos libros amontonados.

Al señor Toda no le faltaba ningún diente. Tampoco era calvo. Tenía el rostro bien definido y la verdad es que era bastante guapo. No daba ninguna impresión de suciedad. No podía imaginarme a aquella persona tirada en el suelo borracho de *shōchū*.

—Verle así en persona es totalmente distinto a lo que hace creer en sus novelas —le dije recobrando el ánimo.

—Ah, ¿sí? —me contestó en voz muy baja. Parecía que no tenía mucho interés en mí.

—¿Cómo llegó a saber tanto sobre mí? Había venido para preguntarle eso —le dije para intentar quedar algo mejor.

—¿Cómo? —Daba la sensación de que no entendía a qué me refería.

—Yo ocultaba mi nombre y mi dirección, pero usted los descubrió. El otro día le escribí una carta donde le preguntaba sobre este asunto.

—Qué raro. No la conozco a usted en absoluto. —Me miró fijamente con sus ojos

claros y de repente se empezó a reír.

—¿¡Pero qué dice!?! —Noté que empezaba a perder la compostura—. Entonces usted no entendió en absoluto nada de lo que le escribí en aquella carta y no me ha dicho nada. ¡No hay derecho! Habrá pensado usted que soy estúpida.

Me entraron ganas de echarme a llorar allí mismo. Había interpretado todo como me había dado la gana. ¡Qué ridículo! Kikuko, no puedes ni imaginar qué roja me puse. Ni aunque me revolcara por el campo y me pusiera a gritar, sería capaz de expresar como me siento.

—Entonces devuélvame todas las cartas que le mandé, por favor. ¡Qué vergüenza! ¡Devuélvamelas, por favor!

El señor Toda afirmó con la cabeza manteniendo la seriedad de su rostro. Puede que se hubiese enfadado un poco. Leí en su mirada lo que estaba pensando: «¡Qué desastre de mujer!».

—Intentaré buscarlas, descuide. Como no puedo guardar toda la correspondencia que recibo a diario, puede que no se encuentren aquí, pero le diré a mi mujer que las busque luego. Si las encuentra se las mandaré. Fueron dos, ¿no es así?

—Sí, dos.

¡Qué miserable el señor Toda!

—Sí. Recuerdo que decía usted algo de que en mi último relato había incluido algunas referencias a su vida, pero yo jamás uso modelos reales para mis escritos. Todo es ficción. Para empezar, en su primera carta... —Se calló de repente y bajó la cabeza—. Lo siento mucho... —dijo.

De pronto me vi a mí misma allí, una miserable mendiga a la que le faltaba un diente en medio de aquella habitación tan limpia y arreglada, con una chaqueta demasiado pequeña con las mangas descosidas y una falda repleta de apaños. Seguro que pensó que era una pobre mujer totalmente estúpida. ¡Los escritores, te lo juro, son todos unos monstruos! ¡Unos mentirosos! Fingen ser pobres aun siendo ricos. Provocan compasión en la gente diciendo que son feos pero en verdad tienen un rostro envidiable. Hacen el tonto afirmando que no tienen estudios cuando en realidad han estudiado mucho. Afirman estar discutiendo todo el día con sus esposas cuando lo cierto es que las aman con locura. Fingen dar pena aunque no sufran. ¡Me sentía totalmente engañada por él! Hice una reverencia en silencio, me levanté y le dije:

—¿Cómo está de su enfermedad? Recuerdo que sufría de beriberi.

—Estoy bien de salud, gracias. No sufro de nada.

Le había llevado una manta, pero al final me la tuve que traer de vuelta a casa. Kikuko, me pasé todo el camino de vuelta abrazada a ella sin poder parar de llorar. ¡Qué vergüenza! Caminaba apretando la cara contra el *furoshiki* en el que estaba envuelta. Un coche pasó a mi lado y el conductor me gritó: «¡Eh, idiota! ¡Anda con cuidado!».

Dos o tres días después llegó un sobre por correo certificado. Contenía aquellas dos cartas que le había escrito al señor Toda. Pero, como suele decirse, la esperanza

es lo único que se pierde. «A lo mejor el maestro me ha escrito algunas palabras de consuelo que me salven de esta vergüenza que siento. Puede que haya algo suyo junto a mis cartas dentro del sobre». Abracé el sobre y recé. Al abrirlo, me di cuenta de que no había nada más que lo que yo le había enviado. Mis dos cartas solamente. «Puede que haya escrito algo por detrás, algún apunte, alguna impresión». Comprobé cada hoja con sumo cuidado, pero no encontré nada. ¿Te puedes imaginar qué vergüenza sentí? Me entraron ganas de arrojarme ceniza sobre la cabeza. Sentí que había envejecido diez años de golpe. Los escritores no tienen coraje. Son escoria. Solo escriben mentiras y más mentiras. No tienen ni una pizca de romanticismo en las venas. Se instalan con su familia en una casa con jardín e ignoran a las pobres señoritas mal vestidas a las que les falta un diente. Ni siquiera las acompañan a la puerta para despedirse y por si fuera poco presumen poniendo cara de indiferencia. Son terribles los escritores. ¡Pero qué falsos!



## ESPERANDO

**T**odos los días voy a la misma estación de tren para esperar a alguien. Alguien a quien ni siquiera conozco.

Volviendo a casa después de haber hecho la compra en el mercado, paso por la estación y me siento en un frío banco. Poso la cesta de la compra sobre mi regazo y me quedo contemplando la entrada del edificio con aire distraído. Cada vez que un tren cualquiera llega al andén, las puertas se abren y expulsan una multitud que acude hacia la salida en tropel, sacando sus carnets o enseñando sus billetes con cara de pocos amigos. Luego, caminan precipitadamente sin dejar de mirar al frente y, pasando por delante del banco sobre el que estoy sentada, salen a la plaza que hay delante de la estación y se dispersan, dirigiéndose cada uno hacia su destino. Mientras, yo me mantengo allí sentada, abstraída.

¿Si alguien me sonriese y me dijese algo? ¡Ay, qué miedo pasaría! Uf, sería un engorro. El corazón me late desbocado. Solo de pensarlo me agobio y me entran escalofríos, como si me echasen agua fría por la espalda. Aun así, sigo esperando a alguien.

Pero ¿a quién espero aquí sentada todos los días? ¿A qué clase de persona? No, a lo mejor no estoy esperando a una persona. Yo odio a las personas. Bueno, no exactamente. En realidad me dan miedo. Siempre que me encuentro con alguien y le digo sin ganas, simplemente por educación: «¿Qué tal le va todo? Cada vez hace más frío, ¿verdad?», me agobio y pienso que quizá no exista nadie tan mentiroso como yo en el mundo; me entran ganas de morirme. Y luego, esa persona con la que hablo también me trata con prevención, complaciéndome con palabras vacías u opinando sobre temas superficiales. En esas situaciones me entristece lo cerrada que puede llegar a ser una persona cuando intenta ser prudente. Hace que el mundo me parezca cada vez más desagradable, más insoportable. ¿Acaso será así todo el mundo? ¿Debemos seguir toda la vida agotándonos los unos de los otros, intercambiando tensos saludos y teniendo cuidado con lo que decimos a los demás?

Me desagrada tener que encontrarme con alguien a quien conozco. Por eso, a no ser que hubiese algún motivo excepcional, jamás visitaba a mis amigos. Me sentía mucho más cómoda quedándome en casa, cosiendo con mi madre en silencio. Pero desde que empezó la segunda guerra mundial y la situación se puso cada vez más tensa, empecé a sentirme muy mal cuando no salía y me quedaba a solas sin hacer nada en especial. He empezado a sentirme incómoda y ya nunca estoy tranquila. Me gustaría ser útil de alguna manera. Trabajando sin parar, por ejemplo.

Ya no creo en el modo de vida que había llevado hasta ahora. Siento que no me

puedo quedar en casa sentada, pero, aunque salga, tampoco tengo ningún sitio a donde ir. Hago la compra y, a la vuelta, paso por la estación y me siento en este frío banco, distraída. «¿Y si aparece alguien de repente?», suelo pensar algo inquieta. «Ay, y si aparece, ¿qué hago? No sabría qué hacer», pienso también. Y me invade el temor. De todas formas, en caso de que apareciese, no tendría más remedio que ofrecerle mi vida. Mi vida entera. Mi destino quedaría fijado en ese preciso momento.

Algo parecido a la resignación, unido a un conjunto de pensamientos indignos, se enredan de manera extraña en mí y me inundan el corazón, haciendo que me duela y me sofoque. Me siento insegura, como si no supiera si estoy viva o muerta, o como si estuviera soñando a plena luz del día. El escenario frente a la estación, en el que la gente se cruza continuamente, me parece algo lejano y diminuto, como si lo estuviese observando a través de un catalejo y, en ese momento, dentro de mi cabeza, el mundo se queda en completo silencio. ¡Ay! ¿A qué demonios estaré esperando?

Puede que en realidad yo sea una mujer sumamente impúdica. Puede que el sentirme incómoda porque haya estallado la guerra y mi deseo de trabajar sin parar sean mentira. Puede que, en realidad, no esté más que esperando la oportunidad de dar rienda suelta a todos mis pensamientos obscenos y a ocultarlos bajo ingeniosas excusas. Aquí, sentada de esta manera con aire distraído, siento como algo dentro de mi corazón arde, algo indigno, oculto.

¿A quién demonios estaré esperando? No sé con certeza qué podrá ser. Solo percibo una sensación vaga. Aun así, sigo esperando. Desde que estalló la guerra, todos los días, todos, paso por la estación y me siento en este frío banco a esperar.

¿Si alguien me sonriese y me hablase? ¡Ay, qué miedo pasaría! Uf, sería un engorro. No eres tú a quien estoy esperando. Entonces, ¿a quién demonios espero? ¿A un marido? No. ¿A un amante? No. ¿A una amiga? Qué va. ¿Más dinero? No puede ser. ¿A una aparición? ¡Oh, qué miedo!

Espero a algo más tranquilo, más alegre y radiante. Aunque no sé qué podrá ser. Quizás algo parecido a la primavera. No, eso no es. ¿Hojas verdes llenas de frescor? ¿Al mes de mayo? ¿Al agua cristalina que corre por los campos de trigo? No, nada de eso. Ay, pero lo estoy esperando. ¡Lo espero con ansia!

La gente pasa frente a mí. Una persona, después otra, después otra y otra. Esto no es, aquello tampoco. ¡Lo estoy esperando con ansia, tiritando y con la cesta de la compra entre mis brazos!

Te ruego que no te olvides de mí. Por favor, acuérdate siempre, sin reírte, de aquella chica de veinte años que acudía todos los días a esperar a alguien a la estación y volvía sola a casa. Prefiero no decirte el nombre de aquella pequeña estación.

Aunque no te lo diga, sé que algún día me encontrarás.

## OCHO DE DICIEMBRE

Voy a intentar ser lo más cuidadosa posible en relatar el día de hoy. Me dispongo a dar testimonio escrito de cómo una ama de casa de una familia pobre de Japón pasó el día ocho de diciembre del año 16 de la era Shōwa<sup>[65]</sup>. Quizá, dentro de cientos de años, cuando se esté celebrando con hermosas fiestas la llegada del siglo veintiocho, alguien encuentre este diario escondido en un rincón de algún almacén perdido y mi testimonio ayude al estudio de la historia, para que la gente de esa época sepa cómo vivieron las mujeres de Japón una fecha tan importante y trascendental como esta. Por eso, aunque se me da muy mal escribir, voy a tener mucho cuidado en relatar todo tal y como lo viví. Es una gran labor y hay que llevarla a cabo pensando en que será leída en el año 2700 por lo menos. Aun así, tampoco voy a intentar ser demasiado puntillosa. Mi marido suele decir que las cartas que escribo (y también mi diario) son demasiado serias y que no le harían gracia a nadie. Que carecen de sensibilidad y que el estilo no es nada hermoso. Lo cierto es que, desde pequeña, siempre he sido muy estricta con el tema de la educación. Aunque por dentro no sea una persona tan seria como aparento, suelo sentirme incómoda mostrándome alegre y divirtiéndome ante los demás. Siempre he tenido alguna que otra desventaja, ya les digo. Quizá sea por ser demasiado vanidosa. Ya reflexionaré sobre ello en otro momento.

Hay algo de lo que siempre me acuerdo últimamente cuando hablo del año 2700, aunque en realidad sea una tontería sin la mayor importancia. El otro día vino a casa el señor Ima, un amigo de mi marido. Llevaban mucho tiempo sin verse. Me escabullí en la habitación de al lado y me dediqué a escuchar la conversación que mantenían. Todavía me entra la risa de recordarlo:

—Verás —decía el señor Ima—, hay algo que me preocupa mucho. Cuando se celebre el año dos mil *setecientos*... ¿cómo se dirá? ¿Dos mil setecientos o dos mil *setecientos*? Qué agobio. Me preocupa encontrar la solución a este dilema, ¿a ti no?

—*Umm...* —murmuró mi marido con seriedad—. Ahora que lo dices, lo cierto es que también a mí me parece preocupante.

—¿A que sí? —contestó el señor Ima, también muy serio—. Parece ser que al final, la pronunciación oficial será *setecientos*. Pero, si me dejasen opinar, preferiría que fuese *setecientos*. No sé, *setecientos* no me termina de convencer. ¿A ti no te parece raro? No se trata de un número de teléfono o de algo que haya que pronunciar correctamente. Ojalá terminen diciendo *setecientos* —dijo el señor Ima muy afectado.

—Pero, a ver... —le interrumpió mi marido con tono solemne—, también puede

ocurrir que, dentro de cien años, exista una manera totalmente distinta de pronunciarlo. Por ejemplo, algo como *siticientes*.

No me podía parar de reír. Qué conversación más ridícula. Mi marido siempre suele hablar de cosas sin importancia con los invitados, pero suele adoptar un tono muy serio para hacerlo. ¡Menuda diferencia cuando alguien mete sentimiento en lo que cuenta! Mi marido se gana la vida escribiendo novelas. Así que, como es un vago, gana muy poco dinero. Desde hace años tenemos que vivir con lo básico. Yo sus novelas ni las leo. No tengo ni idea de qué tipo de cosas escribe, pero, por lo que compruebo diariamente, parece que no se le da muy bien razonar.

¡Vaya! Ya me he desviado del tema. No puedo seguir hablando de este tipo de cosas si pretendo que esto sea un documento histórico bien escrito. Voy a empezar de nuevo.

Ocho de diciembre. Ha ocurrido a primera hora de la mañana, mientras estaba metida en el *futón* dando de mamar a mi hija Sonoko (que nació en junio). Quería que terminase lo antes posible para poder realizar todas mis tareas del hogar, cuando he escuchado el sonido lejano de una radio:

«Cuartel General Imperial informa. Hoy, día ocho de diciembre, al alba, el ejército de tierra y la marina imperial han entrado en guerra con el ejército de Estados Unidos y de Inglaterra al oeste del océano Pacífico».

El mensaje se escuchaba vivamente y con fuerza mientras se filtraba entre los resquicios de los *amado*<sup>[66]</sup> cerrados, como si se tratase de un rayo de luz que entra en una habitación oscura. El mensaje se repitió dos veces, con un tono de voz cada vez más potente. Mientras lo escuchaba en silencio, sentí como si hubiese nacido de nuevo; como si, iluminada por un fuerte rayo de luz, mi cuerpo se hubiese hecho transparente. O como si hubiese recibido un soplo de aire fresco en el alma y un pétalo de flor brotase de mi corazón. Sentí que Japón, como yo, también había vuelto a nacer esta mañana.

Quise avisar a mi marido, que se encontraba durmiendo en la habitación de al lado, así que le desperté para contárselo. Antes de terminar, me contestó firmemente a través de la puerta corrediza de papel:

—Lo sé, lo sé... Ya me he enterado.

Se notaba que estaba algo nervioso e irritable. Fue una casualidad que, justo hoy, alguien tan perezoso como él estuviese despierto tan temprano. Dicen que los artistas tienen un sexto sentido, así que puede que notase alguna señal y se despertase. No sé. En aquel momento sentí cierta admiración por él, pero lo que dijo a continuación hizo que aquella admiración mía se desvaneciese.

—Pero ¿por dónde cae exactamente el oeste del océano Pacífico? Por San Francisco, ¿no?

Aquella salida suya me defraudó muchísimo. No sé qué le pasará a mi marido con el tema de la geografía, pero es que no se entera de nada. Hay veces en las que dudo de si de verdad sabe dónde está el este y dónde el oeste. Hasta hace poco, creía que el

lugar más caluroso del mundo era el Polo Sur y el más frío era el Polo Norte. Cuando me lo dijo, llegué incluso a dudar de que tuviera coeficiente intelectual. El año pasado me contó que, cuando fue de viaje a la isla de Sado y pudo divisarla desde el barco de vapor a lo lejos, se pensó que se trataba de Manchuria. ¡El muy necio se creía que estaba en China! Para mí que es absolutamente estúpido. No sé cómo alguien tan tonto logró entrar en la universidad. No pasa un día en que no me lleve una decepción con él.

—El oeste del océano Pacífico será la parte más cercana a Japón —le contesté.

—Pues vale —dijo de mal humor. Se puso a pensar y prosiguió—. Espera, no lo entiendo. ¿Cómo puede ser que los Estados Unidos se encuentren al este y Japón al oeste? Japón es «el país del Sol naciente», porque el sol sale por el este, ¿no? Y yo que siempre había creído que el sol salía por Japón, ¡qué decepción! Y ahora vas y me dices que Japón no está en el este asiático. ¡¿No hay ninguna manera de demostrar que Japón esté al este y que los Estados Unidos estén al oeste?!

¡Pero qué estúpido es, qué estúpido! Aparte, tiene una idea muy rara y extremada del patriotismo. ¿No va el otro día y me comenta, muy orgulloso de sí mismo, que esos bárbaros occidentales llenos de pelo jamás serían capaces de comerse un plato entero de *shiokara*<sup>[67]</sup> de atún, pero que él, sin embargo, podría comerse cualquier tipo de plato occidental sin problemas?

Así que dejé de escuchar sus tonterías y me fui a abrir los *amado*. Era un día soleado, pero hacía muchísimo frío. Los pañales que había puesto a secar la noche anterior estaban congelados y el jardín estaba cubierto de escarcha, pero las camelias florecían con cierta gracia. Todo estaba en silencio, a pesar de que en aquel mismo instante la guerra acababa de comenzar en el océano Pacífico. Tuve una extraña sensación y di gracias de todo corazón por vivir en Japón, mi país.

Fui al pozo a lavarme la cara. Mientras limpiaba los pañales de Sonoko, la vecina de la casa de al lado salió al jardín. La saludé y le comenté:

—Vaya. Supongo que a partir de ahora las cosas se complicarán un poco, ¿verdad?

Estaba hablándole sobre la guerra, pero ella se pensó que me refería a su nombramiento como presidenta de la asociación de vecinos.

—Bueno, haré lo que pueda —me contestó con timidez. A partir de ahí la conversación se tornó algo incómoda.

No es que ella no tuviese la guerra en mente, pero seguro que estaba muy nerviosa por toda la responsabilidad que conllevaba su nombramiento. Sentí lástima por ella. Lo cierto es que ser presidenta de la asociación de vecinos debe de ser un trabajo de lo más importante. Y más ahora. Ya no se trata de un simulacro. Cuando nos ataquen de verdad, ella tendrá la enorme responsabilidad de organizar al resto de los vecinos de la calle.

Puede que si las cosas se ponen peligrosas, no me quede más remedio que ir a refugiarme a casa de mis padres, y además con Sonoko a cuestas. En ese caso, mi

marido tendría que quedarse aquí, pero ya tengo comprobado que es una persona que no sabe manejarse sola. Me preocupa. Seguramente lo deje todo hecho un desastre. Llevo ya mucho tiempo diciéndole que tiene que prepararse para cuando comience la guerra, pero ni siquiera se ha hecho con un uniforme de ciudadano<sup>[68]</sup>. Me da miedo que se meta en problemas cuando pase algo. No es más que un vago, no hago más que decirlo, y sé que si se lo coso y se lo fabrico, aunque se queje, en el fondo se sentirá mejor. Pero es que es muy grande y me imagino que no será fácil encontrar materiales para hacer uno de su talla. ¡Qué complicado!

Esta mañana se levantó a las siete, aunque fuese muy pronto para él. Desayunó rápidamente y se puso a trabajar. Parece que este mes le han salido varios trabajillos. Durante el desayuno me entró miedo y le pregunté:

—Japón va a ganar la guerra, ¿verdad?

—Si se han metido en ella es porque la vamos a ganar. Tú no te preocupes —me dijo muy serio.

Todo lo que suele decir mi marido son patrañas y tonterías, pero aquello lo dijo con tanta seriedad que no pude evitar creérmelo. La cabeza me daba vueltas mientras recogía la cocina. Me parecía extraño que se generase tanta hostilidad por el simple hecho de tener un color de ojos o de pelo diferentes. Me gustaría inflarles a todos esos americanos a tortas. Lo que siento hacia nuestros nuevos enemigos es totalmente distinto a lo que sentía cuando luchábamos contra China. No puedo soportar la idea de todos esos brutos estadounidenses pisoteando como animales nuestra preciosa patria. ¡Si ponéis un solo pie en nuestra tierra sagrada, aunque solo sea para dar un paso, os enteraréis! ¡Ojalá se os pudran las piernas! No sois dignos de pisar nuestro país. ¡Por favor, espléndidos soldados de Japón, destrozadles, hacedles pedazos! A partir de ahora puede que pasemos por momentos difíciles a causa de la escasez de alimentos y de materias primas, pero no hay de qué preocuparse. ¡Podremos con ellos! No lamento haber nacido en tiempos revueltos. Al contrario, me siento contentísima por haber nacido ahora y ser capaz de presenciar in situ lo que está ocurriendo. Me siento una mujer de lo más afortunada. ¡Ay, me gustaría ser capaz de mantener una larga conversación con alguien sobre la guerra! Podría decir «¿Has visto? ¡Al final ha estallado la guerra!», y cosas por el estilo.

Durante toda la mañana estuvieron retransmitiendo canciones militares por la radio. Se ve que hasta los que trabajan en la radio están dando lo mejor de sí mismos. Al rato de estar emitiendo canciones militares, parece ser que se quedaron sin más y empezaron a retransmitir canciones muy antiguas, como la de *Aunque mil millones de enemigos vengan*<sup>[69]</sup>. Me ha encantado comprobar lo concentrados que han trabajado los chicos de la radio. Se han dejado la piel en la misión. Su comportamiento me ha parecido de una pureza increíble.

Como mi marido odia la radio, nunca hemos tenido una en casa. Lo cierto es que yo tampoco le había prestado nunca mucha atención, pero ahora, con lo que está ocurriendo, no nos vendría mal tener una. ¡Cuántas ganas tengo de escuchar noticias,

noticias y más noticias! Se lo consultaré. Quizá ahora me diga que sí.

A mediodía empezaron a retransmitir noticias importantes, una detrás de otra. Me sentí muy inquieta. Cogí a Sonoko en brazos y salí al jardín a ver si lograba escuchar la radio del vecino, bajo las ramas del arce que tiene plantado en su jardín. Los ataques sorpresa en Malasia y Hong Kong y las gloriosas palabras de nuestro Emperador en la declaración de guerra han hecho que brotasen lágrimas de mis ojos. Como tenía a Sonoko en brazos, no sabía qué hacer. Entré a casa y le conté a mi marido, que seguía trabajando, todo lo que acababa de oír. Tras escucharme hasta el final, dijo sonriendo:

—Pues muy bien.

Se levantó y un segundo después volvió a sentarse. Parecía algo nervioso. Poco después del mediodía, terminó uno de sus trabajos y salió de casa corriendo. Llevaba una carpetita con lo que había escrito. Debió de dirigirse a la imprenta para entregarlo, supongo. Todo indicaba que iba a volver tarde a casa. Cuando sale con tanta prisa que parece que esté huyendo de algo, casi siempre vuelve tarde. Aunque a mí me da igual, siempre y cuando duerma en casa.

Después de que se fuese, me hice una comida simple a base de sardinas secas asadas. Luego cogí a Sonoko y salí de compras. De camino, pasé por casa de los Kamei para darles algunas manzanas que nos había mandado la familia de mi marido. Quería dárselas a Yuno (una niña muy guapa que tienen, de cinco años). Me encontré con ella frente a la puerta.

—¡Mamá! ¡Ha venido Sonoko! —Y se fue corriendo a avisar a su madre. Parecía muy entusiasmada de vernos.

Mi hija les sonrió desde mi espalda y la mujer del señor Kamei no paraba de repetir lo guapa que era. Su marido salió a la entrada con una cazadora puesta. Tenía aspecto de rudo hombre trabajador. Me contó que estaba colocando esteras de paja bajo la casa.

—¡Siento que tenga que verme con un aspecto tan sucio! ¡Gatear bajo la casa es tan duro como adentrarse en territorio enemigo!

¿Para qué estaría metiendo esteras de paja ahí abajo? ¿Para refugiarse allí cuando comiencen los bombardeos? Qué raro.

Pero el señor Kamei, al contrario que mi marido, cuida mucho de su familia. ¡Qué envidia! Me comentaron que antes les dedicaba mucho más tiempo, pero que desde que nos vinimos a vivir aquí, empezó a salir a beber con mi marido y que se ha ido relajando poco a poco. Me imagino que su mujer debe de odiar bastante a mi marido. Lo siento mucho por ella.

Frente a la puerta de su casa, tenían colocadas distintas herramientas antiincendios, como varios *hitataki* y *kumade*<sup>[70]</sup>. En mi casa no tenemos nada preparado. Normal, con un marido tan vago.

—¡Anda! Lo tenéis todo muy bien preparado.

—Sí. Siendo el presidente de la asociación de vecinos es lo menos que puedo

hacer —contestó el señor Kamei muy animado.

Su mujer me dijo en voz baja que en realidad era vicepresidente, pero que el presidente era una persona muy mayor y le encargaba la mayoría de los trabajos a su marido. El señor Kamei es un hombre muy trabajador. Comparado con el mío, son como el día y la noche.

Me ofrecieron algunos dulces, así que tomé un par en la entrada y me despedí de ellos.

Luego me dirigí a la oficina de correos para cobrar lo que le habían pagado a mi marido por un artículo que ha escrito en la revista *Shinchō*. Cogí los sesenta y cinco yenes y fui al mercado para echar un ojo. Sigue sin haber mucho donde elegir, no hay más que calamares y sardinas secas. Compré un par de calamares que me costaron cuarenta céntimos y una bandeja de sardinas secas por veinte. De nuevo volvía a escucharse la radio en el mercado dando noticias. Me tiré un buen rato frente a ella para ver si me enteraba de alguna novedad.

Seguían anunciando noticias de la máxima trascendencia, una tras otra. Ataques aéreos en Filipinas y Guam, y un bombardeo en Hawái. Aniquilación de todas las tropas estadounidenses de la zona y la declaración de guerra por parte del Gobierno imperial. Me empezó a temblar todo el cuerpo y sentí mucha vergüenza de que la gente me viera. Me entraron ganas de darle las gracias a todo el mundo por su patriotismo. Al rato, dos o tres señoras se acercaron para escuchar la radio también. Al principio éramos pocas, pero luego empezaron a venir más y más, y acabamos siendo unas diez.

Tras salir del mercado, fui al quiosco de la estación para comprarle cigarrillos a mi marido. El ambiente en las calles estaba igual que siempre, salvo por un papel que habían pegado frente al puesto de verduras donde habían ido escribiendo todo lo que se iba anunciando en la radio. Tampoco vi mucha diferencia en las tiendas ni en las conversaciones de la gente respecto a ayer. Aquella serenidad me hizo sentir muy segura.

Como hoy me ha sobrado algo de dinero, me he dado el capricho de comprarme unos zapatos. Aunque no tenía ni idea de que a partir de este mes tendríamos que pagar un dos por ciento de impuesto por cada tres yenes que gastáramos. Si lo hubiese sabido antes, los habría comprado el mes pasado. Aunque tampoco soy de las que va por ahí como una loca a comprar de todo antes de que suban los precios. Me parece una actitud deplorable. El par de zapatos me costó seis yenes con sesenta. También me he comprado un tubo de crema de manos por treinta y cinco céntimos y un paquete de sobres por treinta y uno.

Poco después de volver a casa, apareció Sato para despedirse, ya que acaba de terminar sus estudios en la Universidad de Waseda y le han llamado a filas. Por desgracia, mi marido no se encontraba en casa, lo que me dio mucha lástima. Le dije que tuviese cuidado y le despedí con una profunda reverencia. Me salió de lo más profundo del corazón. Justo después de haberse ido, apareció Tsutsumi, de la



Universidad Imperial. Tsutsumi también acaba de terminar sus estudios, pero tras el reconocimiento médico militar le han puesto en tercera categoría<sup>[71]</sup>. Me comentó que era una lástima. Sato y Tsutsumi habían llevado el pelo largo hasta hacía poco, pero ahora se lo han rapado al cero. Me emocionó profundamente comprobar que hasta los estudiantes daban lo mejor de sí por la patria.

Por la tarde, nos visitó el señor Kon apoyado en su bastón. Hacía mucho que no lo veíamos, por lo que también sentí tener que decirle que mi marido no se encontraba en casa. Había venido hasta Mitaka exclusivamente para verlo, pero como no estaba, no tuvo más remedio que volver a recorrer andando todo el largo camino de vuelta. Oh, me imagino lo disgustado que habrá tenido que sentirse al tener que volverse de ese modo a casa. Solo de hacerme a la idea me sentí muy mal.

Cuando me disponía a preparar la cena, apareció la vecina de al lado. Vino a preguntar qué podíamos hacer con las cartillas de racionamiento de sake, ya que solamente habían repartido seis para nueve familias. Pensé que sería una buena idea turnarnos cada mes, pero como todas las familias queríamos recibir nuestro racionamiento cuanto antes, quedamos en compartirlo entre todos. Las señoras reunieron seis botellas vacías y fueron a llenarlas a la destilería de Isemoto. A mí me dijeron que me quedase en casa, ya que acababa de poner el arroz a cocer. En cuanto pude, salí con Sonoko a cuestas y vi cómo volvían con un par de botellas en la mano. Me dieron una de ellas y así regresamos al barrio. Frente a la entrada de la casa de mi vecina, colocamos nueve botellas de un *shō* en fila y fuimos llenándolas con mucho cuidado para que todas tuviesen la misma cantidad. Lo cierto es que fue bastante complicado.

Más tarde, recibí el periódico de la tarde. Aparte de lo de siempre, había cuatro páginas fuera de lo común. «EL IMPERIO DECLARA LA GUERRA A ESTADOS UNIDOS E INGLATERRA», decían estas páginas en grandes titulares. Y luego volvían a contar lo que ya habíamos escuchado por la radio. A pesar de ello, volví a leérmelo todo de cabo a rabo. Me entró la emoción un par de veces.

Cené sola y fui a los baños públicos con Sonoko cargada a la espalda. ¡No hay momento más divertido que cuando la tengo que bañar! Le gusta mucho meterse en el agua caliente, parece que la calma. Mientras la baño sosteniéndola entre mis brazos, me mira con las piernas y los brazos encogidos. Supongo que incluso ella se sentirá algo inquieta con todo lo que está pasando. También parece que el resto de mujeres que bañan a sus bebés sienten mucho, mucho cariño por ellos. Todas suelen juntar sus mejillas con las de sus hijos. La barriga de Sonoko es redondita, como si la hubiesen dibujado con un compás. Es blanquita y blandita como una pelota de goma. Se me hace extraño pensar que allí dentro pueda haber un pequeño estómago con sus intestinitos y todo. Un poco más abajo del centro de esa tripita, tiene un ombligo que parece la flor de un ciruelo. Sus piernas y sus brazos son tan bonitos que me hacen volverme loca. No importa el tipo de ropa que le ponga, jamás será tan mona como cuando está desnuda. Me da mucha pena tener que vestirla después del baño. Me

gustaría tenerla desnuda entre mis brazos toda la vida.

Cuando íbamos de camino a los baños, las calles todavía estaban iluminadas, pero al volver a casa ya estaba todo oscuro. Es para evitar el gasto innecesario de energía. De pronto, me sentí algo tensa. Ya no se trata de ningún simulacro. Pero ¿no estaba todo demasiado en penumbra? Nunca había caminado por una calle tan oscura. Di un par de pasos con mucho cuidado, pero todavía me quedaba mucho camino por delante. La senda que llevaba al bosque de cedros por el huerto de aralias estaba tremendamente oscura. De pronto, me acordé del pánico que sentí cuando estaba en el cuarto año del colegio y tuve que atravesar esquiando una tormenta de nieve para ir desde el *onsen*<sup>[72]</sup> de Nozawa hasta Kijima. Ahora, en lugar de la mochila, tenía a Sonoko dormida conmigo. Ella, por supuesto, no se enteraba de nada.

De pronto escuché detrás de mí los pasos de alguien. Era un hombre. Caminaba muy torpemente mientras cantaba desafinando horriblemente:

—*¡Nuestro emperador nos necesita...!*<sup>[73]</sup> *Ejem, ejem.* —Tosió de tal manera que enseguida lo reconocí.

—A Sonoko le da miedo cruzar por aquí —le dije.

—¡Ya veo, ya! —exclamó muy alto—. Creo que vuestra falta de fe hace que os de miedo la oscuridad. Yo tengo tanta fe que este camino me resulta igual que cuando es de día. ¡Venga, seguidme!

Nos adelantó y siguió andando a paso ligero.

Me quedé atónita. Todavía no soy capaz de distinguir cuando bromea y cuando habla en serio.

## CUENTO DE UNA NOCHE DE NIEVE

**R**ecuerdo que aquel día estuvo nevando desde por la mañana. Acababa de terminar de coser los *monpe*<sup>[74]</sup> para Otsuru (mi sobrina), por lo que al salir del instituto fui a visitar a mi tía en el barrio de Nakano para dárselos. A cambio, ella me regaló dos *surume*<sup>[75]</sup>. Para cuando llegué de vuelta a la estación de Kichijōji ya era de noche. La nieve alcanzaba los treinta centímetros y seguía cayendo. Yo estaba radiante. Como llevaba botas de agua, me puse a andar por donde más nieve había. Cuando llegué a la altura del buzón de correos que hay cerca de mi casa, me di cuenta de que había perdido los calamares que llevaba envueltos en papel de periódico bajo el brazo. A pesar de ser una descuidada y una despistada, por lo general no se me suelen caer las cosas. ¿Habría sido por haber estado saltando como una tonta entre la nieve? Aquello hizo que mi buen ánimo se esfumara. Lo cierto es que me da vergüenza admitir que me deprimí por el simple hecho de que se me cayeron unos calamares de camino a casa, pero es que quería regalárselos a mi cuñada, que va a dar a luz en verano. Como tiene que alimentar al bebé también, tiene que comer el doble. Quizás sea por eso por lo que dicen que tener un bebé en la tripa da mucha hambre.

Mi cuñada, que es muy distinta a mí, siempre suele ir muy bien arreglada y con mucha elegancia. Hasta no hace mucho, comía muy poco, como si fuese un canario, y nunca merendaba. Pero, desde hace un tiempo, tiene tanta hambre que incluso se avergüenza de ello. De vez en cuando le entran hasta antojos. Días atrás, mientras recogíamos los platos de la cena, me dijo en voz baja y suspirando:

—Siento la boca amarga. Daría lo que fuera por poder chupar unos *surume*...

Desde entonces estuve dándole vueltas al asunto de los *surume*. Y como justo aquel día dio la casualidad de que mi tía de Nakano me había regalado unos, volví a casa toda ilusionada porque me apetecía darle una sorpresa. Por eso me puse tan triste cuando me di cuenta de que los había perdido por el camino.

Como ya sabes, en mi casa somos tres: mi hermano, mi cuñada y yo. Mi hermano es escritor, y es un tanto especial. Tiene ya casi cuarenta años, pero nunca ha publicado nada que haya tenido éxito y él y su mujer siempre andan con problemas de dinero. No hace más que decir que se encuentra fatal y se pasa los días metido en la cama. A pesar de ello, tiene un carácter muy fuerte y siempre nos está regañando. Además, aunque sea muy hablador, jamás nos ayuda con las tareas del hogar, por lo que es al final mi pobre cuñada la que tiene que hacerlo todo, incluso los trabajos en los que se requiere la fuerza de un hombre. Un día me enfadé y le dije:

—Hermano, podrías coger la mochila y salir a comprar verduras o algo de vez en

cuando. Casi todos los maridos de las demás vecinas lo hacen.

A lo que me contestó furioso:

—¡Idiota! ¡Yo no soy un hombre cualquiera! ¡Kimiko! —Que es como se llama mi cuñada—. Esto también va por ti. Recordad bien, porque lo diré solo una vez. Aunque nos estemos muriendo de hambre, jamás haré algo tan miserable como salir a hacer la compra. ¡Que no se os olvide! He de mantener el poco orgullo que me queda.

Vale. Reconozco que nos soltó un buen discurso. Al escucharlo, puedo encontrar razonable que un hombre no quiera hacer la compra, pero en el caso de mi hermano no sé si lo dice por ser un auténtico defensor del orgullo patrio o por simple pereza.

Mis padres eran de Tokio, pero mi hermano y yo nacimos en la ciudad de Yamagata, debido a que mi padre trabajaba en una oficina del Gobierno allí. Cuando mi padre falleció, mi hermano tendría alrededor de veinte años y yo todavía era muy pequeña. Mi madre se vino a Tokio con nosotros dos auestas. El año pasado, mi madre falleció, así que ahora en casa solamente somos mi hermano, su mujer y yo. Al no tener familiares en ningún pueblo, nadie nos manda alimentos del campo, como ocurre en otras familias. Además, como mi hermano es un tipo extraño que no se relaciona con los demás, no tenemos oportunidad de que nos regalen nada nunca. Por eso, aunque solamente se tratase de dos *surume*, estaba ilusionada, porque imaginaba que mi cuñada se alegraría muchísimo cuando se los diera.

Aunque pueda parecer un comportamiento inapropiado, decidí dar media vuelta y volver despacio por el camino que había recorrido a ver si así lograba recuperarlos. Como era de esperar, no encontré ni rastro de ellos. Era demasiado difícil identificar el papel de periódico de color blanco en un camino cubierto de nieve, además de que seguía nevando sin parar. Llegué hasta cerca de la estación de Kichijōji, pero allí no se podía ver ni una piedra. Suspiré y sujeté el paraguas con fuerza. Alcé la mirada hacia el cielo, que ya se encontraba totalmente oscuro, y vi cómo miles de copos revoloteaban ante mis ojos como si fuesen luciérnagas. «¡Qué bonito!», pensé. De vez en cuando, los árboles a ambos lados de la calle se mecían ligeramente, como si suspirasen debido a los montones de nieve que tenían acumulados en sus ramas, haciendo que estas se doblasen. Sentí como si me hallase en un mundo de fantasía y por un momento me olvidé de los *surume*. De pronto, se me ocurrió una gran idea. ¡Le llevaría aquel precioso paisaje nevado a mi cuñada! Sería un regalo mil veces mejor que los *surume*. Además de que es vergonzoso llegar a aferrarse de tal manera a un simple alimento. Tenía que dejar de pensar en ello.

Recuerdo que una vez mi hermano me enseñó que el ojo humano era capaz de conservar los paisajes que veía:

—Si te fijas en una bombilla y cierras los ojos, la podrás ver claramente dentro de tus párpados, ¿no es así? Esa es la clave. Hay un cuento danés que habla sobre esto. Érase una vez... —Y entonces me contó una historia preciosa. Aunque los cuentos que suele contar mi hermano son bastante disparatados y no me suelo fiar nada de ellos, este, aunque sonaba igual de absurdo, me pareció muy bonito:

«Érase una vez, en Dinamarca, un médico que tenía que hacer la autopsia de un joven marinero que había naufragado. Durante el proceso, examinó sus ojos con un microscopio. Allí descubrió que en su retina aparecía grabada la escena de una hermosa familia cenando. La familia parecía muy alegre. Cuando el médico se lo comentó a su amigo, que era escritor, este le dio inmediatamente una explicación para aquel fenómeno tan extraño:

“Aquel joven marinero naufragó y las fuertes olas lo arrastraron hasta tierra firme, junto a un faro. El marinero, feliz por la suerte que había tenido, acudió a pedir ayuda. Impulsado por el impacto de una gran ola, se agarró a una de las ventanas, donde vio a la familia del guardián del faro dispuesta a comenzar una modesta cena. ‘¡Oh, no! Si grito ahora pidiendo socorro desesperadamente, estropearé la felicidad de la que goza esta familia’, pensó el pobre marinero, mientras perdía la fuerza de los dedos con los que se agarraba al marco de la ventana. Justo en ese momento, otra fuerte ola le arrastró de nuevo a alta mar. Seguro que esto fue lo que ocurrió. Aquel marinero fue la persona más amable y noble que este mundo haya visto jamás”.

El médico compartió la teoría de su amigo escritor y juntos rezaron por el alma de aquel joven marinero ahogado».

A mí la historia me pareció preciosa, y decidí creer en ella. Aunque no se pudiera demostrar científicamente. Durante aquella noche nevada me acordé de aquel bonito relato, por lo que decidí grabar aquel bello paisaje nevado en mis retinas para, cuando llegase a casa, poder decirle a mi cuñada: «*Hermana*, mira dentro de mis ojos. Hará que tengas un bebé precioso».

Porque hay otra cosa que quiero contar. El otro día, mi cuñada estaba en su habitación y le dijo a mi hermano:

—Me gustaría que decorases las paredes con retratos de gente bella, por favor. Si los contemplo todos los días, nuestro hijo nacerá muy guapo también —dijo riéndose.

Entonces, mi hermano asintió seriamente con la cabeza y dijo:

—*Hum...* educación prenatal. Eso es muy importante.

Colocó dos fotografías de máscaras de Nō<sup>[76]</sup> en la pared. La primera se trataba de una hermosa reproducción de una máscara Magojiro y la segunda era una preciosa Yuki no Ko omote, las dos bellísimas. La habitación quedó ideal, hasta que colocó una tercera fotografía de sí mismo con el ceño fruncido presidiendo las máscaras.

—Quita esa fotografía de ahí, por favor. Solo de verla me pongo mala.

Mi cuñada, por lo general, es una mujer bastante sumisa, pero no podía aguantar aquella fotografía de su marido, que es bastante feo.

No me extraña que quisiese quitarla. Estoy segura de que a base de contemplar aquella imagen todos los días, el bebé acabaría saliéndole con cara de mono. ¿Acaso mi hermano se pensará que es una persona atractiva con esa cara que tiene? ¡Menudo personaje! Mi cuñada solo quiere contemplar las cosas más bellas de este mundo para que su bebé le salga precioso. Sabía que si le enseñaba aquel paisaje nevado que grabaría en el fondo de mis ojos, su alegría sería diez veces mayor que si

simplemente le hubiese dado los *surume*.

Así que dejé de buscar los calamares y me dediqué a contemplar fijamente el paisaje nevado mientras iba de camino a casa. Cuando llegué, sentí como si aquel blanco paisaje hubiese impregnado todo mi cuerpo y se hubiese alojado dentro de mí.

—¡Hermana! Mírame a los ojos. Hay un hermoso paisaje escondido al fondo —le dije a mi cuñada.

—¿Qué? ¿Qué te ha pasado? —dijo riéndose mientras se levantaba y me agarraba de los hombros—. Vamos a ver, ¿qué te has hecho en los ojos?

—¿No te acuerdas de lo que nos contó mi hermano un día? Eso de que las imágenes que acabas de ver se te quedan guardadas en la retina.

—No suelo prestar atención a las historias de *papá*<sup>[77]</sup>. Siempre está bromeando.

—¡Pero aquella historia era verdad! Por favor, mírame a los ojos, *hermana*. Mientras volvía a casa, procuraba irme fijando en todos los paisajes nevados con los que me encontraba. Todos eran preciosos. Por favor, mírame fijamente. Así tu bebé nacerá con una piel tan bonita y suave como la nieve.

Mi cuñada me miró en silencio. Supongo que estaría pensando qué responderme.

—¡Eh! —En aquel momento, mi hermano salió de la habitación—. En vez de mirar los aburridos ojos de Shunko —que es como me llamo—, será cien veces mejor que mires los míos.

—¿Por qué?! ¿Por qué?! —En aquel momento, le odié tanto que me entraron ganas de pegarle—. Pero si tu mujer me dijo que se ponía mala solo de mirarte a los ojos.

—Eso es mentira. Pasé los primeros veinte años de mi vida en Yamagata rodeado de montañas y cumbres nevadas. Cuando vinimos a Tokio, Shunko era todavía muy pequeña. Por eso, como no se acuerda de los maravillosos paisajes nevados de Yamagata, se emociona como una tonta con la porquería de nieve que cae en Tokio. He visto muchísimos más paisajes nevados que ella, cientos de miles, tantos que hasta me llegué a hartar de la nieve. Además, es obvio que mis ojos son mucho mejores que los suyos.

Me dio tanta rabia que estuve apunto de echarme a llorar. Entonces, mi cuñada salió en mi defensa. Sonrió y dijo tranquilamente:

—Pero los ojos de *papá*, además de haber visto cientos de miles de hermosos paisajes, también han visto cientos de miles de cosas horribles, ¿no es así?

—¡Es verdad, es verdad! —dije yo—. ¡Eso es! Tienes muchas más cosas malas que buenas dentro de ti. Por eso tienes los ojos tan amarillos y tan turbios.

—Pero qué idiota eres.

Mi hermano se enfadó y se volvió a meter en la habitación de seis tatamis. Y ahí se acabó la discusión.

# DINERO

NOTA DEL AUTOR:

*A diferencia de otros idiomas, el vocabulario japonés no distingue entre el femenino y el masculino, por lo que imaginaremos que el billete protagonista de esta historia es femenino.*

Soy un billete de cien yenes, número de serie 77851. Mire a ver dentro de su cartera, puede que me encuentre ahí.

Ya soy vieja, estoy agotada y apenas me entero de lo que ocurre a mi alrededor. Hace tiempo que no sé si estoy dentro del bolsillo de alguien o tirada en un cubo de basura. Corre el rumor de que dentro de poco van a renovar la moneda japonesa, por lo que se desharán de todas nosotras. Prefiero que me quemen y morir de una vez a estar sin saber dónde me encuentro ni qué será de mí.

Una vez lo hayan hecho, no sé si iré al cielo o al infierno, eso será decisión de Dios, pero es posible que acabe yendo al infierno. Sí, al infierno.

Cuando nací no tenía un aspecto tan decadente como ahora. Aunque luego fueron sacando billetes con un valor mayor que el mío, como los de doscientos o mil yenes, en aquella época, los de cien yenes eran los reyes de los billetes. Incluso a la persona que me sacó por primera vez de la ventanilla de un gran banco de Tokio le temblaban ligeramente las manos cuando lo hizo.

Que sí, que sí, que pasó de verdad. Fue un joven carpintero. Me metió con mucho cuidado y sin doblarme en el bolsillo de su delantal. De hecho, se pasó todo el trayecto del banco a su casa con la mano izquierda sobre el bolsillo en el que me encontraba, cualquiera que le hubiese visto habría pensado que le dolía la barriga. Nada más llegar a casa me colocó en el altar<sup>[78]</sup> para poder adorarme.

Así de feliz fue el comienzo de mi vida. Me hubiese gustado haberme quedado en la casa de aquel carpintero para siempre, pero solo pude quedarme allí un día.

Aquella noche el carpintero estaba de muy buen humor. Bebía sake acompañado de su pequeña y joven esposa, a la que de vez en cuando le decía alegremente, pero con cierto tono soberbio:

—¿Ves? Ya no puedes reprocharme nada. Mira, ¡yo también traigo dinero a casa!

Y acto seguido me bajaba del altar para alzarme con las dos manos sobre su cabeza y adorarme de manera exagerada mientras ella reía. Al final se pusieron a discutir y la mujer me dobló en cuatro partes y me metió en su monedero. Y así fue como, a la mañana siguiente, la mujer del carpintero me llevó a una tienda de empeño para recuperar las diez piezas de kimono que tiempo atrás había empeñado. Allí me



metieron en una húmeda caja fuerte donde hacía un frío que pelaba. Cuando ya me empezaba a doler el estómago, me sacaron de allí y pude volver a ver la luz del sol.

Esa vez me cambiaron por el microscopio que un estudiante universitario de medicina llevó para empeñar. Aquel universitario me llevó de viaje bastante lejos. Al final me abandonó en un *ryokan*<sup>[79]</sup> de una pequeña isla del mar interior de Seto. Pasé bastante tiempo metida dentro del cajón de una cómoda que tenían en recepción. Desde allí, pude escuchar a las mujeres que trabajaban en el *ryokan* comentar que aquel universitario, tras abandonarme en aquel lugar y salir, se suicidó tirándose al mar.

—¡Qué desperdicio de chaval! —exclamaba una de las trabajadoras, que rondaría los cuarenta, obesa y con la cara llena de granos, mientras hacía reír a sus compañeras—. ¡Con lo guapo que era, no me habría importado acompañarle y morir junto a él!

Luego me pasé una buena temporada dando vueltas por Shikoku y Kyushu<sup>[80]</sup>, mientras me deterioraba de manera considerable. Según fue pasando el tiempo, los dueños que iba teniendo me trataban cada vez peor y empecé a sentir repugnancia de mí misma tras volver a Tokio, después de seis años y ver cómo había cambiado mi situación durante todo ese tiempo. En la capital, solo me estuve moviendo entre los comerciantes del mercado negro. Durante aquellos cinco o seis años que había estado fuera, había cambiado bastante, pero el cambio que se había producido en Tokio sí que era estremecedor.

Una noche, a eso de las ocho, un comerciante del mercado negro que iba algo bebido me llevó desde la estación de Tokio por Nihonbashi hasta Shinbashi, pasando por Kyobashi y Ginza. Durante todo el trayecto caminamos entre tinieblas. Tenía la sensación de que cruzábamos un bosque negro y profundo. Por supuesto que no nos cruzamos con nadie, ni siquiera con alguno de esos gatos que tanto abundan por la zona. La ciudad tenía un terrible aspecto de muerte y mal augurio debido al inminente comienzo de la guerra.

Al cabo de un tiempo, comenzaron aquellos *boom, boom, fiuuu, fiuuu* que poco a poco se hicieron tan habituales. Durante el caos de aquellos días, no pararon de moverme de un lugar a otro, pasando por innumerables manos de manera vertiginosa, como si de una carrera de relevos se tratase, lo que hizo que me arrugase y se me pegasen todo tipo de olores. Tanta vergüenza hizo que ya todo me diese igual.

Por aquel entonces, Japón también se abandonó a la desesperación. Imagino que se podrá hacer a la idea de por qué tipo de manos pasé, por qué razones y qué tipo de crueles conversaciones escuché mientras me intercambiaban, así que no voy a entrar en detalles.

No creo que esto sea un problema único de los japoneses, sino de la humanidad en general. Imagino que una persona, en una situación de vida o muerte, lo último que se le pasaría por la cabeza sería alimentar sentimientos de lujuria o de codicia, pero, en realidad, parece que esto no es tan simple, y cuando la gente se encuentra en una situación de la que quizás no escape con vida, en lugar de sonreír, parece que



intentan devorarse mutuamente sumidos en la avaricia. Compréndalo. Solo con el hecho de que haya una persona desgraciada en este mundo yo ya no puedo ser feliz.

Pensar de esta manera sería lo justo, pero lo cierto es que mucha gente que busca su propia felicidad o la de su familia es capaz de insultar, engañar o maltratar a los que le rodean. (Sí, seguro que usted también lo ha hecho alguna vez. Es algo que se suele hacer de forma inconsciente, sin darse uno cuenta, lo que me enfurece todavía más. Debería avergonzarse. Si aún queda algo de humanidad dentro de usted, avergüéncese, por favor. Avergonzarse es un sentimiento de lo más humano).

Parecía que la gente a mi alrededor fuesen muertos peleándose en el infierno. Unas escenas ridículas y miserables que me obligaban a presenciar una y otra vez. Aun así, y a pesar de llevar una vida vulgar de mano en mano, había ocasiones en las que me alegraba de haber nacido.

Ahora ya estoy mayor y totalmente agotada. A pesar de que ya estoy algo senil y ni siquiera sé donde me encuentro, guardo algunos recuerdos inolvidables y divertidos. Por ejemplo, me acuerdo de una vez que una vieja me llevó en tren desde Tokio hasta una pequeña ciudad a la que se tardaban unas tres o cuatro horas en llegar. Se lo contaré así, un poco por encima:

Durante todo aquel tiempo que estuve entre comerciantes, me percaté de que las mujeres suelen ser bastante mejor negociando que los hombres. Su avaricia suele ser superior a la de ellos, y me parece que ese hecho hace que sean mucho más lamentables y rastreras. El caso es que aquella señora no era una vieja cualquiera.

Me adquirió tras venderle una botella de cerveza a un señor. No bien me tuvo en su poder, la vieja cogió un tren para ir a comprar algo de vino. Tan pronto como llegamos al mercado negro de la zona, se puso a cuchichear con el comerciante de vinos. Habló con él largo y tendido, soltando alguna risita de vez en cuando.

Normalmente, un *shō* de vino costaba unos cincuenta o sesenta yenes en el mercado negro. Al final, me entregó y, a cambio, recibió unos cuatro *shō* de vino. A continuación, y sin demostrar el más mínimo esfuerzo por el peso de las botellas, se largó. Total, que gracias a su persuasión, consiguió unos cuatro *shō* de vino a cambio de una botella de cerveza. Gracias a su treta, comprendí que si luego metía el vino en botellas pequeñas y las rellenaba con un poco de agua, conseguiría unas veinte botellas de vino si era hábil. En fin, pienso que la avaricia de las mujeres en ocasiones es excesiva. Aun así, a pesar de haber conseguido muchísimo más de lo que podría haber adquirido con tan poco dinero, se marchó quejándose y diciendo: «¡Qué mal está el mundo, qué mal está!».

Recuerdo que aquel comerciante de vino me metió en una gran cartera, y allí me quedé dormida de puro agotamiento. Al rato me sacó y me entregó a un capitán del ejército japonés de tierra. Aquel capitán parecía que era colega de algunos comerciantes del lugar, ya que les trataba con mucha familiaridad.

El ejército le proporcionaba unos cigarrillos exclusivos que se llamaban Homare, los cuales este intentaba vender. El capitán le ofreció al comerciante de vinos una caja

en la que había escrito «Cien cigarrillos». Cuando mi dueño los contó, se dio cuenta de que solo había ochenta y seis. «¡Tramposo hijo de puta!», le gritó indignado. Aun así, el capitán logró hacerse conmigo y me metió por la fuerza y sin cuidado en su bolsillo.

Aquella noche se dirigió a un burdel a las afueras de la ciudad. Subimos al primer piso.

Aquel hombre era un borracho terrible. Estuvo bebiendo a sorbos algo que parecía brandy mientras insultaba a su acompañante femenina. Se ve que cuando bebía se ponía muy pesado.

—Tienes cara de zorra, se mire como se mire —empezó a exclamar el capitán diciendo *sorra* en lugar de zorra—. La puta cara de las *sorras*, con ese morro alargado y esos bigotes. Tres a la derecha y cuatro a la izquierda. El pedo de las *sorras* es insoportable. Todo se llena de un tremendo humo amarillo que hace que incluso un perro al olerlo de vueltas y caiga desmayado, *pum*. No, no es una broma. Por cierto, tu cara es amarilla. Es realmente amarilla. Seguro que está así por alguno de tus pedos. Joder, qué mal huele. ¿Has sido tú, no? Sí, seguro que sí. Ya te vale, menuda falta de respeto. Tirarse un pedo en la cara de un militar. ¿No te da vergüenza? Yo, aunque no lo parezca, soy muy sensible. No puedo aguantar que una *sorra* se tire pedos en mi cara —dijo muy serio y, cuando se escuchó a un bebé llorar en el piso de abajo, el capitán volvió a insultar a su acompañante—. ¡Qué niño más pesado! Ya te he dicho que soy muy sensible. ¿Pero qué dices? ¡No jodas! ¿Es tu hijo? Qué raro. A pesar de ser el hijo de una *sorra* llora como si fuese un bebé humano. De todas formas, mira que tienes poca vergüenza. Trabajar aquí teniendo un hijo, te parecerá bonito. Japón está en esta situación por culpa de mujeres egoístas e ignorantes como tú, que no sabéis cual es vuestro deber. Tú, que eres torpe e imbécil, seguro que piensas que Japón va a ganar la guerra. Pero qué idiota eres. De todos modos, hablar sobre esta guerra ya no tiene sentido. Es como lo de la *sorra* y el perro. Ese que da vueltas y se desmaya haciendo *pum*. Jamás ganaremos esta guerra. Por eso todas las noches me emborracho y me voy de putas. ¿Qué tiene de malo?

—Eres horrible —exclamó de pronto la mujer. Estaba muy pálida—. ¿Pero qué dices de zorra? Si no quieres, pues no vengas. Sois vosotros, los soldados, los únicos que os emborracháis e insultáis a las mujeres de esta manera. ¿De dónde crees que viene tu sueldo? ¡Gilipollas! Piénsalo. El Gobierno nos quita la mitad de lo que ganamos y son ellos los que os dan esa pasta para que vengáis a emborracharos. ¡No te pienses que soy idiota! Soy una mujer y es normal que tenga un hijo. No podéis ni imaginar lo que estamos sufriendo las mujeres que tenemos niños pequeños ahora mismo. De nuestras tetas ya no sale ni una sola gota de leche. Están secas. Los bebés chupan de ellas esperando a que salga algo y ya ni siquiera tienen fuerzas para succionar. Sí, claro, mi hijo es un cachorro de zorro. Tiene la mandíbula alargada, la cara arrugada y está llorando de cansancio todo el día. ¿Quieres que te lo enseñe? A pesar de ello, aguantamos la situación. Pero ¿y vosotros?

Nada más terminar de hablar, sonó la sirena que anunciaba un bombardeo aéreo y, casi al mismo tiempo, se escuchó el ruido de la primera explosión. Aquel *boom, boom, fiuuu, fiuuu* volvió de nuevo y enseguida se pudo ver el color rojo del fuego a través del *shōji* de la habitación.

—¡Vaya, han llegado, al fin han llegado! —gritó el capitán mientras se ponía en pie tambaleándose a causa de todo lo que había bebido.

La mujer huyó bajando las escaleras, veloz como un pájaro, para, al rato, volver con el bebé a hombros.

—¡Venga, salgamos de aquí! ¡Vamos! —gritó ella.

Agarró por atrás al capitán, que estaba reblandecido como si casi no tuviese huesos, y le ayudó a bajar las escaleras. Le puso los zapatos, le sujetó del brazo y así huyeron hacia el recinto de un templo sintoísta que quedaba cerca. Una vez allí, el capitán se tumbó boca arriba mientras despoticaba contra el ruido de las bombas que caían del cielo.

Aquella lluvia de fuego no paraba de caer sobre la ciudad. Pronto el templo también se incendió.

—Por favor, capitán, huyamos más lejos. Si nos quedamos aquí moriremos para nada. ¡Huyamos todo lo que podamos!

Aquella mujer, pálida y desnutrida, que ejercía una de las profesiones más denigrantes que uno pueda imaginarse, me pareció de repente la persona más noble que jamás había conocido a lo largo de mi oscura vida. Ay, ¡fuera la codicia! ¡Fuera la vanidad! De hecho, Japón perdió la guerra por culpa de estos dos defectos. Aquella mujer de compañía intentaba salvar a su cliente, que iba demasiado ebrio, y sin codicia ni vanidad alguna, tiró de él para incorporarle y ayudarle a caminar hacia unos huertos que había cerca del templo.

Cuando llegaron, el recinto del templo ya había sucumbido bajo las llamas. La mujer arrastró al capitán hacia una zona donde acababan de segar la cebada y le tumbó junto a un montículo de tierra bastante elevado. Ella se sentó a su lado extenuada y respirando agitadamente, mientras que él comenzó a roncar estrepitosamente. Aquella noche la ciudad entera ardió en llamas.

El capitán se despertó al amanecer. Se incorporó y contempló el gran incendio que se extendía a su alrededor sin saber muy bien qué había pasado. Al rato volvió en sí, y recordó lo que había ocurrido al ver a aquella mujer durmiendo a su lado. Se puso en pie algo desconcertado y dio unos cinco o seis pasos, como si tratase de huir, pero, tras meditarlo, dio media vuelta y sacó del bolsillo interior de su chaqueta cinco billetes de cien yenes. Luego me sacó a mí del bolsillo de su pantalón, nos juntó a todas, nos dobló y nos metió entre la ropa del bebé, junto a la piel de su espalda, y acto seguido huyó corriendo.

Puedo decir que aquel fue el momento más feliz de mi vida. Qué felices seríamos si siempre se nos usase de esa manera. La espalda del bebé era esquelética y tenía la piel reseca, pero recuerdo que le dije a mis compañeras:

—No existe un lugar mejor que este. Aquí somos felices. Me gustaría poder quedarme siempre junto a este niño para poder calentar su espalda y ayudarle a coger peso.

Todas asintieron en silencio.

# OSAN

## I

**A**l igual que una persona cuya alma ha huido de su cuerpo, mi marido salió por la puerta de casa sin hacer ningún ruido. Lo noté tras de mí, mientras recogía los platos de la cena. Me sentí tan triste que casi se me cayeron al suelo. Suspiré y me asomé por la ventana de la cocina. Allí estaba, alejándose por el callejón, junto al seto en el que se retuercen las enredaderas de las calabazas, dándome la espalda miserablemente. Llevaba puesto un *yukata* blanco sobre su cuerpo delgado, con un *obi* que rodeaba sus estrechas caderas. Parecía un ser ajeno a este mundo, un fantasma flotando en la oscuridad del verano.

—¿A dónde va padre? —me preguntó inocentemente nuestra hija mayor, que tiene siete años.

En aquel momento estaba jugando en el jardín, mientras se lavaba los pies en el cubo que hay junto a la puerta de la cocina. Siempre le ha preferido a él antes que a mí. Últimamente suelen dormir juntos bajo la misma mosquitera.

—Se ha ido al templo budista. —Dije lo primero que se me pasó por la cabeza, pero al instante lo interpreté como un signo de mal augurio<sup>[81]</sup>. Sentí un escalofrío.

—¿Al templo? ¿Para qué?

—Para rezar. Es la época del *obon*<sup>[82]</sup>, por eso habrá ido.

Me sorprendió la fluidez con la que me venían las mentiras a la cabeza. Aunque la verdad era que estábamos a trece de agosto. Las hijas de los vecinos salían a la calle y jugaban alrededor de sus casas ondeando las largas mangas de sus kimonos con alegría, pero a mis hijos se les quemó toda la ropa durante la guerra, por lo que siempre vestían con harapos. Incluso en época de *obon*.

—Ah. ¿Y cuándo va a volver?

—Umm, no sé yo, Masako. Si te portas bien, volverá pronto —le contesté. Aunque viendo cómo había salido de casa, dudaba mucho de que volviese aquella noche.

Masako entró a la cocina, se metió en la habitación pequeña y se sentó junto a la ventana con cierto aire melancólico.

—Mira, mamá. Al haba que planté ya le han salido flores.

Me dio tanta pena verla allí, tan inocente, que casi se me saltaron las lágrimas.

—¿A ver, a ver? ¡Anda, es verdad! Dentro de poco tendrás muchas habas. ¿Estás contenta?

Junto a la puerta de casa tenemos un huerto de unos treinta metros cuadrados. Antes, solía plantar distintos tipos de verdura, pero desde que nació nuestro tercer hijo ya no podía dedicarle el tiempo suficiente y tuve que dejarlo. Mi marido me ayudaba a cuidarlo de vez en cuando, pero llegó un momento en el que empezó a perder el interés por las cosas de casa. Sin embargo, el vecino cuida su huerto a diario y tiene todo tipo de verduras. Comparado con el suyo, el nuestro es tan lamentable que hasta da vergüenza verlo. Masako sembró una de las legumbres que recibimos del racionamiento y la sembró en una zona cubierta de malas hierbas. La estuvo regando hasta que finalmente del suelo brotó una plantita. Para ella, que no tenía ningún juguete, era algo de lo que se sentía muy orgullosa. Era su único tesoro. Siempre que visitaba al vecino, elogiaba sin reparo nuestras habas.

La ruina. La pobreza. Ya no son ninguna novedad en Japón. Sobre todo para la gente de Tokio. Todos se mueven lentamente, como invadidos por la pereza. Cualquier persona con la que te cruzas por la calle está como ausente y todos tienen un aspecto lamentable. A nosotros también se nos quemó todo lo que teníamos, y nuestra existencia es mucho más miserable cada día que pasa. Pero no era eso lo que me preocupaba de verdad. Era algo todavía mucho peor. La cosa más terrible y horrorosa que le puede ocurrir a una mujer casada.

Mi marido estuvo diez años trabajando en una revista bastante famosa, en el barrio de Kanda. Nos casamos hace ocho años, tras un *miai* de lo más corriente. Por aquel entonces, ya empezaban a escasear las casas en alquiler en el centro de Tokio, así que nos costó lo nuestro encontrar esta pequeña casa a las afueras, en la línea Chūō. Llegamos aquí justo antes de que estallase la guerra.

Como mi marido estaba algo delicado de salud, se libró del llamamiento a filas y de ese modo pudo seguir trabajando en la revista. Había una fábrica de aviones situada en nuestra zona, así que cuando las cosas se pusieron verdaderamente feas, empezaron a bombardear nuestro barrio con bastante frecuencia. Finalmente, una noche cayó una bomba en el bosque de bambú que había detrás de nuestra casa. El impacto nos destrozó la cocina, el retrete y un cuarto pequeño. Por entonces ya habían nacido Masako y Gitarō, nuestro primer hijo varón. Decidieron evacuarnos a mí y a mis hijos a casa de mis padres, en Aomori. Mi marido se quedó en la casa medio en ruinas, durmiendo en un cuarto que se salvó milagrosamente. No quería dejar su trabajo en la revista.

Pero la mala suerte parecía perseguirnos. Menos de cuatro meses después de habernos mudado a Aomori, la ciudad fue bombardeada y ardió entera. Todas las cosas que conseguimos llevarnos con nosotros con tanto esfuerzo también se quemaron. No tuvimos más remedio que mudarnos de nuevo, apenas con la ropa que llevábamos puesta, a la casa de un conocido que se había salvado del incendio. Pasamos unos diez días allí, durante los cuales no dejé de sentirme literalmente en el infierno ni un solo minuto. Ya no sabía qué hacer, y entonces llegó el día en el que se anunció por radio la rendición incondicional de Japón. Yo echaba de menos a mi

marido y a la ciudad de Tokio, así que volvimos sin equipaje alguno a casa. Al llegar parecíamos unos auténticos mendigos. Una vez de vuelta, no había ningún otro lugar al que pudiésemos ir a vivir salvo a nuestra antigua casa. Decidimos pedirle a un carpintero que nos arreglase la casa como pudiese y la habilitase para que por lo menos pudiésemos vivir bajo un techo. Y así, meses después, mi marido y yo volvimos a vivir juntos. Justo cuando creí que las cosas volverían a ser normales, la situación de mi marido dio un vuelco.

La editorial propietaria de la revista en la que trabajaba se había visto bastante afectada por los bombardeos. Además, hubo problemas de corrupción entre los propietarios y finalmente la empresa quebró. Mi marido se vio en la calle de la noche a la mañana. Pero gracias a que había conocido a mucha gente durante todos aquellos años, se juntó con varios compañeros y, a base de poner un poco de dinero cada uno, crearon una nueva editorial con la que lograron publicar dos o tres libros. Pero tuvieron un problema con la compra de papel, aquello generó pérdidas, así que finalmente mi marido acabó lleno de deudas. Tuvo que trabajar muchísimo para devolver lo que debía y para sacar adelante a la familia. Salía todas las mañanas de casa con aire distraído y volvía agotadísimo por las tardes. Nunca había sido una persona muy comunicativa, pero desde entonces se volvió todavía más callado si cabe. Finalmente consiguieron cubrir las deudas, pero tras todo aquello pareció como si mi marido hubiese perdido las ganas de trabajar.

A pesar de todo, no era de los que se quedaba en casa mucho tiempo. Cada vez que salía al *engawa* y se quedaba con aire pensativo, su actitud me preocupaba. Solía pasarse largos ratos allí de pie, contemplando el horizonte en silencio. Entonces suspiraba profundamente, tiraba el cigarrillo que estaba fumando al jardín, sacaba la cartera del cajón de su escritorio, se la metía en el bolsillo y salía de casa sin hacer ningún ruido. Esa manera de andar tan silenciosa que tenía me recordaba a las personas que han perdido su alma. Entonces sabía que esa noche no volvería a casa.

Siempre fue amable conmigo, y un gran marido. No solía tomar mucho alcohol. Si se trataba de sake, solamente tomaba un *gō*<sup>[83]</sup>, y si era cerveza nunca tomaba más de una botella pequeña. También fumaba, pero con el tabaco que proporcionaba el Gobierno con el racionamiento le era más que suficiente. En diez años de casados jamás me había insultado ni una sola vez ni me había tratado con violencia. Hubo una vez en la que vino una amistad a visitarle y Masako, que por aquella época tendría unos tres años y todavía gateaba, se les acercó y volcó sin querer el té del invitado. Mi marido me llamó para que fuese a limpiarlo, pero como yo estaba en la cocina avivando el fuego del *shichirin* y estaba haciendo mucho ruido, no pude escucharle. Recuerdo que vino a la cocina enfadadísimo con Masako en brazos. La dejó en el suelo y me lanzó una mirada de ira que me dejó petrificada. Se quedó ahí de pie, por un momento, mirándome fijamente, para después girarse y volver con su visita sin decirme nada. Cerró el *fusuma*<sup>[84]</sup> de la habitación haciendo muchísimo ruido. Tanto que sentí que me temblaba hasta la médula. Me horroricé al contemplar la fuerza que

pueden llegar a tener los hombres cuando pierden los estribos.

Aquella fue la única vez que se enfadó conmigo.

Por supuesto que sufrí durante la guerra, igual que todo el mundo. Pero tengo un marido tan amable, que puedo decir sin ningún pudor que durante los últimos ocho años fui una mujer feliz.

(Sin embargo, algo ha cambiado. Me pregunto, ¿cuándo empezó a estar así? Al volver de Aomori, tras cuatro meses sin vernos, noté algo extraño en su actitud. Cuando me sonreía, lo hacía de manera distinta a como solía. Parecía como si intentase evitar que nuestras miradas se cruzasen. Me sentía algo cohibida. Al principio supuse que era a causa de no haber estado allí para ayudarle durante los días más crudos de la guerra. Me dio mucha lástima que hubiese tenido que pasar por todo aquello él solo. Pero, quizás, quizás durante aquellos cuatro meses... No, no. Tengo que dejar de pensar en esas tonterías. Si no, terminaré hundiéndome en un pantano de sufrimiento).

Aun sabiendo que no iba a volver aquella noche, coloqué su *futón* junto al de Masako y puse la mosquitera. De pronto, noté que me invadía una profunda tristeza y sentí que me ahogaba.

## II

Al día siguiente, poco antes del mediodía, mi marido volvió a casa. Traía un gesto como de delincuente. Como un ladrón al que sorprendes colándose a hurtadillas por una ventana. Yo me encontraba junto al pozo que hay a la entrada, lavando los pañales de Toshiko, nuestra segunda hija, que había nacido aquella primavera. Mi marido llegó, me miró y me saludó inclinando ligeramente la cabeza. Al entrar en casa se tropezó y se tambaleó un poco. Al verle saludarme incluso a mí, su mujer, de aquella manera, pensé que él también estaría sufriendo con la situación. Sentí muchísima lástima por él. Ya no podía seguir con la colada, así que entré en casa y le dije:

—Qué calor hace, ¿verdad? ¿No te quieres quitar la ropa? Nos acaban de traer un par de botellas de cerveza. Son de racionamiento especial por ser época de *obon*. ¿Quieres una? Las he enfriado.

Se rio débilmente y dijo:

—¡Vaya! Menudo lujo. —Tenía la voz tomada—. Venga, vamos a bebérmolas.

Parecía como si estuviese intentando alegrarme. Aunque el intento resultó algo torpe.

—Vale, te acompaño.

Mi padre, que falleció hace ya un tiempo, siempre fue un gran bebedor. Quizá ese sea el motivo por el que yo aguante tan bien el alcohol, incluso más que mi marido. Cuando nos casamos, solíamos pasear por las calles del barrio de Shinjuku y



bebíamos en los puestos de *oden*<sup>[85]</sup>. Recuerdo que mi marido acababa siempre borracho y con la cara toda roja, mientras que a mí beber no me afectaba lo más mínimo. Tan solo me pitaban un poco los oídos. Nada más.

Mientras los niños comían, mi marido se sentó en el cuarto pequeño y le dio un par de buenos tragos a la cerveza. Tenía el torso desnudo y se había colocado una toalla húmeda sobre los hombros. Yo lo acompañé solamente con un vaso, para que pudiésemos guardar el resto para otra ocasión. Tenía a Toshiko entre mis brazos, y le daba el pecho. A simple vista, parecíamos una familia feliz, pero se notaba que había cierta tensión en el ambiente. Mi marido intentaba no mirarme a la cara. Yo, mientras, procuraba elegir con mucho tacto los temas de conversación, para no decir nada inconveniente. En realidad, la situación era bastante incómoda. Parecía que nuestros hijos también debieron de notar la tensión. Masako y Gitarō comían en silencio sus *mushipan*<sup>[86]</sup> remojados en té con *dulcin*<sup>[87]</sup>.

—¡Vaya! Cómo sube el alcohol por el día.

—Es verdad. Tienes todo el cuerpo rojo.

Fue en aquel momento cuando lo vi. Mi marido tenía una polilla morada justo bajo la mandíbula. No, no era una polilla... Recordé que yo también había tenido marcas así cuando nos casamos. Reconocí lo que era aquel moratón en forma de polilla a la altura del cuello. Mi marido se dio cuenta de que lo había visto. Enseguida se lo cubrió torpemente con la toalla húmeda que tenía sobre los hombros. Entonces advertí que se la había puesto precisamente para ocultarlo. Hice todo lo posible para fingir que no me había dado cuenta y dije:

—Masako, qué bien que hoy puedes comer con tu padre, ¿verdad?

Intenté decirlo a modo de broma cariñosa, pero sonó irónico, lo que intensificó todavía más la tensión del ambiente.

De pronto sentí que me ahogaba. Supe que ya no podía más y que iba a estallar. Entonces, de repente, comenzó a sonar el himno de Francia en la radio del vecino. Al escucharlo, mi marido dijo como para sí mismo:

—Ah, claro. ¡Hoy es el día nacional de Francia! —Esbozó una leve sonrisa y se dirigió a nosotros—. ¿Sabíais? El 14 de julio, durante la Revolución francesa...

De pronto dejó de hablar. Lo miré y vi que estaba intentando aguantarse el llanto. Tenía la boca torcida y los ojos vidriosos.

Prosiguió con voz lastimera:

—El pueblo... se levantó en armas... y atacó la Bastilla. *Desde entonces se dejó de celebrar la fiesta de la primavera en lo alto del castillo*<sup>[88]</sup>. Nunca jamás se volvió a celebrar. Era necesario. Había que destruir aquella utopía en la que se encontraba la burguesía francesa. Aunque eran conscientes de que jamás sería posible implantar un nuevo orden, al menos lo tenían que intentar, ¿no creéis? Dicen que Sun Yat-sen<sup>[89]</sup>, dijo antes de morir: «La revolución aún no ha sido completada». Bien. Quizá sea algo imposible de realizar. Pero aun así, hay veces en las que es necesario intentar hacer las cosas. Esa es la esencia de la revolución: algo triste y hermoso. Aunque pueda

parecer insignificante, esa tristeza y esa hermosura son fundamentales en una revolución. Además, el amor es... —El himno de Francia seguía sonando en la radio del vecino. Entonces mi marido comenzó a llorar a moco tendido hasta que, probablemente abrumado por la vergüenza, intentó fingir que estaba riéndose, aunque el gesto le salió muy forzado—. ¡Bueno, bueno...! Parece que vuestro padre es un borracho llorica. —Y se levantó para irse a la cocina a lavarse la cara—. Madre mía, ¿qué me habrá pasado? Creo que estoy tan borracho que hasta la Revolución francesa me pone triste. Me voy a tumbar un rato.

Se fue al cuarto grande y luego no se escuchó nada más. Probablemente estuvo llorando y retorciéndose en silencio un buen rato.

Sé que aquellas lágrimas no eran por la revolución. Aunque, en cierto modo, la Revolución francesa podría asemejarse de algún modo misterioso con el amor conyugal. El dolor que uno debe de sentir cuando ve quebrarse la dinastía real francesa, debe de ser similar al que uno siente cuando ve quebrarse la paz de su propia familia. Entendía su sufrimiento, pero y yo, ¿qué? Yo lo amaba. Me sentía como Osan, la mujer de Kamiji<sup>[90]</sup>, cuando descubre que le están siendo infiel.

*En el pecho de las mujeres casadas,  
¿vive un ogro? Ay.  
¿O vive una serpiente?*

Y yo, mientras, me resigné a sufrir en soledad, fingiendo que el sentimiento de una mujer no es equiparable al de los que se lamentan por el estallido de una revolución. No podía parar de suspirar. ¿Cómo acabaría todo? Recé una y otra vez para que el amor de mi marido cambiase de destinatario. Había dejado todo en manos del destino, había evitado entrometerme en sus asuntos. Pero ¿podría haber hecho algo más? Seguramente sí. Teníamos tres hijos. Ya era demasiado tarde para separarme de él. Eso supondría separarme de los niños también.

Cuando aparecía por casa durante dos noches seguidas, al menos luego siempre venía una para dormir. Aquella vez hizo lo mismo. Después de cenar, se puso a jugar con los niños en el *engawa*. Estuvo tratándoles con mucho cariño, pero halagándoles de manera exagerada. Cogió torpemente a la más pequeña y le dijo:

—¡Pero qué guapita y qué redondita eres!

—Sí que lo es. Cuando estás con los niños te entran ganas de vivir una larga vida junto a ellos —dije sin pensar.

De pronto cambió su semblante.

—Ya —me contestó con amargura.

Me puse nerviosa y un sudor frío me recorrió la espalda. Siempre que duerme en casa, a eso de las ocho de la tarde coloca su *futón* en el cuarto grande junto al de Masako y cuelga la mosquitera. Masako quiere seguir jugando con él, pero él le pone el pijama, se acuesta junto a ella y apaga la luz. Eso es todo. Mientras, yo acuesto al niño y a la pequeña en la diminuta habitación de al lado. Me pongo a coser hasta las

once y cuando estoy cansada me meto entre los dos bajo la mosquitera.

... Y no consigo dormir. Parece que mi marido tampoco puede, porque desde el cuarto de al lado se le oye suspirar. Yo también suspiro sin querer.

*En el pecho de las mujeres casadas,  
¿vive un ogro? Ay.  
¿O vive una serpiente?*

Me acordé de la canción de Osan. De pronto mi marido se levantó y vino a mi habitación. Me puse nerviosa.

—Esto..., no tendrás pastillas para dormir.

—Quedaban algunas, pero me las tomé todas anoche. Lo cierto es que no me hicieron ningún efecto.

—Si tomas demasiadas no te hacen nada. Tienes que tomar la cantidad justa. Seis pastillas nada más.

Estaba de mal humor.

### III

Vinieron entonces unos días muy calurosos. El calor y la preocupación hicieron que me desapareciera el apetito. Adelgacé tanto que los pómulos se me empezaron a marcar y cada vez producía menos leche para dar de mamar a la pequeña. Mi marido también estaba bastante nervioso. Tampoco tenía nada de hambre y sus ojos pasaron a ser dos bolas que brillaban de manera horrorosa, enmarcados por unas profundas ojeras. En una ocasión dijo riéndose de sí mismo:

—Quizá sería mejor que me volviese loco. Así no tendría que preocuparme de nada.

—A mí también me gustaría volverme loca para no tener que preocuparme de nada.

—Alguien que no ha hecho nada malo no se merece padecer este sufrimiento. Admiro a la gente seria como tú, que es capaz de saber vivir de modo correcto. Creo que hay dos tipos de personas en esta vida. Los que han nacido para llevar una vida ejemplar y los que no. Puede que sea algo que ya está decidido desde el nacimiento.

—No sé, no creo. Yo no soy nada de eso. Simplemente es que soy poco sensible. Solo que...

—Solo que, ¿qué?

Me miró de una forma extraña. Ahora sí que parecía un loco de verdad. Tuve que tragarme mis palabras. Me dio tanto miedo que no fui capaz de decir nada con claridad.

—Solo que... a mí también me duele verte sufrir.

—¡Anda, anda!, ¿solo eso? No será para tanto —dijo sonriendo con cara de

alivio.

En aquel momento me sentí inmensamente dichosa. Vino a mí una sensación de frescura que hacía mucho que no sentía. (Eso es. Si le ayudo a aliviar su sufrimiento, yo también me sentiré mejor. Me da igual si no es lo correcto, solamente quiero que dejemos de sufrir. Nada más). Aquella noche me metí dentro de la mosquitera en la que estaba mi marido. Me tumbé junto a él y le dije:

—Tranquilo. No tienes por qué seguir preocupándote. A mí no me importa.

—*Excuse me*<sup>[91]</sup> —dijo con la voz ronca. Se sentó de piernas cruzadas sobre el *futón* y prosiguió—. *Don't mind, don't mind*<sup>[92]</sup>.

La luz de la luna llena se colaba entre las cuatro o cinco roturas del *amado* como derramando por la habitación sus minúsculos hilos de plata, y caía sobre la mosquitera, posándose sobre su pecho delgado y desnudo.

—Pero, has adelgazado —le contesté en tono alegre mientras me sentaba a su lado.

—Tú también estás más delgada. Eso te pasa por preocuparte tanto por tonterías.

—No, no. Lo que te acabo de decir es cierto. De verdad que no me importa lo que hagas. No te preocupes por mí, soy una mujer lista. Solo que, de vez en cuando, tenme más en cuenta, ¿vale? —dije riéndome. Mi marido también se rio, y sus dientes blancos brillaron a la luz de la luna.

Cuando era pequeña y mis abuelos discutían, al final, mi abuela siempre le decía lo mismo: «Tenme más en cuenta, anda». Como me pareció gracioso, se lo conté a mi marido y nos reímos mucho. Le repetí aquella frase y se rio, pero enseguida se puso serio y me dijo:

—De verdad que estoy intentando cuidarte lo mejor que puedo. Siempre intento no hacerte daño. Eres una buena persona, de verdad. No te preocupes por cosas que carecen de importancia. Quédate tranquila y no te preocupes. Tienes tu orgullo intacto. Deberías saber que no hago más que pensar en ti. De eso puedes estar segura. —Lo dijo con tanta seriedad que el tono cariñoso que habíamos estado utilizando desapareció. Aquello me hizo sentir muy incómoda.

—Pero, has cambiado... —le dije agachando la cabeza y en voz baja.

(Preferiría que no pensase en mí, incluso que me odiase. Así me sentiría menos agobiada. El hecho de que piense continuamente en mí y que al mismo tiempo tenga a otra mujer por ahí hace que me lleven los demonios. O lo mismo es que todos los hombres están equivocados y piensan que lo correcto es estar pensando en sus mujeres a todas horas. Que crean que, aunque se enamoren de otra, no sea algo malo mientras estén pensando en la mujer con la que se casaron. Y, cuando se encuentran en esa situación y están frente a su esposa, no hacen más que debatirse entre dilemas morales mientras suspiran melancólicamente. Ese ambiente tan nefasto se transmite a sus mujeres, lo que hace que también suspiren. Si el marido permanece alegre y sin preocupaciones, la mujer no tiene por qué sufrir tanto. Si se enamoran de otra, deberían amarla sin más y olvidar a su mujer).

Mi marido soltó una carcajada y dijo:

—Qué va, qué va. No he cambiado ni un ápice. Es por este calor que hace últimamente. Es insoportable. El verano es muy de *excuse me*. —Y luego se rio.

Como no había manera de seguir con la conversación, yo también me reí y le dije: —¡Te odio!

Le golpeé en broma y salí rápidamente de la mosquitera. Volví a mi cuarto y me acosté entre mis dos hijos pequeños.

Aunque aquello no fue para tirar cohetes, me alegré de haber podido mantener una conversación distendida con mi marido. Sentí que me quitaba un gran peso de encima y pude dormir hasta la mañana siguiente sin dificultad. Hacía mucho que no dormía tan bien.

A partir de aquella noche decidí cambiar mi manera de pensar. Intentaba bromear con él cariñosamente siempre que podía. Ignoré que en realidad fuese un tipo de autoengaño y dejé de pensar en si estaba haciendo lo correcto. Anhelaba vivir con la conciencia tranquila, aunque fuese por poco tiempo. Con pasar un par de horas alegres al día era más que suficiente. Poco a poco, las risas volvieron a nuestro hogar.

De pronto, un día por la mañana, me dijo que quería irse a un *onsen*.

—Hace tanto calor que no hago más que tener dolores de cabeza. Quiero ir a ese que está en Shinshū. Tengo un amigo que vive cerca de allí. Siempre me dice que vaya cuando quiera y que no hace falta que me preocupe por el arroz<sup>[93]</sup>. Me gustaría quedarme allí un par de semanas para poder descansar. Si me quedo aquí me acabaré volviendo loco. De todas formas, hacía ya tiempo que quería escapar de Tokio.

Pensé que quizá quería irse de viaje para huir de aquella mujer.

—¿Y si entra alguien en casa armado con una pistola cuando tú no estés? —le dije en broma. (Ay, la gente triste suele gastar muchas bromas).

—Entonces dile al señor atracador que tu marido está loco. Que aunque tenga una pistola no podrá hacer nada contra él, ¿no es así?

Como no tenía ningún motivo para oponerme a aquel viaje, empecé a buscar su ropa de verano. Debía de estar en el armario, pero por más que buscaba no era capaz de encontrarla. Me puse pálida y le dije:

—No encuentro tu ropa de lino ¿Dónde estará? No nos habrán robado, ¿verdad?

—La vendí —me dijo con una sonrisa que expresaba cierta tristeza.

Aquello me dejó helada, pero fingí que no me importaba y le contesté:

—Vaya, qué rápido fuiste.

—¿Ves? Yo sí que soy un atracador con todas las de la ley.

Pensé que quizá la había vendido en secreto porque necesitaba dinero para dárselo a aquella mujer.

—¿Entonces qué te vas a poner?

—Dame una camisa. Con eso voy bien.

Había planeado salir al mediodía. Parecía que quería irse de casa lo antes posible, pero aquel día, tras una temporada de muchísimo calor, empezó a llover. Mi marido,

que ya se había puesto la mochila y los zapatos, se pasó toda la tarde esperando a que escampase sentado sobre el escalón de la entrada. Yo notaba que cada vez estaba de peor humor.

—Esta lila florece cada dos años, ¿no? —murmuró.

La flor de lila que teníamos frente a la entrada no había florecido aquel año.

—Supongo —le contesté sin darle mucha importancia.

Aquella fue la última conversación que tuve con él.

Cuando paró de llover, mi marido se fue, como si huyese de algo. Tres días después, apareció en el periódico un pequeño artículo que hablaba sobre un suicidio doble en el lago Suwa<sup>[94]</sup>.

Más tarde recibí una carta que me había escrito desde el hostel del lago.

«El motivo por el que he muerto acompañado de esta mujer no es por amor. Soy periodista. Nuestro oficio es provocar a la gente para que cree una revolución que genere una gran destrucción. Después, huimos y nos escondemos lejos del peligro. Somos seres realmente extraños, los periodistas. Demonios de la actualidad. No puedo seguir soportando la repugnancia que siento por mí mismo, por eso he decidido cargar con la cruz de la revolución. Me gustaría que mi muerte sirviera para algo, para que los demás demonios se avergüencen y reflexionen, aunque sea solo un poco».

Era una carta absolutamente ridícula. ¿De verdad los hombres tienen que buscarle significado a todo? ¿De verdad tienen que estar siempre dándose tanta importancia y mintiendo para guardar las apariencias incluso hasta en el último momento de sus vidas?

Poco después, un antiguo amigo de mi marido me contó que aquella mujer con la que se había suicidado era periodista, como él. Tenía veintiocho años y trabajaba en la misma editorial en la que mi marido había trabajado años atrás, en Kanda. Solía venir a dormir a nuestra casa cuando yo estaba refugiada en Aomori. Por lo visto, él la dejó embarazada y ahí empezaron los problemas. Aquel fue el verdadero motivo de sus cambios de humor. Hablando continuamente de revoluciones y demás tonterías para después terminar suicidándose con ella. ¡Supe que me había casado con un imbécil!

La revolución se hace para mejorar la vida de las personas. Ya no me fío de esos revolucionarios con cara triste. ¿Por qué mi marido no pudo querer a aquella mujer abiertamente? Que lo hubiese afrontado con más alegría. Incluso podría habérmela transmitido a mí. El amor, si va acompañado de dolor, es insufrible. Y afecta a la gente que te rodea.

La verdadera revolución consiste en cambiar la manera de pensar de uno. Si hubiese sido valiente, sus problemas se habrían acabado. Él, que hablaba sobre cargar con la cruz de la revolución, ni siquiera fue capaz de cambiar sus sentimientos hacia su propia mujer.

Yendo hacia Suwa en tren para recoger el cadáver de mi marido junto a mis tres hijos, no sentí ni tristeza ni odio. Me atormentaba solamente de pensar lo absurdo que había sido todo.

## UNA SEÑORA ENCANTADORA

La señora es una persona muy solícita a la que siempre le ha gustado tener invitados en casa. Bueno, no exactamente. Más que gustarle, es como si se sintiese obligada a ello. Siempre que algún visitante llama al timbre, salgo para recibirle. Cuando llego a la habitación de la señora para comunicarle quién ha venido, su cara está alerta, como si fuese un pequeño pájaro a punto de alzar el vuelo tras haber oído el aleteo de un águila. Se arregla el pelo rápidamente con una mano, se coloca el cuello del kimono y, sin dejarme terminar la frase, sale al pasillo y acude corriendo a la entrada para recibir a los invitados entre exclamaciones, empleando un extraño tono de voz similar a un silbato que me hacía dudar de si era llanto o risa. Entonces, va y viene del salón a la cocina, y de la cocina al salón, corriendo como una loca y con la mirada totalmente abstraída. Incluso a mí, que soy su criada, me pide disculpas cada vez que vuelca la olla o se le cae un plato. Cuando ya todos se han marchado, se tumba a solas en la sala de estar, exhausta, e incluso a veces se pone a llorar.

La señora procede de una familia adinerada de agricultores de la prefectura de Fukushima. Se casó con un profesor de la Universidad de Hongō que también era de buena familia. Solían comportarse como críos, quizá por el hecho de no haber tenido hijos. Vivían sin preocupaciones, e incluso daba la sensación de que nunca habían sufrido por nada. Entré a trabajar en esta casa hace cuatro años, cuando todavía estábamos en guerra. Su marido fue nombrado soldado nacional de segunda<sup>[95]</sup> debido a su delicada salud. A pesar de ello, le llamaron a filas medio año después, con tan mala suerte que le destinaron a una isla del Pacífico meridional. Poco después acabó la guerra, pero su marido no regresó. No teníamos noticias de lo que podía haberle pasado. Incluso recibimos un día una carta del comandante del regimiento al que pertenecía en la que decía que era muy poco probable que hubiese sobrevivido. A partir de entonces, la señora empezó a tratar a sus invitados de un modo mucho más efusivo. Me daba muchísima pena verla comportarse de esa manera.

Al principio solamente venían familiares suyos, de vez en cuando. Hasta que apareció el doctor Sasajima. Cuando el marido de la señora fue destinado a aquella isla en medio del Pacífico, su familia empezó a mandarle abundantes cantidades de dinero, así que pudo seguir permitiéndose una vida tranquila y sin estrecheces. Pero, desde que el doctor Sasajima empezó a visitarla, la vida de mi señora cambió para siempre.

Este barrio, a pesar de encontrarse a las afueras de Tokio, está bien comunicado



con el centro. Como afortunadamente no sufrió los estragos de la guerra, muchas de las personas que perdieron sus hogares en la capital se trasladaron aquí cuando esta terminó. Esa es la razón por la cual no hacíamos más que toparnos con desconocidos en las zonas comerciales.

Si no recuerdo mal, fue a finales del año pasado cuando la señora trajo al doctor Sasajima por primera vez a casa. Al parecer, se encontraron por casualidad en el mercado. Hacía diez años que no se veían. Y ese súbito reencuentro supuso para nosotras el comienzo de nuestras desgracias.

El doctor Sasajima tiene alrededor de cuarenta años, la misma edad que debería tener el marido de la señora. También da la casualidad de que es, como él, profesor de la Universidad de Hongō. Solo se diferenciaban en la especialidad: la de uno era la Literatura y la del otro la Medicina. Por lo visto, habían sido compañeros de instituto. También me enteré de que, antes de que construyesen esta casa, la señora y su marido pasaron cierto tiempo viviendo en un apartamento del barrio de Komagome, al norte de la ciudad, y que el doctor Sasajima, que por aquel entonces era soltero, vivía en el mismo edificio que ellos. Supongo que, al pertenecer a distintas especialidades, perdieron el contacto al venirse mi señora y su marido a vivir aquí. Así que, cuando unos diez años después, la señora se lo encontró por casualidad en un mercado de la zona, se llevó una buena sorpresa. Aunque entablaron conversación, la señora bien podría haberse despedido de él una vez hubiesen terminado de hablar, pero no. Mi señora era demasiado amable como para no ofrecerse a recibirle. Siempre era igual. Le dijo que su casa estaba cerca y, que si no tenía inconveniente, podía acercarse algún día a tomar algo. Aunque en realidad, según supe después, no tenía muchas ganas de que viniese, se mostró muy insistente. Es así como se comporta mi señora. Tiene miedo de decirles a los demás lo que piensa.

El doctor Sasajima le tomó la palabra y poco después la acompañó hasta casa. Era la primera vez que yo lo veía. Venía vestido de manera extraña, con una capa y sujetando una cesta de la compra.

—¡Caramba!, qué buena casa —dijo—. ¡Qué suerte que se haya salvado de los bombardeos! ¿Vives aquí sola? ¡Es demasiado lujo para solo una persona! ¡Normal que no venga nadie! ¿Quién puede vivir en una casa habitada solo por mujeres en la que todo está cuidado hasta el mínimo detalle? Si me viniese a vivir aquí seguro que me sentiría de lo más incómodo. Aunque no me imaginaba que estuvieses tan cerca de donde yo vivo. Sabía que vivías por la zona de M. Llevo ya casi un año viviendo aquí y nunca me había fijado en la placa de la puerta con tu nombre. ¡Qué tonto soy! Lo cierto es que suelo pasar por delante de tu casa muy a menudo. Siempre que voy a comprar al mercado, paso por esta calle. —El doctor Sasajima inspeccionaba con ojo analítico la casa—. Um... ¿Sabes? Lo pasé muy mal durante la guerra. Nada más casarme, me llamaron a filas. Cuando por fin pude volver, mi casa se había quemado por completo y mi mujer se había refugiado en Chiba, en casa de sus padres, con nuestro hijo, que había nacido durante mi ausencia. De momento no tengo más



remedio que vivir aquí solo, alquilando una habitación de tres tatamis encima de la droguería que hay aquí cerca. Cuando me encontraste, estaba deambulando por el mercado con la cesta en la mano, pensando en hacerme un caldo de pollo para esta noche y luego dedicarme a beber sake. En esta situación a la que he llegado, ya todo me da igual. Ya ni siquiera sé si estoy vivo o muerto.

Se sentó en el salón, cruzó las piernas, y siguió un rato más hablando de sí mismo.

—Siento mucho por todo lo que ha tenido que pasar —dijo la señora. De pronto, como de costumbre, empezó a ofrecerle abundante comida. Vino corriendo a la cocina con el rostro demudado y me dijo, como disculpándose—: Ume, ¿te importaría...? —Y me pidió que les preparase un caldo de pollo y que les sirviese algo de sake.

Se dio la vuelta y volvió corriendo para encender el fuego. Luego sacó el juego de tazas de té. En lugar de ternura, sentí cierto desagrado al ver lo nerviosa que se ponía intentando agradar a su invitado.

De pronto, escuché al doctor Sasajima decir en voz muy alta, sin pudor alguno:

—¡Anda! No me digas que vas a preparar pollo. Siento importunarte tanto, pero siempre que hago pollo suelo acompañarlo con *konnyaku*<sup>[96]</sup> en tiras. ¿Te importaría echarle un poco? ¡Ah! Y si tienes tofu quedará todavía mucho mejor. Si lo haces solo con puerro queda muy soso.

La señora le dejó con la palabra en la boca y se vino corriendo a la cocina y se dirigió a mí pidiéndome que preparase esas cosas como si fuese una niña, como si le diese vergüenza decírmelo o como si estuviese a punto de llorar:

—Ume, ¿sería mucha molestia si...?

El doctor Sasajima se emborrachó rápidamente; bebía el sake en vaso, porque decía que le daba pereza tomarlo en *ochoko*<sup>[97]</sup>.

—Ya veo. Así que tu marido acabó desapareciendo. En ese caso debe de haber un ochenta o un noventa por ciento de probabilidades de que haya muerto. Así es, no eres la única desafortunada —comentó como si nada para luego seguir hablando sobre sí mismo—. Mírame a mí. He perdido mi casa y no me queda otra que vivir lejos de mi querida familia. Todo lo que tenía se quemó en la guerra. Los muebles, la ropa, el *futón*, la mosquitera... ¡No me queda nada! ¿Y sabes qué? Incluso tuve que dormir en los pasillos del hospital de la universidad antes de poder alquilar la habitación de tres tatamis de la droguería. Nosotros, los médicos, llevamos una vida mucho más dura que la de los pacientes, créeme. Casi preferiría ser uno de ellos. ¡Ay! Qué desagradable y miserable es mi vida. Pero tu situación es mucho mejor que la mía.

—Sí, es verdad —contestó ella rápidamente—. Tienes razón. A veces pienso que soy demasiado afortunada.

—Exacto, así es. Algún día me traeré a algunos amigos, ¿vale? Todos lo están pasando realmente mal. No me queda otra que pedirte que cuides bien de ellos,

¿comprendes?

La señora se rio como si le agradase mucho la idea y contestó con ternura:

—Claro que sí, ¿cómo no? Es lo menos que puedo hacer.

A partir de entonces, esta casa pasó a convertirse en un manicomio.

Aquello que dijo el doctor Sasajima resultó no ser la típica broma de un borracho. Cuatro o cinco días más tarde, se presentó con tres amigos y exclamó el muy sinvergüenza:

—Acabamos de celebrar la cena de fin de año del hospital y hemos decidido continuar la fiesta en tu casa. ¡Hala! ¡A beber toda la noche! Últimamente no hay muchos locales cómodos donde podamos armar jaleo, ¿sabes? ¡Eh, oídmelos todos! ¡Pasad, pasad! El salón está allí, no os cortéis. Dejaos el abrigo puesto, que hace mucho frío —dijo a voces, como si fuese su propia casa.

Entre ellos había una mujer que parecía ser enfermera y saltaba a la vista que estaba intentando seducirla. No tenía reparo alguno en que nos diésemos cuenta. La señora no supo qué hacer más que reírse de modo forzado y dejarles pasar. El doctor Sasajima comenzó a darle órdenes como si fuese su propia sirvienta:

—Eh, enciéndenlos el *kotatsu*, anda. Ah, y si no te importa, tráenos algo de sake. Del bueno, eh, como el del otro día. Y si no tienes sake, tráete algo de *shōchū* o de whisky, ¿vale? Y para comer... ¡Ah, sí! Mira, te he traído un regalo. ¡Toma, es anguila! Anguila a la brasa. Cuando hace frío no hay nada mejor que esto. Una para ti y otra para nosotros, ¿te parece? ¡Ah! Y además... ¡Oye! ¡Alguno de vosotros tenía una manzana!, ¿no? ¡No seáis tacaños, dádsela! Es una manzana de tipo India, ¡huele muy bien!

A uno de ellos se le cayó una pequeña manzana que vino rodando hasta mí cuando entré para servirles el té. Me dieron ganas de arrearle una patada a la manzana. Solo una. Y además, ¿qué pretendía que hiciéramos con una mísera manzana? ¡El muy descarado! Más tarde le eché un ojo a la anguila que trajo y resultó ser diminuta y muy fina, y además estaba seca.

La fiesta duró hasta el amanecer. Hicieron beber a la señora y, cuando ya había salido el sol, se quedaron todos dormidos en el suelo alrededor del *kotatsu*. Le insistieron para que durmiese con ellos. Imagino que ella no pegó ojo, pero los demás durmieron como troncos hasta el mediodía. Cuando se levantaron y ya se les había pasado la borrachera, tomaron *ochazuke*<sup>[98]</sup> en silencio. Se dieron cuenta de que yo estaba muy enfadada con ellos, así que no se atrevían a mirarme. Al rato, cada uno se fue a su casa. Tenían unos ojos tan vacíos y vidriosos que parecían pescados podridos.

—Señora, ¿por qué ha dormido usted con ellos en el suelo? Es de muy mala educación.

—Lo siento mucho, no... Es que no sé decir que no a nadie...

No fui capaz de reprocharle nada. Estaba demasiado pálida. Parecía agotada por no haber dormido y tenía lágrimas en los ojos. A partir de entonces, los lobos

empezaron a atacarnos con más frecuencia y esta casa pasó a ser algo así como la residencia de los amigos del doctor Sasajima. Incluso aunque no viniese el doctor, sus amigos se presentaban a las horas más intempestivas y se quedaban a dormir, insistiendo a la señora para que durmiese con ellos en el suelo. Ella era la única que no conseguía dormir. Así que, como no es muy fuerte, en las ocasiones en las que no venía ningún invitado se veía obligada a guardar cama.

—Señora, últimamente la veo muy agotada. ¿No puede dejar de relacionarse con esta gente?

—Lo siento, no puedo... Es gente sin suerte. Venir a esta casa es la única forma de divertirse que tienen, ¿no crees?

¡Qué tontería! Pronto empezó a gastarse un montón de dinero en ellos. A este paso, en medio año tendría que vender la casa. Sin embargo, a ellos no les decía nada. Obviamente no tardó en caer enferma, pero cuando venía alguien a visitarla, se levantaba enseguida, se arreglaba rápidamente y acudía corriendo a la entrada para recibir al recién llegado entre exclamaciones de alegría, empleando un extraño tono de voz similar a un silbato que me hacía dudar si era llanto o risa.

Ocurrió una noche a principios de primavera. Vino un grupo de gente a casa. Como yo sabía que, al igual que ocurría siempre, la fiesta duraría hasta el amanecer, le recomendé a la señora que comiésemos algo rápidamente antes de que comenzase el jaleo. Comimos unos bollitos de *mushipan* en la cocina sin ni siquiera sentarnos. Siempre les ofrecía a los invitados los platos más lujosos que se podía permitir, pero ella, por el contrario, se apañaba con este tipo de sucedáneos. Justo en ese momento, todos los borrachos que estaban en el salón empezaron a reírse de manera desagradable y pudimos escuchar lo que decían en voz alta:

—No, no. No me lo creo. Todavía tengo dudas sobre vuestra relación. Dices que la señora esta y tú... —A continuación dijo una palabra de lo más sucia, desagradable e irrespetuosa, seguida de unos cuantos tecnicismos médicos. A lo que el joven doctor Imai contestó:

—¿Pero qué coño dices? Yo no vengo aquí por amor. Para mí esto es como un hostel. Nada más.

Noté cómo el rostro se me encendía de ira.

La señora estaba bajo una luz tenue, comiendo el bollito de pan en silencio, con la cabeza baja. Noté que había lágrimas en sus ojos. Me dio tanta lástima que no pude decirle nada. De pronto, sin ni siquiera alzar la mirada, me dijo en voz baja:

—Ume, siento hacerte trabajar tanto, pero mañana por la mañana llena la bañera de agua caliente, por favor. Al doctor Imai le gusta bañarse cuando se levanta.

Aquella fue la única vez en la que pude ver algo de rabia en su rostro. Inmediatamente después, volvió corriendo al salón, y empezó a fingir que se reía con los visitantes como si no hubiese pasado nada.

Yo era consciente de que su salud había empeorado muchísimo. Sin embargo, como siempre que venía alguien hacía como si estuviese bien, ninguno de ellos, a

pesar de tratarse de médicos profesionales, se daba cuenta de su verdadero estado.

Fue en una tranquila mañana de primavera. Por suerte, nadie se había quedado a dormir aquella noche, por lo que yo me hallaba haciendo la colada tranquilamente junto al pozo. De pronto, la señora salió tambaleándose al jardín, descalza y, arrodillándose, vomitó un montón de sangre frente al seto donde brotan las flores amarillas. Solté una exclamación y me fui corriendo hacia ella, la agarré por las axilas y me la llevé a rastras hasta su habitación. Allí la acosté con sumo cuidado.

—¡Por esto! ¡Justo por esto odio que venga tanta gente! Puesto que todos son médicos tendrían que curarla y hacer que se pusiera mejor. ¡Si no, jamás los perdonaré! —dije llorando.

—No, no. No les digas nada, que se sentirán culpables.

—Pero ¿qué va a hacer? Está muy enferma. ¿Va a levantarse y a seguir atendiendoles como siempre? ¿Y si vomita sangre frente a ellos mientras duermen en el suelo? ¡Menudo espectáculo daría!

La señora se quedó pensando durante un instante con los ojos cerrados. Al cabo de un rato dijo:

—De momento me iré a casa de mis padres. Tú quédate aquí y sigue atendiendoles lo mejor que puedas, por favor. Son gente que no tiene ningún sitio en el que poder dormir con tranquilidad. Ah y, por favor, no les digas nada de que estoy enferma —dijo, sonriendo con ternura.

Acto seguido hice la maleta para poder salir antes de que viniese alguien. Pensé que, al menos, debería acompañarla hasta Fukushima, donde vivían sus padres, así que pensé en comprar dos billetes. Pero estaba demasiado débil para poder viajar. Tres días después, la señora mejoró un poco y, aprovechando que estábamos solas, le dije que se preparase para salir. Cerré rápidamente el *amado*, eché todas las llaves de la casa y abrí la puerta. Entonces, justo cuando nos disponíamos a salir...

¡Ay, Dios mío!

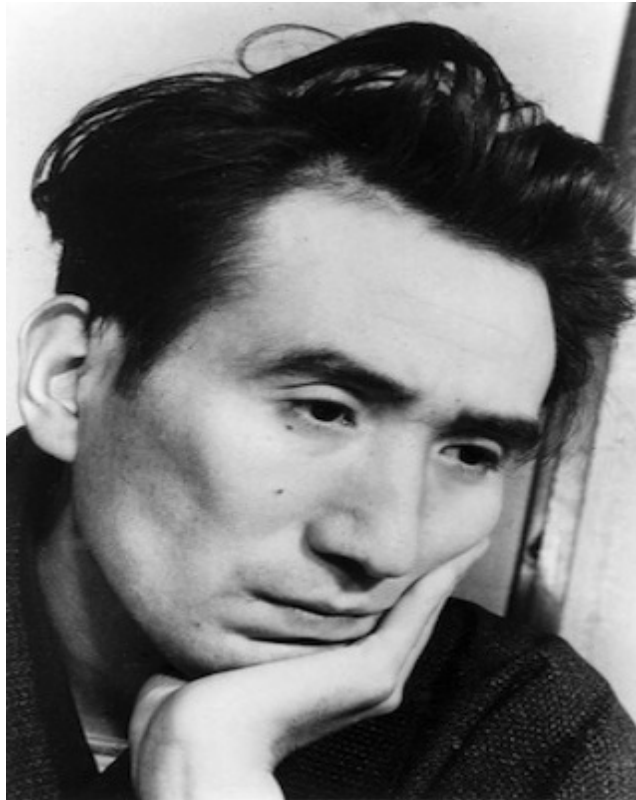
Apareció el doctor Sasajima. A pesar de que estábamos a plena luz del día, venía borracho y acompañado de dos mujeres jóvenes que probablemente serían enfermeras de su hospital.

—¡Anda!, ¿os vais? ¿A dónde?

—Nada, nada, no se preocupe, no nos íbamos. Ume, ¿podrías abrir el *amado*? Pase usted, doctor, pase, por favor. No hay ningún problema.

Saludó a aquellas dos mujeres con esa extraña voz que yo seguía sin saber si era llanto o risa. De nuevo, la locura. Empezó a moverse de acá para allá como un ratón. En cuanto pudo me dio su bolso, el mismo que había preparado para el viaje, y me dijo que fuese al mercado. Una vez allí, cuando lo abrí para coger el dinero de la compra, me sorprendí al descubrir que su billete de tren estaba partido en dos. Lo había roto sin que nadie se diese cuenta cuando nos encontramos con el doctor Sasajima al salir de casa. Me quedé atónita al contemplar la bondad sin límites de la señora. Al mismo tiempo, sentí, por primera vez en mi vida, que había seres humanos

en cuyo interior se encontraba un raro y precioso tesoro. Yo también saqué mi billete y lo rompí. Acto seguido me dispuse a buscar los alimentos más deliciosos que pudiese encontrar en el mercado a fin de agradar a nuestros invitados.



Osamu Dazai (Kanagi, 1909 - Tokio, 1948), seudónimo de Shuji Tsushima, nació en 1909 en Kanagi, en la prefectura de Aomori. Fue el octavo hijo superviviente de un rico terrateniente y de una mujer de salud frágil, por lo que fue criado por los sirvientes.

Aficionado a la vida licenciosa, en 1927 intentó suicidarse por primera vez ingiriendo barbitúricos. En octubre de 1930 se escapó de casa con Hatsuyo Oyama, una *geisha* de bajo rango, lo que motivó su expulsión formal de la familia. Diez días después intentaría suicidarse de nuevo, arrojándose al mar junto a una chica de 19 años a quien acababa de conocer. Ella moriría, pero él sobreviviría. Tras ser readmitido por su familia, se casó con Oyama. Comenzó entonces a sentar la cabeza y se las arregló para obtener el patrocinio del escritor Masuji Ibuse, gracias al cual pudo empezar a publicar sus obras. Su primera obra («Tren», 1933), aparecida ya bajo seudónimo, constituiría también su primera experiencia con el género del *watakushi shosetsu*, estilo autobiográfico en primera persona en el que se reveló como un maestro.

Tras ser rechazado por un periódico tokiota en el que quería trabajar, el 19 de marzo de 1935 intentó ahorcarse sin éxito. Pero lo peor estaba por venir. Menos de tres semanas después, Dazai enfermó de apendicitis e ingresó en una clínica, donde se haría adicto al Pabinal, un analgésico a base de morfina. En octubre de 1936 fue trasladado a una institución mental. Durante su «tratamiento», que duró un mes, su mujer estuvo engañándolo con su mejor amigo. Cuando Dazai se entera, intenta cometer suicidio doble con su propia esposa, tomando pastillas. Pero ninguno de los dos muere y Dazai rápidamente solicita el divorcio. Vuelve a casarse muy poco

después, esta vez con una maestra de secundaria, Michiko Ishihara, que le daría tres hijos.

Sería tras la guerra, en la que Dazai no participó a causa de una tuberculosis, cuando llegaría a la cima de su popularidad. En 1947 publica su obra más conocida, *Ocaso*, basada en el diario de una de sus seguidoras, Shizuko Ōta, con la que intimó hasta el punto de dejarla embarazada de una niña. A esas alturas, Dazai ya era alcohólico y su salud se deterioraba a toda velocidad. Conocería entonces a Tomie Yamazaki, una esteticista y viuda de guerra con quien huiría. Junto a ella escribió la novela parcialmente autobiográfica *Indigno de ser humano* (1948).

El 13 de junio de 1948, Dazai por fin tuvo éxito en sus planes suicidas y se ahogó junto a Tomie en las aguas del canal de Tamagawa, que venía especialmente crecido por las últimas lluvias. Sus cuerpos no fueron hallados hasta el día 19 de junio. Curiosamente, ese día Dazai habría cumplido treinta y nueve años.

# Notas



[1] Kimono ligero hecho de algodón para el verano. Antiguamente se vestía para ir a los baños públicos y solía ser de colores claros. *(Todas las notas son de los traductores)*. <<

[2] Calzado tradicional japonés de madera con forma de chancleta. Se pronuncia «gueta». <<

[3] En Japón, se atribuye a los zorros poderes sobrenaturales, que suelen usar para molestar a los humanos. Por eso, cuando una persona se comporta de manera extraña, se dice que está poseída por un zorro. <<

[4] Refrán japonés procedente de China. <<

[5] Aproximadamente diez metros cuadrados. <<

[6] Estilo de cama tradicional japonesa que se compone de un colchón y una funda. Normalmente se coloca por la noche sobre el tatami y por la mañana se pliega y se guarda en el armario. <<

[7] En japonés, dar pena se dice Kawaiśō, de ahí su nombre. <<

[8] Pasillo exterior cubierto, típico de las casas antiguas japonesas. Podría asemejarse a lo que en occidente se conoce como porche. <<



[9] Canción popular de Japón que narra la trágica historia de una chica llamada Okichi. <<

[10] Tallarines gelatinosos hechos a base del extracto de alga conocido como *agar-agar*. Se deja cuajar la pasta gelatinosa en un molde para después hacerla pasar por una pequeña malla, saliendo así los tallarines. <<

[11] Fumimaro Konoe (1891-1945), político japonés que llegó a primer ministro de Japón durante los primeros años de la segunda guerra mundial. <<

[12] *Paraguas*, en inglés. Escrito así en el original para resaltar que es un paraguas occidental muy decorado. <<

[13] Pañuelo típico que se usa para envolver y transportar objetos con facilidad. <<

[14] En Japón es común juntar siete leyendas urbanas de un lugar en concreto y llamarlas las *Nana Fushigi* (siete rarezas, cosas inexplicables). <<

[15] Fusanosuke Kuhara (1869-1965) fue un hombre de negocios y político sindicalista japonés. <<

[16] Tradición japonesa similar a los matrimonios concertados occidentales. Se realizan (aunque cada vez con menos frecuencia) con el objetivo de que ambas familias mantengan sus estatus sociales y económicos. <<



[17] Tela que se usa como cinturón cuando se viste con kimono. <<

[18] Condimento dulce japonés hecho a base de vino de arroz, pero con bajo contenido de alcohol. <<

[19] Marca de cigarrillos japonesa con un filtro compuesto por un pequeño tubo en lugar de una esponja, como es común. Hoy en día ya no se fabrican. <<

[20] Uno de los almacenes más grandes de Japón. Hoy cuenta con tiendas en el extranjero. Se fundó en 1611. <<

[21] Novela del escritor japonés Kafū Nagai (1879-1959) publicada en 1937 que narra la historia de amor entre un escritor y una prostituta. La traducción al castellano sería *Una extraña historia del este del río*. <<

[22] Hace referencia a un fragmento del Nuevo Testamento donde aparece escrito que ni la sabiduría de Salomón es equiparable a la grandeza de un lirio. <<

[23] Etapa de la historia japonesa que duró de 1688 hasta 1703 perteneciente al periodo Edo, bajo el mandato del *shōgun* Tokugawa. Se caracteriza por el gran florecimiento de las artes y por la gran expansión de casas de placer. <<

[24] Campanillas que se cuelgan en los aleros de los tejados para que suenen con el viento. <<



[25] Título que recibió en Japón la película *Marysa*, dirigida por el cineasta checo Josef Rovenský en 1935. <<

[26] Famoso barrio de Tokio con gran cantidad de tiendas de ropa y accesorios. <<

[27] Situada en la región de Chūgoku, al sur de Japón. <<

[28] Capital de Shimane. <<

[29] También conocida como la Batalla de Tsushima, fue un enfrentamiento naval que tuvo lugar en 1905. La Flota Rusa del Báltico fue atacada por la flota de la Armada Imperial Japonesa, comandada por Heihachirō Tōgō (1848-1934), considerado uno de los héroes navales más reconocidos de Japón. El Imperio Japonés ganó la batalla.

<<

[30] Marcha oficial de la Marina del Imperio Japonés, creada por el compositor Tōkichi Setoguchi (1868-1941) en 1897. <<

[31] En Japón se solía usar para darle suavidad a la piel. Se metía en una bolsita de tela, se mojaba y se frotaba por el cuerpo. <<

[32] Barrio del sur de Tokio que más tiendas y edificios de estilo occidental acogió a principios del siglo xx. <<



[33] A veces, cuando un *kanji* (ideogramas que componen la escritura japonesa) es muy complicado o pertenece a un texto destinado a los niños, se escribe junto a él con letra pequeña su pronunciación en *hiragana* (uno de los silabarios de la gramática japonesa) para facilitar su lectura. A estas pequeñas letras se les llama *furigana*. <<

[34] Programa de radio matutino conocido como Radio Taisō que indicaba distintos movimientos de calentamiento y ejercicio para unir y subir la moral de los japoneses durante la guerra. Se introdujo en Japón en 1928 como conmemoración del nombramiento del emperador Hirohito. Tras la derrota de Japón, se dejó de retransmitir ya que tenía un fuerte carácter militar. Posteriormente, en 1951 se sustituyó su contenido por simples ejercicios de estiramiento y se volvió a retransmitir con fines educativos y saludables. <<

[35] Refrán muy antiguo de Japón que procede de China, de la época en la que la gente contraía matrimonio desde muy joven. Quería decir que ya, desde niños, todo el mundo debía ser consciente de la diferencia de sexos y actuar acorde a ella. <<

[36] Se refiere al conocido como Gran Terremoto de Kantō, que tuvo lugar el 1 de septiembre de 1923 y arrasó gran parte de la ciudad de Tokio y sus alrededores. <<

[37] Barrio de Shinjuku (una de las zonas más afectadas por el terremoto), al oeste de Tokio. <<

[38] Zona de Tōhoku, al noreste de Japón. <<

[39] Dulce tradicional japonés. <<

[40] El *monaka* es un tipo de *wagashi* emparedado con barquillos de *mochi* (pasta de arroz). <<



[41] Pasta dulce de judía roja *azuki*. <<

[42] Nombre con el que se denominaba a Seúl durante la ocupación japonesa de Corea (1907-1945). <<

[43] Se refiere a la diosa romana de la caza, famosa por su crueldad. <<

[44] Puerta corrediza de madera con láminas de papel de arroz. <<

[45] En Japón se suele llamar hermano o hermana a gente con la que se tiene muy buena relación a pesar de que no sean familiares. <<

[46] Cafetería japonesa de lujo fundada en 1881 en la que se sirven dulces hechos con fruta. <<

[47] Distrito situado al sur de Tokio. Como curiosidad, añadir que, en 1948, Osamu Dazai se suicidó con una amante tirándose a un río de esta zona. <<

[48] Asociación de artistas japoneses de gran renombre fundada en 1914. <<



[49] Nombre con el que se denominaba popularmente a la marca de cigarrillos japonesa Golden Bat, creada a principios del siglo xx. <<

[50] Zona del norte de Tokio que ahora se conoce como Kita-ku. <<

[51] Se refiere a Ichiyō Higuchi (1872-1896), famosa escritora japonesa de finales del siglo XIX cuyo rostro aparece impreso en los billetes de cinco mil yenes. En cuanto a Murasaki Shikibu, se trata de la célebre escritora japonesa del periodo Heian autora del *Genji Monogatari* (siglo IX), considerada una de las novelas más antiguas de la historia. <<

[52] Uno de los tres barrios del oeste de Tokio que antiguamente componían lo que hoy se conoce como Shinjuku. <<

[53] Especie de hornillo portátil que se asemeja a una pequeña barbacoa. <<

[54] Para la mentalidad japonesa, es importante conservar el respeto y agradecimiento a las personas que hicieron algo por ti o por tu familia. En este caso, la familia se siente «obligada» a devolverle el favor al que ha sido profesor de su hija. <<

[55] Uno de los discípulos del filósofo chino Confucio (551 a. C.–479 a. C.). <<

[56] Fragmento perteneciente a la primera parte de una de las poesías que componen el *Wakan Rōeishū*, recopilación de poemas chinos y japoneses realizada por el poeta japonés Fujiwara no Kintō en el año 1013. <<



[57] Instrumento tradicional japonés de cuerda. <<

[58] Chiyo-ni (1703-1775) fue una monja budista japonesa considerada como una de las mejores poetisas de *haiku* de la historia. <<

[59] Mesa baja cubierta con un *futón* que tiene un brasero colocado debajo. <<

[60] Segundo Libro de Samuel 13:19. El fragmento narra la lamentación de Tamar, hija de David, tras ser violada por su hermano Amnón. <<

[61] Bebida alcohólica japonesa de patata o cebada más fuerte que el sake. <<

[62] Prenda japonesa de algodón acolchado que se asemeja a una bata. Se suele vestir en invierno. <<

[63] Espacio elevado habitual en las habitaciones de estilo japonés tradicional que se considera sagrado. Se suelen colocar adornos acordes con la estación o la época del año. <<

[64] También denominado *kakemono*, es un rollo colgante que suele contener obras de caligrafía o dibujo a tinta china. <<



[65] El día 8 de diciembre de 1941 (año 16 de la era Shōwa), la Armada Imperial Japonesa atacó las bases militares de Gran Bretaña en Malasia y la base naval de Estados Unidos en Pearl Harbor, Hawái, declarando así la guerra a estas dos naciones y anunciando su participación en la segunda guerra mundial. <<

[66] Puerta corrediza exterior de madera típica de las casas tradicionales japonesas que se asemejaría a lo que aquí se entiende por contraventana. <<

[67] Aperitivo japonés compuesto de distintos pescados o mariscos sazonados con mucha sal y posteriormente fermentados. Suele servirse acompañado de bebidas alcohólicas. <<

[68] En Japón, durante la segunda guerra mundial, había una ley que intentaba evitar la mayoría de lujos en los ciudadanos para así prevenir gastos innecesarios, por lo que se ofrecía a los hombres que vistiesen con uniforme. <<

[69] Estribillo de la canción de guerra japonesa *Teki wa Ikuman*, compuesta por el músico Sakunosuke Koyama a finales del siglo XIX. <<

[70] *Hitataki*: palo de bambú en cuyo extremo hay atado un manojo de cuerdas similar a una fregona que se usaba para apagar fuegos. *Kumade*: herramienta de jardinería y agricultura en forma de pequeño rastrillo de mano. <<

[71] Durante aquellos años se creó un ambiente de patriotismo extremo en el que cualquier persona tenía que hacer todo lo posible para ayudar al país, por eso, aunque en el fondo fuese un alivio para muchos, los que no eran llamados a filas tenían que comportarse como si de verdad desearan hacerlo. <<

[72] Charcas de aguas termales. <<



[73] Fragmento de la canción *Shussei heishi wo okuru uta*, compuesta por Isao Hayashi en 1939 para inspirar valor a los soldados japoneses que eran enviados al frente. <<

[74] Pantalones de mujer, anchos y con los bajos estrechados para que puedan realizar labores y moverse con facilidad. Durante la segunda guerra mundial era obligatorio que todas las mujeres los llevarsen. <<

[75] Calamares abiertos que se dejan secar al sol. <<

[76] Drama lírico japonés creado durante el siglo XIV que es representado con máscaras. <<

[77] En las familias japonesas, la mujer suele llamar al marido «padre» y el marido a la mujer «madre». <<

[78] Es común hallar altares sintoístas y budistas en las casas antiguas de Japón. <<

[79] Hostal de estilo tradicional japonés. <<

[80] Islas que forman el sur de Japón. <<



[81] En Japón, los templos budistas se asocian a la muerte. Es en ellos donde se encuentran los cementerios y donde se celebran los actos fúnebres. <<

[82] Festividad que se celebra a mediados de agosto para recordar a los muertos. <<

[83] Un *gō* equivaldría a 0,18 litros, aproximadamente. <<

[84] Puertas corredizas típicas de la arquitectura tradicional japonesa. <<

[85] Plato japonés que se compone de diversos ingredientes cocidos en una olla y acompañados de caldo. Se suele servir en puestos callejeros. <<

[86] Alimento sucedáneo del pan de muy baja calidad compuesto de harina y bicarbonato al vapor. Fue un alimento muy común durante la guerra debido a la escasez de ingredientes. <<

[87] Sustituto artificial del azúcar que se podría asemejar a la sacarina. En 1954 se retiró del mercado ya que se descubrió que tenía sustancias cancerígenas. <<

[88] Fragmento de la canción *Kōjō no Tsuki* («La luna sobre el castillo en ruinas»), compuesta por el músico japonés Rentarō Taki (1879-1903). <<



[89] Sun Yat-sen (1866-1925) fue un político e ideólogo chino, primer presidente de la República Popular China, y considerado por muchos como el padre de la China moderna. <<

[90] Osan y Kamiji. Personajes de la obra de *bunraku* («teatro de marionetas») *Shinjū: Ten no Amijima* («Suicidio por amor en Amijima»), escrita por el dramaturgo Monzaemon Chikamatsu (1653-1725). La obra cuenta como Kamiji, marido de Osan y padre de dos hijos, se enamora de Koharu, una prostituta de lujo, junto a la que finalmente se suicida. <<

[91] En inglés en el original. Aunque *excuse me* se traduce como «con permiso», el autor quería que el personaje pidiese disculpas por sus acciones. Este error se debe a que, en japonés, la palabra para pedir permiso y pedir perdón es la misma: *sumimasen*. <<

[92] Otro error de traducción. En este caso, el autor quería decir *don't worry*, que significa «no te preocupes». <<

[93] Como los alimentos escaseaban durante la posguerra, la gente solía llevar la cantidad de arroz que iba a consumir cuando era invitada a casa de alguien. <<

[94] Es el lago más grande de Japón, situado en la prefectura de Nagano. <<

[95] Categoría militar que el ejército japonés solía atribuir a los reclutas con problemas graves de salud durante la Segunda Guerra Mundial, los cuales podían seguir llevando una vida normal y no eran forzados a luchar. Durante los últimos meses de la guerra, el ejército se vio obligado a enviar a estos soldados al frente en un intento desesperado de resistencia ante la inminente derrota. <<

[96] Acompañamiento gelatinoso muy típico de la comida japonesa. <<



[97] Vasitos pequeños en los que se suele servir el sake. <<

[98] Sopa compuesta de té verde y arroz cocido. Es una comida ligera que suele tomarse entre horas o cuando uno está muy cansado. <<